

POESÍAS

DEL LICENCIADO

D. LUIS HERRERA Y ROBLES,

PRESBITERO,

CAEDRÁTICO PROPIETARIO POR OPOSICION DE RETÓRICA
Y POÉTICA EN EL INSTITUTO DE 2.^º ENSEÑANZA
DE CÁBRA.



SEVILLA.

Imprenta de FRANCISCO ALVAREZ Y C.^º
Calle de Tetuan, número 24.

1872.



Luis Herrera

POESÍAS

DEL LICENCIADO

D. LUIS HERRERA Y ROBLES,

PRESBITERO,

CATEDRÁTICO PROPIETARIO POR OPOSICION DE RETÓRICA
Y POÉTICA EN EL INSTITUTO DE 2.º ENSEÑANZA
DE CABRA.



SEVILLA.

Imprenta de FRANCISCO ALVAREZ Y C.º
Calle de Tetuan, número 24.

1872.

PRÓLOGO.

En época como la presente, de discusión y de negaciones, en que parece que, desatada la unión íntima del espíritu y del cuerpo, sólo existen los sentidos y sus placeres, en que lo que ántes se respetó y aún adoró, ahora se escarnece, en que han desaparecido los nobles sacrificios del alma en homenaje de la virtud ó de la gloria; edad, por tanto, descreída, material y egoísta, no se comprenden los divinos acentos de la poesía. Vive ésta en la fé, animala la contemplación de la belleza ideal, cuyo tipo es Dios, aliméntala el noble espectáculo de la grandeza humana, y cuando todo esto se ha extinguido, y la vida de la materia reem-

plaza á la vida del espíritu, la poesía es imposible. La historia demuestra la verdad de esta doctrina: aunque así no sucediera, siendo la poesía encarnacion de cuanto el hombre siente más vivamente en su corazón, y considera más divino en su pensamiento, faltando estas cualidades, los deliciosos acentos de las Musas desaparecen. No es posible en atmósfera corrompida la sanidad del cuerpo, ni tampoco cuando tristes creencias matan la fé y la vida del alma, el sentimiento de la belleza.

Sólo en algunos corazones aislados, cuyo aliento generoso es constante y enérgica protesta contra cuanto ven de antipoético y repugnante en la region de las ideas y del orden moral, suelen aparecer destellos de esa luz purísima, que huye como espantada de las tinieblas del materialismo. Pero entónces los acentos del poeta no son cantos de alabanza á las virtudes que no existen, ni la exaltada expresion de la ideal belleza, ni la del espectáculo del poder y de la victoria, sino voz de execracion, de dolor, ó de desprecio y burla contra el oprobio, el crimen, la miseria, la insensata ambicion y la vanidad que en todas partes mira. Cuando así no acontece, es porque, separado del lodazal en que la sociedad se revuelve, aislado y léjos de ella,

respirando en atmósfera serena, canta, nó á lo que existe, sino á lo que debiera existir; canta los sentimientos de su corazón, las aspiraciones de su alma, y si es católico, dos tesoros de la dulce, encantadora y sublime poesía que la religion del Crucificado encierra.

Esto sólo puede hacer el que vive en tiempo como el presente, y tiene la fortuna de ser acariciado por el sacro aliento de las Musas: esto es lo que ha hecho el autor del precioso volúmen de que vamos á ocuparnos. Sostenido por su amor á la poesía, por su lozana inspiracion, y por sus sentimientos y sus ideas, no ha pensado en que la lepra moral y religiosa, que nos envuelve, es contraria á esa clase de publicaciones; no ha pensado que en esta sociedad, en que sólo se rinde culto á la utilidad y la materia, lo que sirve para producir la desinteresada emocion de la belleza tiénese por cosa inútil ó molesta. Ha sentido, se ha inspirado en la belleza; la ha cantado: hé aquí toda la razon. Si no satisface las aspiraciones del egoísmo, satisface las desinteresadas y puras del corazón y del espíritu; y bajo este aspecto, su obra, si á algunos pareciere de escaso interes, otros encontrarán en ella un manantial de dulce enseñanza y de deliciosas emo-

ciones. Acaso algunos de esos que desdeñan lo que no es materialmente útil, si llega el libro á sus manos, seducidos por la dulzura y gala de la versificación y el encanto de las ideas, apesar suyo no puedan dejar de aplaudir el ingenio y entendimiento del poeta; entónces ¡qué mayor triunfo, ni qué razon más indestructible para la publicacion de su obra!

El espíritu dominante en ella es el religioso. Don Luis Herrera, su autor, Presbitero, amamantado en las sublimes y consoladoras doctrinas de la religion católica, á ellas debe su principal inspiracion: su corazon, su inteligencia, su fantasia viven en las hermosas regiones de la fé, y ésta arranca á su plectro torrentes de poéticas armonías. ¿Cómo, exaltado por tal sentimiento y rico de tales ideas, no acudir ántes de todo á la que, Madre tierna de los pecadores y consuelo y gloria del linaje humano, es tambien amor y esperanza de sus hijos y luz de su entendimiento? Véase por qué el Sr. Herrera le consagra su libro, y le pide en la DEDICATORIA, *yá que es su amparo y dulcísimo consuelo*, númen é inspiracion.

Á TI (*le dice*) consagro con ferviente anhelo
Humilde el eco de mí pobre lira,
Errante peregrino de este suelo:

Tú eres el Númen, que mi canto inspira,
 Tú mi amparo y dulcísimo consuelo,
 Por quien mi amante corazón suspira.

Yá lo vemos: la Virgen es la Musa que inspira su canto: por lo mismo también es el afecto que domina en su alma, y el pensamiento más generalmente esparcido por la obra. Así, terminada la Dedicatoria, diríjese en seguida Á LA INMACULADA CONCEPCION, para cantarla en una brillante oda, como corredentora del linaje humano, ensalzando sus triunfos sobre el averno, y los beneficios que el hombre le debe. Para ello presenta el triste cuadro de la humanidad, sujeta al pecado ántes de la redención.

Y miéntras gime en rudos eslabones,
 Que el crimen le forjó, la dura muerte,
 Tremolando triunfante sus pendones,
 Blande ignota segur con mano fuerte.
 Dolor, desolacion, ayes doquiera
 Sobre la tierra, que en horror y luto
 Vistió la culpa, y tras la vida espera
 En acerbo penar llanto sin fruto.

Tras esto muestra á la Virgen como emanacion del Hacedor, para romper el abominable cetro del domi-

nio, que sobre la tierra ejercía el príncipe de las tinieblas.

Mas brotas de los labios del Eterno,
Que con su gracia celestial te adorna,
Y el príncipe nefando del averno,
Roto su cetro, á sus cavernas torna.

Y entre celages de amaranto y grana,
Sobre flotante nube vaporosa,
Más bella que el rayar de la mañana,
Más fragante que el lirio y que la rosa,
Descendiste triunfante, VIRGEN PURA,
Á este valle de angustias y dolores,
Y ahuyentando del mal la niebla impura,
Brotaron por doquier cándidas flores.

Terminada quedaria la pintura de la Virgen, como corredentora del linaje humano, con los males de la humanidad, mientras vivió esclava de la culpa envuelta en oscuras sombras de errores, y después libre de ellos por la redencion; mas no se contentó el vate con ser animado historiador del gran misterio, en que más viva resplandece la misericordia divina: lleno su espíritu de la grandiosidad del suceso y de la inmensidad del beneficio, brota en su corazón á raudales el senti-

miento de gratitud y amor hacia la que en él tuvo tan poderosa intervención, y exclama en estos sentidos y delicados versos:

Aun nó de la razon la luz querida

 Mi espíritu infantil iluminaba,

 Y yá tu Nombre ¡oh MADRE de mi vida!

 En él con grato acento resonaba.

 Tu Nombre, más suave que el murmullo

 Del aura entre los plátanos frondosos;

 Y de Satan contra el soberbio orgullo,

 Fuerte cual escuadrones belicosos.

 ¡Ah! que mil veces, en mi amor profundo,

 Yo te ví protegiendo mi existencia,

 Y pasaron mis años en el mundo

 Bajo el manto feliz de tu clemencia.

 Si la fortuna con maligno intento

 En mi vida clavó dardo inclemente,

 Y la triste desgracia con su aliento

 En negras nubes envolvió mi frente,

 Huyen las sombras, por la luz heridas

 Del vivo rayo de tu amor divino,

 Y tras las horas en dolor sumidas,

 De gozo inundas mi mortal camino.

La gratitud que llena el pecho del poeta no aparece sólo porque la Virgen es su escudo y amparo;

su pensamiento remóntase hasta las antiguas glorias de su Patria, y ve en ellas su favor divino, y la considera como guia de los héroes, que reconquistaron nuestra independenciam, y llevaron la Santa Cruz á ignotas regiones: después, en una ferviente plegaria, pídele que torne hácia ella sus amorosos ojos, hoy que, presa de la impiedad, hállase sumida en la desgracia, y por tanto más necesitada que nunca de su amparo. Oigámosle:

Permite ¡oh REINA! que á tu trono eleve
Plegaria ardiente por mi Patria amada,
Patria infeliz, do la impiedad aleve
Tremola su pendon con diestra osada.

Vuelve tus ojos de bondad, SEÑORA,
Humilla de Luzbel la torpe saña,
Y del genio del mal, que la devora,
MADRE DEL SUMO BIEN, salva á tu España.

Esta es la poesía del corazón, poesía que se mantiene por el sentimiento, se acalora por el entusiasmo, y sin estudiado artificio en su dición poética interesa y conmueve. El patriotismo que también respira la amorosa plegaria con que termina la composición, sostenido en la piedad y la fé, principales custodios

de las verdaderas glorias españolas, es el patriotismo de los héroes y los santos, no el patriotismo de las calles, enconado, vengativo, perturbador del orden, interesado, violento, y ocultando la desapoderada ambición que le devora, con el pomposo ropaje del bien patrio.

El Sr. Herrera, educado en la religion católica, con la profunda erudicion que en ella le han proporcionado sus estudios teológicos, con un sentimiento vivo y ardiente que le lleva al amor de Dios y á la contemplacion de su grandeza y maravillas, arranca de su lira raudales de armonías poéticas, para celebrar la sublimidad de sus misterios, su misericordia divina, y la pureza y santidad en las virtudes de sus escogidos. La Virgen, como se ha visto, es para el Sr. Herrera faro luminoso que le guía en el proceloso mar de la vida, y el aliento que le inspira en sus creaciones.

La Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, que con tan glorioso celo ensalza sin descanso las glorias de la Virgen Santísima, ofrece cada año premios á las mejores composiciones en su honor: á este fin señala los asuntos, y uno de ellos en 1867 era NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA EN SEVILLA. Pocos ignoran la maravillosa historia de esta antiquísima Virgen, así co-

mo la fama de sus milagros; pero los prodigios que cercan su origen, los que durante la dominación musulmana se advirtieron en la efigie, y hasta el nó ménos grande de haber sido trasladada sin lesion, en el mismo muro donde le dió vida el pincel, á la capilla de la Santa Iglesia Mayor en que recibe culto, prestan al vate espacioso campo para lo fantástico é ideal, alma de la poesía. Estas circunstancias, sin embargo, muy al propósito para la leyenda, lo son ménos para la oda: vive ésta del entusiasmo, anímase por la inspiracion, y los rasgos brillantes y de magnifico efecto son en ella lo que el purísimo brillo del diamante en rica joya de oro. Esto revela que una oda no puede ser de muy extensas proporciones; que no es siempre dócil la inspiracion á la voluntad del poeta, y cuando le obedece, suele aparecer en su alma como ráfagas de fugitiva lumbré: lo mismo acontece por lo regular con el entusiasmo; y éstos inconvenientes son causa de que la alta oda se consagrarse sólo á ensalzar la grandeza de algun rasgo ó hecho heróico, en que, condensando el profundo sentimiento que produce, brota enérgicamente y con gran bizzarria del corazon. Mas cuando son vários los acontecimientos, ó si bien uno solo, complejo y dividido en diversas partes y épocas, la

oda no puede tener lugar, si ha de darse claridad al asunto, deber de que no puede prescindir jamás la poesía: para eso está la epopeya, cuando el suceso, por su colosal magnitud, modifica la existencia íntima y social de pueblos y naciones, ó la leyenda si, aunque maravilloso, es aislado ó parcial el acontecimiento y cuenta con nó breve historia. La de Nuestra Señora de la Antigua en Sevilla, sacándola de los modestos límites de la prosa, y elevándola á las regiones ideales de la poesía, no cabe en la oda, necesita mayor espacio, el de la leyenda, por ejemplo, que es donde con claridad puede presentarse la narracion del asunto con interes, con animacion y con los vivos esmaltes de luz, que la parte milagrosa contiene.

El Sr. D. Luis Herrera, al acudir á la noble y piadosa justa poética yá citada, debió comprender tales inconvenientes, puesto que la oda no se presta á una larga narracion: por eso se contenta en la parte histórica con ligeros rasgos, comprensibles para el que conoce el suceso, en que se ve el origen de la efigie, sus vicisitudes, la proteccion en todo esto de la Virgen á Sevilla, y el aliento que infundió al Santo Rey D. Fernando III, para rescatarla del poder musulman: luégo, soltando más libre su fácil vena en

alas de su entusiasmo, llega hasta la altura de los grandes ingenios, al proclamar el amor de la Virgen al pueblo de Sevilla, y su milagrosa y constante protección. Arrebatado el poeta unas veces, sublime otras, y tierno casi siempre, la Virgen es en sus versos, guía, consuelo y escudo de los sevillanos. Sálvalos en la agonía de la muerte cuando, en medio de fiebre mortal, tienden sus palmas suplicantes hácia Ella implorando la salud; sálvalos cuando en frágil leño, buscando fortuna, la tempestad amenaza sumergirlos en el fondo del mar; así en templos, en casas y en calles óyese con entusiasta cariño el sacrosanto nombre de MARÍA. En todos estos cuadros hay tan bello colorido, tal fuego, tal amor y rendimiento, que sorprenden y enagenan. ¡Cómo negarnos á copiar uno de ellos! Dice así el que presenta los peligros y horrores de la tempestad en los mares:

Ó yá buscando en su anhelar fortuna,
 Entregados en brazos de la suerte,
 En frágil leño su existencia fian
 Al piélago espantoso,
 Y á la indomable muerte
 Con temerario arrojo desafían.
 Súbito brama el aquilon furioso

En las bóvedas negras del vacío,
 Muestra la tempestad su poderío,
 Su faz oculta la argentada luna,
 Y pierden de sus pálidas centellas
 Todo el fulgor las fúnebres estrellas:
 La quilla sin fortuna
 Cruge azotada por el mar undoso,
 Que á la preñada tenebrosa nube,
 En ronco estruendo sus montañas sube.

Mas son tus hijos los que sufren tristes
 Del piélago á merced y el noto insano,
 ¡Oh Virgen bondadosa!
 Clava la fé en el leño sus rodillas,
 Tienden al cielo suplicante mano,
 Y con lágrima ardiente en sus megillas
 Imploran tu socorro soberano;
 Y entre el fragor del pavoroso trueno,
 Suena tu voz de melodioso encanto,
 Y el proceloso mar vuelve sereno:
 Y de la noche sobre el negro manto
 Brilla tu luz divina,
 ¡Oh Estrella de los mares!
 Y su rumbo infeliz leda ilumina,
 Y salvos tornan á sus patrios lares.

La Academia Bibliográfico-Mariana premió la oda
 con la lira de plata en el Certámen referido, y en ver-

dad que el fallo muestra ampliamente la imparcialidad y competencia del tribunal. Unidad de pensamiento, regularidad en el plan, armonía en el conjunto, ternura, fuego arrebatado en la frase, imágenes bellísimas en algunos conceptos, versos numerosos y llenos de primor artístico encuéntranse con frecuencia en esta composición. Con tan brillantes dotes, aún sin el premio enunciado, ejecutoria de su mérito, siempre será gallarda y olorosa flor en el pensil del Parnaso castellano.

La poesía sagrada es la que más de continuo hace vibrar las cuerdas de su lira. Lo hemos visto en las composiciones de que va hecha mención, y pudiéramos volverle á admirar en otras varias del mismo género, sobre todo en las que dedica Á D. JOSÉ MARÍA BALLESTEROS Y AIRES EN SU PRIMERA MISA, y Á UNA PROFESION RELIGIOSA, y en la del mismo género que lleva por título EL ALMA EN LA SOLEDAD. En la primera, después de pintar el regocijo de la religion al convertirse en soldado fiel de la misma el nuevo sacerdote, y la sin igual ventura que le otorga Dios al descender á su *ungida* mano, muestra los tormentos que sufre el averno por el triunfo que en esto alcanza la humanidad, y por la dulce paz que respira cuando, estrechada

á su Hacedor, derrama Éste en ella la felicidad, hija predilecta de las virtudes. ¡Qué dulzura respiran las palabras que dirige al nuevo sacerdote, tomadas del Evangelio, al terminar la composicion!

¡Ah! cuando estreches en tus sacras manos
Al Dios que el mundo con su sangre riega,

Por el soberbio pide que le niega, etc.

Peró entre todas estas poesías, la última citada, en que se propone cantar las dulces y melancólicas emociones, que en la soledad experimenta el alma unida á Dios, es donde su númen poético encuentra matices más suaves y delicados para la forma, y mayor riqueza y ternura en el sentimiento. Más de una vez, en su regalada lectura, hemos recordado la que el Maestro Fray Luis de Leon tiene á la vida del claustro; pero si bien sigue cada poeta diverso rumbo, ámbos se encuentran y confunden, en la paz deliciosa del sentimiento, que les anima, y en la sencilla hermosura de la expresion. Se ha escrito muchas veces sobre la pacífica ventura que se goza en la soledad, y nó pocas con fortuna: el Parnaso español atesora algunas joyas en este género: muchos poetas, por un dulce

instinto hácia los sentimientos suaves que en la soledad se apacientan, léjos de la envidia, de la vanidad ostentosa y del ruido mundano, se han consagrado á cantarla. Otros la han pintado en la vida del campo; mas ésta no es la soledad verdadera. El firmamento, los árboles, las flores y los animales son compañeros del hombre, y eso hasta para que el campo le parezca lleno de animacion y de armonías. La Sra. Diaz de Lamarque ha cantado con tierna y dulcísima expresion la soledad, pero nó la soledad del claustro, nó la soledad abrazada á Dios, viviendo sólo para Él é imitando su vida y su enseñanza, sino la soledad en el mundo, aunque virtuosa y llena de poética melancolía; pero Leon, en la vida del fraile, muestra la vida solitaria y contemplativa del claustro, y esa misma vida en la doncella que se consagra á Dios, tambien en el convento, es la que ha pintado el Sr. Herrera en su composicion titulada *EL ALMA EN LA SOLEDAD*. Sin embargo, bien que sea el mismo pensamiento en el fondo, la diferencia de la persona y áun de la vida, lleva al poeta sevillano por diverso rumbo, y sigue en él, más que el Maestro Leon, el hermoso y sencillo misticismo de S. Juan de la Cruz en sus imitaciones del *Cantar de los Cantares*. Es en efecto esta composicion una

preciosa muestra de poesía mística: vése en ella á la Esposa, nó en el campo, nó buscando al Esposo por montes y collados, como en el poeta santo referido, sino en el retiro del claustro, unida á su Dios, pensando en El, y gozando en eterna primavera de ventura sus cástos y purísimos amores: así, lleno el espíritu del poeta de ese ideal contento, exclama:

¡Oh soledad dichosa,
Dulce refugio para el alma pura,
Do en calma deliciosa,
La paz y la ventura
Á torrentes derraman su dulzura!

Feliz la que apartada
Del mundanal bullicio licencioso,
En tu amable morada,
Con su adorado Esposo,
Vive en éxtasis puro y misterioso.

Y al süave murmullo
Del agua que resbala mansamente,
Y al son del blando arrullo
De paloma inocente,
Del aura que sutil besa su frente,
En apacible sueño,
Por la diestra bendita acariciada
De su divino Dueño,

Y en su brazo apoyada,
Pasa la primavera regalada.

¿Quién tu grato sosiego
No envidia, oh soledad? ¿Quién no aborrece
El mundo torpe y ciego,
Y la dicha que ofrece,
Que al soplo de inconstancia desaparece?

¡Oh bosque misterioso,
De inefables delicias! ¡oh constante
Estacion de reposo,
Para el pecho anhelante
De esposa virgen y doncella amante!

Dichosa tú mil veces,
Alma que ves lucir tan grata aurora,
Dichosa tú, que ofreces
El lirio que enamora
Al dulce Esposo que tu pecho adora.

Así la encontramos en los grandes poetas S. Juan de la Cruz y el Maestro Leon: si no siempre tan sencilla y suave como en ellos, si á veces semeja al artificio de Malon de Chaide, véncelo en la espontaneidad y dulzura del sentimiento, y se acerca á los otros en éste y en la gracia y frescura de las imágenes.

Hemos dicho que la fé es la constante inspiracion, que anima la musa del Sr. Herrera, y podrian citarse

aún, como feliz muestra, otras varias composiciones, cuyo objeto es cantar la gloria y beneficios de la religion católica, de que se muestra solícito y apasionado defensor. Tambien hemos dicho que la llama del patriotismo arde en su corazon; pero del patriotismo engendrador de virtudes, y dispuesto siempre al sacrificio por Dios y la patria, nó del patriotismo que en el año de 1866, al grito de mal entendida libertad, puso el arma homicida en manos de súbditos insubordinados, para asesinar á sus indefensos jefes. La pena é indignacion que produjo en el pecho del poeta el lamentable y horrible suceso, llevóle á pulsar, nó la cítara en que tantas veces, lleno de entusiasmo y orgullo, habia ensalzado las proezas de nuestros héroes, sino el arpa enlutada, para cantar la ignominia de tan fea accion, enrojecido el rostro por la vergüenza. El artificio de esta composicion, titulada **Á ESPAÑA EL 22 DE JUNIO DE 1866**, es el de la antigua oda, que anima, dirige y dá elocuentes lecciones á los pueblos. Comienza invocando el nombre de España, á quien pide perdon por no cantar ahora, como ántes muchas veces, las glorias de sus héroes, hoy mancilladas por el inconcebible crimen de algunos de sus extraviados hijos. Entra en seguida en la nar-

racion del suceso, que presenta en terrible cuadro, y le termina, revestido su corazon de los hidalgos sentimientos que siempre en punto á lealtad y honor dominaron en España, con este valiente apóstrofe:

¿Y son hijos de España

Los torpes héroes de tan torpe hazaña?

Españoles hidalgos.... al tormento

Que mi alma siente al contemplar tal crimen,

Cuando españoles son los que así oprimen,

En número creciente cada día,

El noble pecho de la Patria mia,

Que al aire entrega funeral lamento....

¡Ah! sufrid que un momento

Mi amor vacile cuándo el crimen vence,

Y de español el nombre me avergüence.

Después, por medio de una brillante personificación, presenta á España de este modo:

Suelto el cabello.

Marchita del dolor la augusta frente,

Saltan la indignacion y el justo encono,

En el mirar de su pupila ardiente....

Dirigese ésta luégo á los que llama sus malvados hijos, y con noble indignacion desata contra ellos su furia, mostrándoles la fealdad de la accion y el dolor que

habia producido en sus entrañas: recuérdales la ignominia con que constantemente insulta al pueblo español la bandera británica ondeando sobre el Peñon de Gibraltar, posesion un dia española, á donde debieran llevar su valor y sus iras para borrar la afrenta y nó deshonorarse sirviendo de verdugos de sus propios hermanos.

..... «Hijos malvados....
 Que ante el nefando altar del egoismo
 Quemais incienso impuro,
 ¿Por qué esa sangre que verteis inútil,
 Sangre que me arrancais de las entrañas,
 No se ofrece en heróico patriotismo,
 Que una vez más al universo asombre,
 Para vengar la gloria de mi nombre,
 Que insultan sin honor gentes extrañas?
 Cuando arrancado miro
 Un preciado florón de mi corona,
 Y en el límite escucho de oceano
 El bronce, que en mi suelo soberano,
 Su imperio al par que mi baldon pregona:
 Cuando allí Gibraltar, entre dos mares,
 En gigante peñon al cielo alzado,
 Sobre playa española,
 El britano pendon dueño tremola,
 ¿Hay valor en los pechos de mis hijos,

Para anegar, por ambicion sin fruto,
 Las plazas de mi Mantua dolorida
 En torrentes de sangre fratricida,
 Y nó para llevar horror y luto
 Ante Calpe orgulloso,
 Y arrancar, con el alma enardecida,
 El pabellon que mece ignominioso.»

Luégo evoca de sus tumbas á los héroes, que dieron su vida por la fé sacrosanta y la patria, mostrándoles su gratitud y amor, y las páginas espléndidas en que guarda la historia sus beneficios y brillantes proezas, y terminando por maldecir á los que, en vez de defenderla y ensalzarla como aquéllos, clavan en ella el acero parricida.

Al llegar aquí rebosa del alma del poeta la indignacion, y apostrofa á los desdichados que, seducidos por inícuos ambiciosos, conculcan y deshonoran la libertad, y la convierten en crímenes y espantosa tiranía. Crece la ira del vate al verla tan villanamente escarnecida, y llega á su colmo; y en medio del horror que le causan las maldades cometidas á su nombre, exclama en una apasionada invocacion:

¡Sagrada Libertad! ¡nombre bendito!
 Por el dedo de Dios eterno y santo

En vuestras almas indeleble escrito!
 ¿Por qué, noble español, por qué no siente
 Tu hidalgo pecho su poder sagrado,
 Libre viviendo, para ser valiente,
 Viviendo libre, para ser honrado?
 Y nó entre negras sombras
 De torpe error ó de ignorancia envuelto,
 Libertad, libertad al crimen nombras,
 Libre llamando al criminal resuelto.

Ésta es la verdadera oda clásica, y ésta la poesía nacional, que sin afeite seduce, que brota del antiguo y leal espíritu castellano, y hiere las fibras de todos los corazones, que aman la libertad, las virtudes y la gloria. El autor, ántes de comenzar esta oda, copia por epígrafe unos versos del eminente poeta D. Manuel José Quintana, nó ménos distinguido por haber hecho resonar siempre en su lira loores á España y sus ilustres hijos, como por su preclaro númen poético. Pero Quintana, en la edad de la juventud, tenía ante sus ojos el magnífico espectáculo que presentaba el pueblo español, pobre, es verdad, abatido, víctima de infame dobléz, y subyugado por el poder incontrastable del primer Napoleón; pero enérgico, sereno, dando á cada paso la vida de sus hijos por la fé, y por reconquistar su per-

dida independencia, ni los horrores de la guerra, ni los sacrificios, ni la muerte, de continuo ante sus ojos, les detenian: religion, patria, independencia era su grito, y ese grito resonaba unánime y aterrador desde San Sebastian hasta las columnas de Hércules: ese grito resonó en Madrid en el 2 de Mayo, en Bailen, en Zaragoza, en Gerona, y llegó á aterrar á las hasta entónces invencibles águilas francesas. ¡Qué poema tan grandioso presenta aquella brillante série de rasgos heróicos, de valor, de abnegacion, de sacrificios, de toda suerte de virtudes cívicas y militares, para sostener la religion y la independencia española! Tanta grandeza de sentimientos y de acciones generosas necesitaban un genio que las cantase, y ese genio fué Quintana. ¡Cuán diverso es el cuadro de hoy! De aquella hidalguía, de aquella lealtad, de aquella grandeza de ánimo, de aquellos religiosos sentimientos ¿qué ha quedado? Vese erigido en héroe el traidor; llámase sabio al impio, caballero al desleal, á quien la caprichosa fortuna dió el triunfo en su reprobado intento; considérase honrado al patriota conspirador; lícito y áun grande el delito si la victoria le corona; y la odiosa adulacion, la perfidia, todo medio indigno sin otro norte que el medro, son saludados por muchos

como merecimientos dignos de alta recompensa. Ante tan repugnante cuadro, la lira de Quintana habria tenido que convertirse en la cáustica y agresiva de Juvenal: la del Sr. Herrera no podia seguir otro camino; y unas veces indignado su noble corazon contra la calumnia, otras como en su oda Á ESPAÑA con motivo de los tristes acontecimientos de 1866, y otras bajo la máscara risueña del ridículo, como en la titulada LA HIPOCRESÍA, y en el soneto denominado LA GLORIOSA, entrega ya á la execracion, ya á la diatriba, ó ya á las donosas burlas tanto crimen, tanta imbecilidad y miseria. Nó: en épocas como la presente, la poesía, cuya constante aspiracion es la belleza, cuando tiene ante sus ojos lo contrario, es decir, la deformidad moral, procura la belleza en la censura y vituperio de lo existente: que sólo huyendo del repugnante lodazal de vicios que mira, y buscando el contraste en lo que fué, ó debe ser, con lo que existe, es como puede producir el interés en sus creaciones, de que sin ese medio carecerian. En el imperio romano degradado no se encuentran los Horacios y los Virgilio, sino los Juvenales y Marciales: censura y burlas nada más; otra cosa era imposible: eso tambien es lo único que puede existir ahora;

á no ser que la poesía, descendiendo de la hermosa region en que mora, y entónces no fuera yá poesía, se ejercitase en ensalzar, con torpe adulacion, lo que la justicia y la razon condenan. El autor de este libro, luyendo de tamaños males, busca consuelo á su ánimo afligido en las divinas esferas de la religion, ó recreo en el sentimiento de la amistad, y en los ingeniosos juegos de la fantasía.

Con poco que se estudie el volúmen se conocerá que la educacion literaria del Sr. Herrera, hijo de Sevilla, ha sido rigurosamente clásica. En los asuntos por él escogidos, en las ideas, en las formas de que las reviste, en sus frases y palabras, y muy singularmente en la diction poética, se advierte el cuidadoso esmero de la escuela sevillana. Por si en esto pudiera caber duda, sus POESÍAS LATINAS, en que parece que se escuchan, por la correccion y armonía, los versos de los Cisnes del Lacio, serían concluyentes muestras. Decir que esto envuelve profundo conocimiento de la lengua de Ciceron y Virgilio fuera ocioso, cuando tan clara se advierte en ellas esta cualidad; pero revelan que el autor, puestos los ojos en el arte latino y en nuestros grandes clásicos, ha llegado á comprender, que sin el conocimiento y es-

pecial estudio en que todos ellos fueron doctísimos, no pueden ostentarse la lengua castellana y la versificación en toda su majestad, elegancia y armonía.

Una de esas composiciones latinas titúlase PRIMÆ PUERI JESU LACRYMÆ, LAS PRIMERAS LÁGRIMAS DEL NIÑO JESUS (1); está escrita en versos sáficos y adónicos, imitados por Horacio de los griegos. El pensamiento es tan profundo como delicado el desempeño: flores marchitas son para el poeta, en esta composición, los años pasados de la primera edad; dolor los fugitivos goces juveniles, y los engaños del falso amor en el hombre; dolor también el anhelo de gloria que no se alcanza; y dolor los años rápidos que nos traen la vejez y la muerte: así, y deshecha en llanto inútil, vió Jesus la humanidad al nacer, y abrió también sus ojos derramando lágrimas. No es posible mayor concisión y sencillez, para expresar la triste condición del ser humano, infeliz aún en la dicha por el temor de perderla, y viendo en llanto convertidas todas sus felicidades. El metro escogido, por la diversidad de tonos y cesuras y su armónica combinación, es el más oportuno para la expresión de sentimientos sen-

(1) Está traducida también en sáficos y adónicos castellanos, con gran acierto, por el estimable poeta D. José María Leon y Domínguez, Presbítero.

cillos ó delicados: la facilidad con que ha sabido manejarle el autor, contribuye nó poco al excelente efecto del conjunto. Véase, como prueba de ello, la siguiente estrofa:

Marcidos luget misere puella
 Qui citæ ætatis micuere flores,
 Ver quasi æterna redimita fronde
 Tempora ferret:

Termina el volúmen con un ensayo dramático: no otra cosa podemos llamar á la comedia en tres actos y en verso, que lleva por título LA ELECCION DE ESTADO. El autor no asiste á las representaciones escénicas, y esto trae la dificultad, tal vez invencible, de no conocerse con seguridad los medios que pueden emplearse acertadamente, para interesar y mover el corazon: pín-tase un carácter, prepárase una situacion, invéntase un episodio, que en la lectura producen excelente efecto, y después en la representacion no suele suceder así. ¿Por qué esto? El talento y el ingenio han hecho cuanto podian, pero faltóles, por decirlo así, el conocimiento de la perspectiva. Los personajes del teatro son como las figuras, que el pintor ó el escultor idean para colocarlas á cierta altura. Ejecutadas para pro-

ducir en ella todo su efecto, cuando tal no acontece, aunque vistas á mayor ó menor distancia aparezcan perfectas, serán siempre defectuosas para el objeto que fueron creadas. Lo mismo sucede con los caracteres en la escena: pueden mostrarse en la lectura desenvueltos con rasgos felices, y después vistos á distancia en la escena, perderse los matices delicados de pasión, de virtud ó de sentimiento, ó aparecer quizá exagerados, porque la sensibilidad y fantasía del autor lleguen á mayor grado, que el que el público pueda considerar como natural y verdadero. La escena, pues, es la piedra de toque, en que se templan ó exaltan las pasiones, donde se corrijen y perfeccionan la fuerza cómica y las pinturas del poeta dramático. Cuando tal recurso falta, no es fácil disponer de los corazones en el teatro. Con todo, en la comedia que hemos nombrado, si no se encuentran los efectos de la experiencia, aparecen á cada paso los del gusto, la sensibilidad y el ingenio. El plan es sumamente sencillo; el corte y giro y la naturalidad en el desenvolvimiento de la acción, los de la comedia moratiniana. En la del Sr. Herrera un padre desea tenazmente, y sin escuchar razones, que un hijo suyo, yá abogado, y comprometido á casarse, sea clérigo: no piensa en

esto, sin embargo, porque así vea más segura la felicidad del hijo; sino porque de este modo no podrá dejar de ser su apoyo en la vejez; esta cualidad, que dá á su propósito un colorido egoísta, produce que siendo hombre honrado y bondadoso, sea escasamente simpático. El cuadro que presentan los personajes en conjunto es agradable, pues que todos son buenos, pero escaso de variedad, por ser un tanto uniformes, y no hay en él ni peripecias ni episodios interesantes, que den realce á la acción. En cambio camina ésta por lo mismo con gran rapidez. El desenlace interesa, porque el hijo, cuyo carácter, por lo bien trazado y por sus vivos rasgos, descuella entre todos los demás, muestra al padre, á quien proporciona la salud en la vista, que habia perdido, y la ganancia de un pleito á costa del sacrificio de abandonar á su esposa recién casado, que es su apoyo de la misma manera que podría serlo en el estado eclesiástico. La conveniencia de no molestar los padres á los hijos en la elección de estado, queda plenamente demostrada.

El autor, ántes de comenzar la comedia, en una breve advertencia, dice que no alimentó la ilusión de ceñir las sienes con el laurel dramático al escribir esta pro-

duccion: si desenvolvió el pensamiento moral que encierra, en la forma cómica, hizolo por no caber en una composicion ligera. Producir, pues, en el hogar doméstico útil y provechosa enseñanza con su lectura, conmoviendo dulcemente el corazon, fué su propósito, y esto lo consigue con notable felicidad.

En la comedia, y más aún en todo el volúmen de poesías, refléjase que acáriciaron al autor desde su nacimiento los rayos vivíficos del esplendente sol de la Reina de Andalucía. La riqueza de su diction poética, el corte de algunas frases, los modismos, y la galanura de la versificacion, demuestran claramente tambien, que le son queridos los poetas de este suelo, especialmente Herrera y Rioja. El apellido que lleva del primero, parece como que le empeña más en las cualidades indicadas: muy jóven todavía el Sr. Herrera, pudiendo agrandar y enaltecer aún más su inspiracion, no será extraño, que la posteridad le tenga reservado el honroso homenaje, de que su nombre figure con estimacion junto al muy insigne del cantor de Eliodora, entre los poetas hispalenses.

JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

1. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

2. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

3. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

4. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

5. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

6. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

7. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

8. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

9. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

10. *Prüfungsausschuss* (Prüfungsausschuss) ist ein Gremium, das die Aufgaben der Prüfungsausschüsse wahrnimmt.

Poesías.



DEDICATORIA

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

SONETO.

Salve, Reina de vírgenes sagrada,
Rica en tesoros de eternals dones,
Que inflamás los humanos corazones
Al dulce sonrëir de tu mirada:

Astro brillante, que la niebla osada
Ahuyentas de las sórdidas pasiones,
Íris de amor, que á bárbaras regiones
Llevaste de la paz la luz preciada:

Á Tí consagro con ferviente anhelo
Humilde el eco de mi pobre lira,
Errante peregrino de este suelo:

Tú eres el Númen que mi canto inspira,
Tú mi amparo y dulcísimo consuelo,
Por quien mi amante corazon suspira.

Á LA INMACULADA CONCEPCION.

ODA.

Por largos siglos el crüel quebranto
Tendió las negras alas pavoroso,
Y entre tiniebla y doloroso espanto,
Hundió la suerte del mortal dichoso.

Nace el pecado, y cual de fuente inmundada
Brotan doquier desgracias á raudales,
Y en mar inmenso su ponzoña inunda
La lóbrega mansion de los mortales.

Del Sol de gracia eterna yá no brilla
 La luz radiante sobre el ancho mundo,
 Y entre tinieblas, al error humilla
 La mente humana su saber profundo.

Y miéntas gime en rudos eslabones,
 Que el crimen le forjó, la dura muerte,
 Tremolando triunfante sus pendones,
 Blande ignota segur con mano fuerte.

Dolor, desolacion, ayes doquiera
 Sobre la tierra, que en horror y luto
 Vistió la culpa, y tras la vida espera
 En acerbo penar llanto sin fruto.

¿Y será que por siempre esté sumida
 La humanidad en lloro desesperado?
 Nó: que el Verbo eternal humana vida
 Ofrece en expiacion de su pecado.

Sacude de tu cuello las cadenas,
 De padre criminal prole doliente,
 Arroja de tu pecho amargas penas,
 Alza del polvo la abatida frente.

Y saluda con himnos de alabanza
La cándida virtud de esa DONCELLA,
Que abrigando en su seno la esperanza,
Difunde sobre el mundo su centella.

Sí: que al sonar de redencion la hora
Ante los siglos por mi Dios fijada,
Apareciste, refulgente Aurora,
Anunciando la dicha suspirada.

Y en el seno de Dios, que te elegía
Para MADRE DEL HIJO SACROSANTO,
Fuiste formada, celestial MARÍA,
Paz de los orbes y del cielo encanto.

El orco brama de furor y encono,
Y grabar en tu frente sin mancilla
Luzbel ordena, en denegrido trono,
El sello infame que al mortal humilla.

Mas brotas de los labios del Eterno,
Que con su gracia celestial te adorna,
Y el príncipe nefando del averno,
Roto su cetro, á sus cavernas torna.

El sol en la mitad de su carrera
Publica en el espacio tu victoria,
Y extiende su dorada cabellera,
Y te viste del manto de su gloria.

Y la luna su lumbre vacilante
Á tus plantas humilla reverente,
Y doce estrellas del cenit radiante
Coronan de fulgores tu alba frente.

Y entre celages de amaranto y grana,
Sobre flotante nube vaporosa,
Más bella que el rayar de la mañana,
Más fragante que el lirio y que la rosa,

Descendiste triunfante, VÍRGEN PURA,
Á este valle de angustias y dolores,
Y ahuyentando del mal la niebla impura,
Brotaron por doquier cándidas flores.

La flor de la esperanza bendecida,
Que el mundo entero en su dolor anhela,
Y que en su aroma de salud y vida,
Al triste mundo en su dolor consuela.

Que eres la VÍRGEN MADRE DEL ETERNO,
 Que entre dolores en la Cruz redime,
 Con su vida á despecho del averno,
 Al humano infeliz que esclavo gime.

Y al exhalar el postrimer aliento,
 Para volver al seno de su Padre,
 Con voz divina y moribundo acento
 Te dá á los hombres por su dulce MADRE.

Así el que arrastra criminal cadena,
 Y el que sufre inocente sobre el suelo,
 Alcanzan por tu amor paz en su pena,
 Perdon á su maldad, gloria en el cielo.

Y aunque tu nombre sacrosanto y puro
 Blasfeme en su locura el labio impío,
 Tiene en tu amor el luminar seguro,
 Que le ilustre en su ciego desvarío.

Por eso en su afliccion te mira el hombre
 Como faro luciente en lontananza,
 Y ve brillar, al pronunciar tu Nombre,
 El iris de salud y de bonanza.

Áun nó de la razon la luz querida
Mi espíritu infantil iluminaba,
Y yá tu Nombre ¡oh MADRE de mi vida!
En él con grato acento resonaba.

Tu Nombre, más süave que el murmullo
Del aura entre los plátanos frondosos;
Y de Satan contra el soberbio orgullo,
Fuerte cual escuadrones belicosos.

¡Ah! que mil veces, en mi amor profundo,
Yo te ví protegiendo mi existencia,
Y pasaron mis años en el mundo
Bajo el manto feliz de tu clemencia.

Si la fortuna con maligno intento
En mi vida clavó dardo inclemente,
Y la triste desgracia con su aliento
En negras nubes envolvió mi frente,

Huyen las sombras, por la luz heridas
Del vivo rayo de tu amor divino,
Y tras las horas en dolor sumidas,
De gozo inundas mi mortal camino.

«GRACIAS» ¡oh VÍRGEN! por mi pobre pecho,
 El mar inmenso sin cesar resuena,
 Gracias te rinda el aquilon deshecho,
 Y de tu gloria los espacios llene.

Constante y puro amor el alma mia
 Á tus plantas rendida te presenta,
 Y al recordar tus dones ¡oh MARÍA!
 Su esperanza dulcísima se aumenta.

Tus dones, que en sus páginas de gloria
 Con hechos inmortales esculpidos,
 Registra Iberia en su brillante historia,
 Y recuerdan sus pueblos conmovidos.

De victoria en victoria la llevaste
 Con la Cruz sacrosanta en sus pendones,
 Y en medio de los mares le entregaste,
 Para clavar la Cruz, nuevas regiones.

Y altares mil España agradecida
 Alzó á tu Nombre con piedad sincera,
 Y los mares hendiendo enardecida,
 Llevó á otro mundo tu eternal bandera.

Permite ¡oh REINA! que á tu trono eleve
 Plegaria ardiente por mi Patria amada,
 Patria infeliz, do la impiedad aleve
 Tremola su pendon con diestra osada.

Tus ojos de piedad fija amorosa,
 Do fijaste tu planta bendecida,
 Y una página más cuente gloriosa,
 En los gloriosos fastos de su vida.

Vuelve tus ojos de bondad, SEÑORA,
 Humilla de Luzbel la torpe saña,
 Y del genio del mal, que la devora,
 MADRE DEL SUMO BIEN, salva á tu España.

Á MURILLO.

SONETO.

¿Dónde, Murillo, tu arte encantadora
Esa Virgen halló, que el orbe admira?
Santa pureza su semblante inspira,
Su augusta majestad el hombre adora:

¿Los nitidos albores de la aurora,
La luz del sol cuando radiante gira,
Ó el fuego le infundiste, que respira
El serafin, que en el Empíreo mora?

Nó fué esclavo el pincel de la natura,
Al expresar en forma sorprendente
La excelsa imágen de la Virgen pura.

Al vivo rayo de la eterna Fuente
De inspiracion, que sobre el tiempo dura,
Tu fé creadora la encontró en tu mente.

Á ESPAÑA EL 22 DE JUNIO DE 1866.

ODA.

¡Oh! maldición eterna al inhumano,
 Que profanando la quietud del suelo,
 Muestra, en bárbaro anhelo,
 Ardiendo el hierro en su homicida mano.

Quintana.

Perdona, madre España, á un hijo tuyo,
 Que en llamarse español cifra su gloria,
 Que dió al viento cien veces con orgullo
 Tu nombre esclarecido en la victoria,
 Y con sonante lira,
 De tus frescos laureles circundada,
 Tus héroes ensalzó que el orbe admira,
 Si hoy con arpa enlutada,

Y del ciprés ceñida funerario,
 Exhala con dolor hondo gemido,
 Muestra la indignacion en el semblante
 Su corazon herido,
 Y con vergüenza hasta el humilde polvo
 Baja la frente al golpe de ignominia,
 Con que afrentan tus ínclitos laureles,
 Tus mismos hijos á tu honor infieles.

¡Cuánto crimen, oh Dios! cuando al silencio
 De la tranquila noche misterioso,
 La noble Mantua con sus nobles hijos
 Yace entregada al natural reposo,
 Hijos ingratos de la madre España,
 Hollando del deber las santas leyes,
 Ayes, desolacion, muertes maquinan,
 Y sembrar por doquier con ímpia saña,
 De Mantua en el amargo desconsuelo,
 De inocentes cadáveres el suelo.

Y apenas brilla la esperada aurora,
 Y del oriente en la rosada cumbre
 El nuevo sol su generosa lumbre
 Tiende sobre los campos bienhechora,

La fatídica luz envuelta en humo,
 Del trueno del cañon anunciadora,
 Difunde por las calles negro espanto:
 Suena cien veces el clamor de muerte,
 Que arroja de su seno el ronco bronce,
 Y otras cien, y otras cien con mano fuerte,
 Que el hierro criminal vibra tajante,
 El español al español degüella,
 Y con sangre inocente de su hermano,
 Padron eterno de ignominia sella.

Mirad á aquel soldado,
 De recio sable y carabina armado,
 Arrojando de injurias un torrente
 Sobre la limpia frente
 De su bizarro jefe denodado,
 Que blandió en rudas lides el acero,
 Y en sangrienta batalla
 Le respetó el cañon del extranjero;
 Y ahora el pecho de bárbaro homicida
 En furia horrenda estalla,
 Cortar ansiando su preciosa vida.
 Retira, criminal, la diestra osada:
 Que baste de traidor el torpe alarde

Con que aumentas infiel la hueste armada,
Y nó tu alma cobarde,
Contra tu jefe en desigual pelea
Sacie su ira, como vil desea:
Muriera, sí, cual á valiente cumple,
De su valor haciendo heróica muestra,
Si vibrase indignado el firme acero,
Cual otras veces su robusta diestra.
Mas vano razonar cuando deshecho
Indómito el furor de las pasiones
Se ceba en degradados corazones:
El asesino al inocente pecho
Fija el arma funesta,
El fuego matador crüel asesta,
Y el valiente varon, hora indefenso,
Cae abrasado por la ardiente bala,
Al ¡ay! terrible en que su vida exhala.

Y de tan negra accion corre gozosa
La turba militar en son horrendo,
Que sangre y muerte en sus pisadas lleva,
Buscando sin piedad hazaña nueva,
En el dolor de la afligida esposa,
Y de la madre en el *adios* tremendo,

Que lanza el corazón hecho pedazos,
 Al estrechar al hijo entre sus brazos,
 Que de cruel herida ve muriendo.

¿Y son hijos de España
 Los torpes héroes de tan torpe hazaña?
 Españoles hidalgos... al tormento
 Que mi alma siente al contemplar tal crimen,
 Cuando españoles son los que así oprimen,
 En número creciente cada día,
 El noble pecho de la Patria mía,
 Que al aire entrega funeral lamento....
 ¡Ah! sufrid que un momento
 Mi amor vacile cuando el crimen vence,
 Y de español el nombre me avergüence.

Que de esos hijos se avergüenza Iberia,
 Y al ver que su maldad sin tregua avanza,
 Arrastrando su vida á la miseria,
 Tremenda maldición sobre ellos lanza.

¡Ay! yo la ví: sobre enlutado trono,
 Suelto el cabello y *desceñido el manto*,
 Marchita del dolor la augusta frente,

Saltan la indignacion y el justo encono,
 Por tal atrocidad y crimen tanto,
 En el mirar de su pupila ardiente,
 Y su voz, cual el eco del torrente
 Que rompe arrebatado en ronco estruendo,
 El son del bronce atronador venciendo,
 Suena potente al fin: «Hijos malvados...»
 Que ante el nefando altar del egoismo
 Quemais incienso impuro,
 ¿Por qué esa sangre que verteis inútil,
 Sangre que me arrancais de las entrañas,
 No se ofrece en heróico patriotismo,
 Que una vez más al universo asombre,
 Para vengar la gloria de mi nombre,
 Que insultan sin honor gentes extrañas?
 Cuando arrancado miro
 Unpreciado florón de mi corona,
 Y en el límite escucho de oceano
 El bronce, que en mi suelo soberano,
 Su imperio al par que mi baldón pregona:
 Cuando allí Gibraltar, entre dos mares,
 En gigante peñón al cielo alzado,
 Sobre playa española,
 El britano pendón dueño tremola,

¿Hay valor en los pechos de mis hijos,
 Para anegar, por ambicion sin fruto,
 Las plazas de mi Mantua dolorida,
 En torrentes de sangre fratricida,
 Y nó para llevar horror y luto
 Ante Calpe orgulloso,
 Y arrancar, con el alma enardecida,
 El pabellon que mece ignominioso?

»Héroes ilustres, que la sangre un día,
 Por la Fé sacrosanta y por mi gloria,
 En Granada, en Lepanto y en Pavía
 Supísteis dar: el lauro de victoria
 Orna radiante vuestra noble frente,
 Yo os nombro con amor, hijos del alma,
 Y en sus páginas guarda reverente
 Vuestro nombre inmortal la historia mia;
 Mas tú, mónstruo feroz de orgullo henchido,
 Que rompiendo con pecho endurecido
 El lazo fraternal de la concordia,
 Lanzas con saña impía
 El rayo asolador de la discordia:
 Miéntras el ódio criminal te arrastre
 Contra tu propio hermano en vil encono,

Segando en flor mi juventud querida,
 Y á la sombra benigna de mi trono,
 Claves en mí el acero parricida,
 Que agoste de una vez mi débil vida,
 Cual en tu loca presuncion deseas,
 Hijo de execracion.... ¡maldito seas!»

Dice, y de indignacion acerbo llanto
 Rueda escaldando su mejilla pura,
 Y el león, por alivio á su quebranto,
 Besa su régia planta,
 Y de dolor herido
 Sacude la melena con bravura,
 Y rompe en su garganta
 De justa indignacion ronco rugido.

¡Ay! ¡Mi España querida,
 La Reina de los mundos y los mares
 Devorando la hiel de mil pesares,
 Al llanto, á la miseria conducida!
 ¿Y la impele el poder del golpe rudo
 De extranjerias legiones?
 Nó: que humillando siempre los pendones
 De los pueblos que injustos la ultrajaron,

Su sien esclarecida ceñir pudo
 Los lauros que en la lucha disputaron:
 Son españoles, de la España mengua,
 Que en sed de oro y de ambicioso mando,
 Con dolo infame «¡Libertad!» clamando,
 Venden por libertad su tiranía,
 Y al solio que entrevió su fantasía,
 Y que escalar pretenden sin decoro,
 Dan por gradas, con pechos inhumanos,
 Las vidas de sus míseros hermanos.
 Así cuando el soldado cede al oro,
 Y el pueblo ansiando libertad se lanza,
 Ven hundida en su sangre su esperanza.

¡Sagrada Libertad! ¡nombre bendito
 Por el dedo de Dios eterno y santo
 En vuestras almas indeleble escrito!
 ¿Por qué, noble español, por qué no siente
 Tu hidalgo pecho su poder sagrado,
 Libre viviendo, para ser valiente,
 Viviendo libre, para ser honrado?
 Y nó entre negras sombras
 De torpe error ó de ignorancia envuelto,
 Libertad, libertad al crimen nombras,

Libre llamando al criminal resuelto.
Si el dique rompe, que la lava ardiente
Enfrena de las pérfidas pasiones,
Tu falsa libertad, ¡ah! ¡pobre España!
En breve la verás ahogada en sangre,
Y su yerto cadáver impotente
Será despojo de ambicion extraña.

¡Oh! si del patrio amor la llama pura
Arde en vuestras entrañas, españoles,
Y ansiáis salvar nuestra querida Patria
De eterno oprobio y servidumbre dura,
Que el lazo fraternal, que invictos hace
En su defensa á los heróicos pueblos,
Vuestras almas magnánimas enlace:
Que unidos siempre el universo os vea,
Y «Patria y Religion» el grito sea.

Sevilla: Junio de 1866.

EL ALMA EN LA SOLEDAD.

EN UNA PROFESIÓN RELIGIOSA.

ODA.

¡Oh soledad dichosa,
Dulce refugio para el alma pura,
Do en calma deliciosa,
La paz y la ventura
Á torrentes derraman su dulzura!

Feliz la que apartada
Del mundanal bullicio licencioso,
En tu amable morada,
Con su adorado Esposo,
Vive en éxtasis puro y misterioso.

Libre de la mentira
De este traidor del hombre desgraciado,
Donde el placer espira
Antes de ser gozado,
Y arranca sangre al corazon llagado.

Su pureza defiende
Del ábrego crüel tu dulce abrigo,
En santo amor la enciende
Del sol el rayo amigo,
Y sólo es Dios de su querer testigo.

Le muestra sus amores
Por tus montes, praderas y cabañas,
Ya entrelazando flores,
Ya oculta entre las cañas,
Ó ya fuerte subiendo á las montañas:

Ó ya bajo la sombra
De palmeras gallardas y gigantes,
Sobre cándida alfombra
De azucenas fragantes,
De nardos y jazmines abundantes,

Y al súaave murmullo
Del agua que resbala mansamente,
Y al son del blando arrullo
De paloma inocente,
Del aura que sutil besa su frente,

En apacible sueño,
Por la diestra bendita acariciada
De su divino Dueño,
Y en su brazo apoyada,
Pasa la primavera regalada.

Eterna primavera:

Que huyó la escarcha del invierno frío
 Del monte y la pradera,
 Y el ardoroso estío
 De ese valle respeta el seno umbrío.

¿Quién tu grato sosiego
 No envidia, oh soledad? ¿Quién no aborrece
 El mundo torpe y ciego,
 Y la dicha que ofrece,
 Que al soplo de inconstancia desaparece?

¡Oh bosque misterioso,
 De inefables delicias! ¡oh constante
 Estacion de reposo,
 Para el pecho anhelante
 De esposa virgen y doncella amante!

Dichosa tú mil veces,
Alma que ves lucir tan grata aurora,
Dichosa tú, que ofreces
El lirio que enamora
Al dulce Esposo que tu pecho adora.

Mostrando tu destino,
Alma feliz, tu nombre bienhadado,
Por el dedo divino,
En el tronco sagrado
De un cetro incorruptible está grabado.

Así alegre tu vida
Correrá como arroyo entre las flores
De la selva escondida,
Sin temer los rigores
Del ábrego y el cierzo bramadores.

Y si animoso el viento
Su ledo curso perturbar intenta,
Ó, con torpe ardimiento,
La fragancia que alienta
Robar al lirio, que el amor sustenta,

De la cumbre eminente
De esa montaña verde y olorosa,
El Esposo potente,
Con su voz imperiosa,
Calma del huracan la furia odiosa.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA.

SONETO.

Vibre tu diestra el pavoroso acero,
Oh de Loyola capitan valiente,
Heróico emprenda tu entusiasmo ardiente
Nobles hazañas de español guerrero:

El árbol de la gloria lisonjero
Los frutos rendirá que ansió tu mente,
Y orlada con sus hojas tu alta frente,
Repetirá tu nombre el orbe entero.

Mas no son estos lauros y blasones,
Que el tiempo destructor lanza al olvido,
Dignos del alma que en tu sér alienta:

Que vencedor de humanas ambiciones,
De Jesus con la enseña enaltecido,
Tu espíritu inmortal su gloria ostenta.

LA BELLEZA INDESTRUCTIBLE.

Á LA SEÑORITA DOÑA T. M.

Qué bellos son los días
De grata primavera,
Cuando teñido el cielo
De nácar y arrebol,

Despunta en el oriente
La aurora placentera,
Y sigue el limpio rayo
Del refulgente sol.

Y dora el universo,
Y dá fragante vida
Á las pintadas rosas,
Encanto del pensil,

Y lleva entre las flores
El aura condolida
Los últimos suspiros
Del delicioso abril.

Y el colorin saltando
Veloz de rama en rama,
De dulce amor herido
Palpita con placer,

Y en trinos melodiosos
Á su consorte llama,
Mil veces repitiendo
Su dicha y su querer.

Y en prados de esmeralda,
Se eleva en fresco tallo
La cándida azucena
De hechizo virginal,

Y por la selva umbría,
Del sol al tibio rayo,
Deslizase el arroyo
De linfas de cristal.

Así, Teresa amiga,
En curso venturoso,
Deslízanse tus años
De gracia juvenil,

Cual limpido arroyuelo,
Que corre bullicioso,
Al soplo regalado
Del céfiro sutil.

Y en el vergel ameno
De tu encantada vida,
Más gracias ¡ay! ostenta
Tu mágica beldad,

Que lleva la natura,
Asaz enriquecida
Por la piadosa mano
De Dios en su bondad.

Tu frente de azucena,
De rosa tu megilla,
La lumbre de tus ojos,
Tus labios de carmin,

Afrentan á la aurora
Cuando naciente brilla,
Reinando entre las nubes
En su oriental confin.

Y más rico tesoro
Tu acento regalado
Encierra de armonías
Y de fragante olor,

Que el céfiro en sus alas
Sonoro, embalsamado,
Cuando anhelante besa
À la naciente flor.

Mas ¡ah! del crudo invierno
El huracan airado,
Rompiendo sus cadenas
Con ímpetu febril,

La lumbre de la aurora
Eclipsa despiadado,
Y siega, yá marchitas,
Las galas del abril.

Y sólo de su furia
Los árboles añosos
Resisten los embates
Burlando su altivez,

Y prestan al viajero
Sus frutos deliciosos,
Y del desierto mustio
Amparo en la aridez.

Así, Teresa hermosa,
Cual firme palma erguida
Levántese en tu alma
La célica virtud,

Que de los rudos golpes
Del tiempo combatida,
Dilate indestructible
Tu bella juventud.

EN LA CELEBRACION DE LA PRIMERA MISA

DE MI QUERIDO AMIGO

D. JOSÉ MARÍA BALLESTEROS Y AIRES,

en la iglesia de Religiosas de Madre de Dios, de Sevilla,

EL 25 DE MARZO DE 1862.

Hoc facite in meam commemorationem.

Luc. c. 22, v. 19.

ODA (1)

¿Por qué la aurora insólitos albores
 Mostró á la tierra en trono de diamante,
 Y vivos resplandores
 El sol lanzando, cual jamás brillante,
 Ostenta su hermosura,
 Nuncio feliz en la celeste altura?

(1) Escribí esta ODA, y la publiqué en Sevilla el 25 de Marzo de 1862, y he tenido el disgusto de verla reimpressa sin mi conocimiento, con fecha 16 de Junio de 1871, y firmada por las iniciales J. de S. Me abstengo de calificar este hecho; pero justo es consignarlo aquí, para que conste que soy su verdadero autor.

¿Y por qué de Sion los sacros muros
 Se adornan hoy con peregrinas galas?
 Y los ángeles puros,
 ¿Por qué, batiendo las radiantes alas,
 Difunden su armonía
 Desde el oriente hasta do muere el día?

Un tiempo fué, cuando la tierra inmunda
 Del crimen aherrojada en las prisiones,
 Á la región profunda,
 Do tremola Luzbel negros pendones,
 Despeñada corria,
 Y en fuego inextinguible eterna ardia.

Mas ¡ah! que Dios en su bondad sublime,
 Erigiendo en el Gólgota su trono,
 Al esclavo redime,
 De Satan domeñando el fiero encono,
 Y su inmortal victoria
 Renueva el Sacerdote *en su memoria.*

¡Oh inesperada, sin igual ventura,
 Que en bien otorga del linaje humano,
 El Señor á su hechura!
 ¡Suerte dichosa de la ungida mano,
 Do en misterioso velo,
 Viene á posar el Hacedor del Cielo!

El orco rebramando se estremece
 Del Ministro á la voz, que rauda sube,
 El Verbo la obedece,
 Y en trasparente y sonrosada nube,
 De las altas mansiones
 Baja á otorgar sus celestiales dones.

Hostia divina sobre el Ara santa
 Benigno expia del mortal la pena,
 Generoso quebranta
 Del pecado la pérvida cadena,
 Renovando propicio
 Del Gólgota el tremendo sacrificio.

Feliz humanidad, tu frente inclina
Del Redentor ante la faz clemente,
Que la sangre divina,
De gracia y de perdon copiosa fuente,
Á raudales derrama,
Para infundirte de su amor la llama.

¡Oh Pan de vida, de bondad tesoro,
De eternas dichas manantial constante!
De querubes el coro
En puros himnos tu grandeza cante,
Y de tu gloria lleno
La anuncie el mar, y la repita el trueno.

Y tú que ofreces en ondeante giro
Incienso puro al que en los cielos mora,
Oye amargo el suspiro,
Que tu oracion refrigerante implora
En la mansion sombría,
Al alma justa, que su culpa expía.

Tu vista abarque la anchurosa tierra,
Triste mansion del misero quebranto;
Doquier la injusta guerra
El pecho parte, y nos arranca el llanto,
Al ver que el torpe averno
Lanza sus furias contra el Padre tierno.

¡Ah! cuando estreches en tus sacras manos
Al Dios que el mundo con su sangre riega,
Por los pechos cristianos,
Por el soberbio pide que le niega,
Y por el alto trono,
Do rige al mundo el inmortal Pio Nono.

ADIÓS A LA JUVENTUD.

ODA.

Pasó la primavera de mi vida,
Rica edad de ilusion y de placer,
Mas nó para mi suerte aborrecida,
Que engaños y dolores mi alma herida

Halló doquier.

Pasaron entre encantos y bellezas
Las galas de un abril y de otro abril,
Y cercado mi pecho de asperezas,
De espinas punzadoras y malezas

Fué su pensil.

Si en dulce tallo solitaria rosa
Fragancia pura en torno difundió,
El hado con su mano rigorosa
En breve ¡ay triste! su existencia hermosa
Crüel cortó.

Si de siniestras nubes circundada
Un rayo vió mi alma de solaz,
Ahuyentólo la suerte despiadada,
Y de nuevo en tiniebla sepultada
Gimió sin paz.

Así no es triste de la edad hermosa,
que mece al hombre entre deleites cien,
Con alma despedirse generosa,
Y en otra edad, acaso más dichosa,
Buscar el bien.

Edad de los placeres seductores,
 Que amarga realidad llevas en pos:
 Soñado eden de mágicos amores,
 Y fuente para mí de mis dolores,
 Por siempre adios.

Tú, edad viril, recibe mi existencia,
 Y dame en la amistad firme sosten:
 Ábreme los arcanos de la ciencia,
 Y de mi Dios la paternal clemencia,
 Mi eterno bien.

Y haz que á tu soplo, de mi humilde lira
 Suenen las cuerdas en robusto son:
 Dame el aliento que al poeta inspira,
 Y entre los vates que mi patria admira
 Mi nombre pon.

MADRIGAL.

Raya en el limpio oriente,
Sobre su trono de amaranto y grana,
Al dulce sonreír de la mañana,
La aurora refulgente,
Reina de la hermosura y la alegría,
Mostrando por diadema de su frente
Los vivos rayos del naciente día:
Y al ver tu faz hermosa,
Encantada mansion de los amores,
Se oculta ruborosa,
Vencida por los mágicos colores
De tus mejillas de azucena y rosa,
Por la sonrisa de tus labios rojos,
Y por la lumbre de tus dulces ojos.

A LA PRIMAVERA.

ODA.

¿Por qué de tiernas perlas y esmeraldas,
 De nardos, de violetas y jazmines
 Coronadas tus sienes virginales,
 Te presentas ¡oh rica Primavera!
 Á mis sentidos tristes,
 Que insultos juzgan cuantas galas vistes?

Si los sonoros trinos de tus aves,
 Si el murmullo apacible de tus brisas,
 Si tus limpios rizados arroyuelos,
 Que entre frescos laureles se desatan,
 Si toda tu belleza
 Sólo sirve de aumento á mi tristeza.

¡Ah! que en las perlas que lloró la aurora
Sobre tu tersa frente de azucena,
Perenne miro el doloroso llanto,
Que hizo brotar de mi angustiado pecho,
Con bárbara perfidia,
El necio orgullo ó la rastrera envidia.

Y en esas rosas y esmeraldas tiernas,
Que el can ardiente, con funesto rayo,
En breves horas segará marchitas,
La ilusiones ¡ay! deshechas lloro
De dicha y bienandanza,
Al nacer agostada mi esperanza.

Y el cáliz del dolor, del infortunio,
Que hiel amarga derramó en mi vida,
En el cárdeno cáliz de tus lirios
Figurado contemplo: acerbo cáliz,
Que apuró hasta las heces
Mi pobre corazon cien y cien veces.

Si en extraño horizonte la luz clara
 Hallar pensé de la ventura mía,
 Volé agitado por afán creciente,
 Y en los brazos de efímera fortuna
 Gozó el alma anhelante
 Del claro sol el esplendor radiante.

Mas ¡ah! que en breve la fortuna inquieta
 Sobre mi frente, con injusto encono,
 Densas nubes agrupa tenebrosas:
 Ruge la tempestad, braman los vientos,
 Parte el rayo homicida,
 Y abre en mi corazón profunda herida.

Triste es la vida cuando rompe el velo
 De la bella ilusión el desengaño,
 Y muestra al hombre la verdad desnuda:
 Del noble pecho la lealtad preciada
 Era torpe falsía,
 Y su virtud soberbia hipocresía.

Con esos lauros, que arrullados crecen
Por lisonjeras aguas en tus valles,
La frente criminal ¡oh Primavera!
De mentida virtud ceñida luces,
Y la ignorancia osada
Los muestra al mundo sobre el sabio alzada.

Que entre la yerba confundida crece,
En el repuesto valle silencioso,
Y blando aroma con temor difunde,
Sobre la humilde grama reclinada,
La violeta sencilla,
Mientras la amarga adelfa erguida brilla.

¿Y qué frutos al fin modesto el hombre
Logra, que busca la virtud preciada,
Y del hogar á la querida sombra,
Al saber consagrado no despide
Rayos de orgullo altivo,
Cual soberbio los lanza el sol estivo?

Esos frutos que brotan en tu seno,
 De tu templado sol al tibio rayo,
 Que dan tributo á la temprana muerte;
 Y si el caliente mayo los reserva
 Á tu verde corona,
 Jamás tu dulce influjo los sazona.

¡Cuántos recuerdos de dolor y luto
 En tí, bella estacion, encuentra el alma,
 Aunque el trinar escuche de tus aves!
 ¡Ah! que lloran tal vez su prole amada,
 En cántico doliente,
 Que del nido robó mano inclemente.

Así del nido de mi pobre pecho,
 Do el casto amor con su fecunda llama
 Engendra sin cesar puras delicias,
 ¡Cuántas veces la suerte rigorosa
 Robó con mano impía
 El rico manantial de mi alegría!

Sólo tus noches de silencio y calma
Alivio prestan á mi mal profundo:
Cuando enmudecen las parleras aves,
Y entre las sombras, el gemir callado
De lánguida corriente,
Llama á pensar á la agitada mente.

Contemplo entónces al mortal rendido
Del negro vicio en los funestos brazos,
Ó del error perdido en las tinieblas;
Mas ¡ah! que espero que las sombras huyan,
Y en breve el sol radiante,
Del vicio y del error brille triunfante.

Que noche de misterios es la vida,
Cuyo triste camino atravesamos,
Y en ella sucumbiera desgarrada
El alma al desaliento, si no viese
Feliz en lontananza,
Una aurora bendita de esperanza.

Sigue este arroyo su constante curso,
 De la humana existencia viva imagen,
 Ora besado por la dulce brisa,
 Ora impelido por el rudo viento,
 Ya de oliva luciente,
 Ya de zarzas ceñida su corriente:

Y así en sus gotas, que enlazadas ruedan,
 Lleva del tiempo las fugaces horas,
 Que á su tumba fatal se precipitan,
 Cual el manso arroyuelo, arrebatado
 Deja su cauce verde,
 Y en desierto sin límites se pierde.

Dichosa Eternidad, tiende tu vuelo,
 Y corta yá la senda de la vida:
 Sólo en tí la verdad alza su trono,
 Sólo en tí la justicia salvadora
 Deja, con fuerte espada,
 Perdido al vicio, á la virtud vengada.

Es la existencia primavera débil,
Que sólo flores dá, flores regadas
Del corazon con lágrimas copiosas,
Que entre el matiz de la esperanza nacen,
Ó entre rústico abrojo,
Muestran el del dolor cárdeno y rojo.

Mas es la Eternidad próspero estío,
Que del triste mortal el llanto enjuga,
Y en dulce fruto sazonado trueca
La pobre flor, que al espirar le ofrece:
Flor que el llanto produjo.
¡Quién logrará su generoso influjo!

Á MI RESPETABLE AMIGO

EL ILMO. SR. D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

EMINENTE LITERATO Y DISTINGUIDO POETA,

Catedrático de la Universidad Literaria de Sevilla y Director general de
Instrucción pública.

SONETO.

Tú cual Ríoja en su natal ribera
Al aire das el armonioso acento,
Y en sublime creacion tu pensamiento
Se alza feliz, cual el del grande Herrera.

Á tu canto florece la pradera,
Gorjea el ruiseñor, murmura el viento,
Y escúchase del líquido elemento,
Claro Fernandez, la fugaz carrera.

Así las Musas, en risueño coro,
Para premiar tu genio dignamente
Tejen corona de amaranto y oro:

Y así la Iberia en entusiasmo ardiente
Absorta escucha tu laud sonoro,
Y lauros ciñe á tu gloriosa frente.

UN TRIUNFO MÁS.

Con motivo de la conversión al Catolicismo, en Sevilla,
del protestante D. Francisco Rodriguez: en el día en que
abjuró sus errores y recibió la Sagrada Comunión,
15 de Agosto de 1869.

Resuenen dulces cánticos
De bendición y gloria,
Y al firmamento suban
En eco celestial:

Que el Dios de los ejércitos,
En singular victoria,
Hoy la cerviz quebranta
Del déspota infernal.

¿No veis de pueblo innúmero
 Pintada en los semblantes,
 La célica alegría
 Que inunda el corazón?

¿Y mil y mil espíritus,
 Que en coros rutilantes,
 Sacros himnos repiten
 De gloria y bendición?

Sí: tras *el velo cándido*
 La eterna Omnipotencia,
 En el misterio augusto
 De humilde Majestad,

Trono sagrado erigese,
 De amor y de clemencia,
 En alma que oprimia
 La sórdida impiedad.

Alma, que al yugo pérfido
Del necio error impío,
Su noble cuello incauta,
En mal hora humilló;

Mas hoy lo arroja férvida
Con valeroso brío:
Que la Verdad divina
Su mente iluminó.

Verdad santa y benéfica,
Del necio perseguida,
Del necio, que sus ojos
Cierra á la luz del sol:

Y entre tinieblas lóbregas,
Sin luz, calor, ni vida,
Mentida dicha ofrece
Al inclito español.

Al español católico,
Á quien el orbe ha visto,
Su religion y patria
Constante defender,

Y en su piedad sin límites,
La santa Fè de Cristo
Tras los inmensos mares
Con júbilo extender.

Al español, que lágrimas
Ante la Virgen pura,
Ante la Virgen Madre
Derrama con fervor:

Y que su nombre místico
Invoca con ternura,
Y siente en sus entrañas
La llama de su amor.

Huye al horrible báratro,
Nefando error inundo,
No eclipses de mi patria
La esplendorosa luz:

La luz que brilló fúlgida
Sobre la faz del mundo,
Luz santa desprendida
Del árbol de la Cruz.

Huye, que el pueblo intrépido
De Otumba y de Lepanto,
Aun siente hervir su sangre
Con religioso ardor:

Tu faz mira fatídica
Con odio y con espanto,
Y oprobio no consiente
Ni más mengua en su honor.

EPITAFIO

EN LA SEPULTURA DE LA MALOGRADA JÓVEN

D.^A JOAQUINA HEREDIA DE PADURA.

Goza siempre feliz, Esposa mía,
Digna guirnalda de tu casta frente,
Do eternos rayos, en eterno día,
Lanza de luz la inextinguible Fuente:
Goza la palma que el mortal ansía
Mientras los lazos de la carne siente,
Que yo, sumido en mi dolor profundo,
Así lo ruego al Redentor del mundo.

Á MI BUEN AMIGO

EL LICENCIADO D. VICENTE CALVO Y VALERO, PRESBITERO,

Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz.

ODA.

Noble modelo de virtud y ciencia,
 Digno de lauro y esplendente palma,
 Mitad del alma de tu fiel amigo,

Dulce Vicente:

Cuenta las flores, con que abril y mayo
 Matiz y aroma al Hacedor ofrecen,
 Y las que crecen, en fecundo campo,

Rubias espigas:

Cuenta las aves, que al rayar la aurora,
Con dulces trinos su venida cantan,
Y se levantan, en bandadas bellas,
Sobre los vientos.

Cuenta los copos de argentada nieve,
Que el crudo invierno, con helada mano,
Volviendo cano al adormido polo,
Manda á la tierra.

Y si los dones que Hacedor Supremo,
Vívidos rayos de inmortal grandeza,
En su largueza sobre tí derrama,
Cuentas ¡oh amigo!

Más y más veces mi encendido afecto
Al cielo pide para tí ventura,
Mientras que dura del mortal destierro
Triste el camino.

Y en el Empireo, celestial alcázar,
Fúlgido trono de eminente gloria,
Do la victoria de los justos goces,

Siglos eternos.

EL SACERDOTE.

SONETO.

Doquiera el sello del poder divino
En leyes fijas la creacion ostenta,
Que cuanto el soplo del Señor sustenta,
Sigue inmutable su eternal destino:

Sólo su amor al hombre, por quien vino
Á dar la vida en oblacion crüenta,
Despojado en la tierra lo presenta
De su grandeza ante el mortal mezquino.

Tu voz, Ministro, de imperioso acento,
En raudó vuelo los espacios hiende,
Y resuena en el ancho firmamento:

Y el Dios inmenso en caridad se enciende,
Y desde el trono de su eterno asiento,
Hasta la tierra á obedecer descende.

A SILIO, MARCIO Y ENNIO.

¡Cuán gratos suenan los ecos
De vuestras arpas heridas,
Ecos que el viento repite
En esta sierra vecina!

En la sierra que guarece
De Egabro la ilustre villa,
Donde desterrado admiro
Los sonos de vuestras liras.

Bien hayan los claros vates,
Prez de Gádes y Sevilla,
Almas grandes donde reina
El genio de la poesía.

Almas por mi bien, há tiempo,
De mi alma tan queridas,
Que la amistad noble y pura
Unió con grata sonrisa.

Silio: desde estas montañas
Salud mi labio te envía,
Y ruego al viento veloce
Lleve mi voz á la orilla

De ese mar, que á Gádes bella,
Ora con ondas altivas,
Ora con rizada espuma,
Cual tierno esposo acaricia.

Canta, ilustre vate, canta
Á tu Gádes bella y rica,
Que el mundo premia tus cantos
Con lauros de gran valía.

Y tú, mi querido Marcio,
 Que al son de tu acorde lira
 Lamentabas de tu amigo
 La dolorosa partida:

Canta del Lete las aguas
 En sangre cristiana tintas,
 Y al héroe de Covadonga,
 Que España postrada admira.

Canta al Dios de las batallas,
 Y á la Virgen sin mancilla,
 Que el cielo, para cantarle,
 Te dió inspiracion divina.

Ennio, mi querido Ennio,
 Alma de mi alma amiga,
 Que enlazas dignos laureles
 Con los lauros de tu Ercilia:

Del claro apacible Bétis
En las frondosas orillas,
Al murmullo de las ondas,
Que al mar se llevan tranquilas,

Saluda á tu ilustre patria,
Saluda á la patria mia,
Á Sevilla la gloriosa,
Á mi adorada Sevilla.

Dile que aqui desterrado,
Léjos de su faz querida,
Su amable faz en mi alma
Está de contino fija.

Que en risueñas ilusiones,
Que mi espíritu acaricia,
Ver me parece su cielo
De claras alegres tintas,

Sus noches de dulce calma,
Sus vivos radiantes días,
Su sol, que produce genios,
Que pulsen templadas liras:

Dile que jamás eclipsen
Al sol de su gloria antigua
Oscuras nubes: y dile.....
¡Cuánto mi amor le diría!

Dile que si en tierra extraña
Se extingue mi triste vida,
Conceda en su patrio suelo
Tumba humilde á mis cenizas.

ALYSO.

Á NUESTRA SEÑORA
DE
LA ANTIGUA,

EN SEVILLA:

ODA PREMIADA CON LA LIRA DE PLATA

EN EL CERTÁMEN POÉTICO CELEBRADO EN JÉRIDA POR LA
ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA EL 13
DE OCTUBRE DE 1867.

Á MI MADRE.

¿Quién puede tener derecho ¡oh querida MADRE MIA! á que se imprima su nombre al frente de esta composicion poética, expresion á un tiempo de los frutos de mis tareas literarias, de la fé viva de mi cristiano corazon, y de la ternura de mi amor filial á la Santísima Virgen María...? ¿Quién sino Vd., á cuyos incesantes desvelos, afanes, amarguras y sacrificios debo mi modesta carrera científica y literaria, y esta llama de piedad religiosa, que, ardiendo en mi espíritu, es la antorcha sagrada que me ilustra en los senderos de mi vida, y la que dá fortaleza á todo mi sér, para que no sucumba, ni áun vacile, á los rudos embates de la desgracia en los dias de la tribulacion?

Reciba Vd., pues, querida MADRE MIA, este público testimonio de mi eterna gratitud y de mi acendrado cariño; y si al leer estos versos consagrados á la Santísima Virgen, cuyo amor dulcísimo infundió Vd. en mi alma, se desprenden de sus ojos lágrimas de gozo y de ternura, envíeme Vd. con ellas su maternal bendicion, y será el más rico y más preciado tesoro de su humilde y amantísimo hijo

LUIS.

Á NUESTRA SEÑORA
 DE LA ANTIGUA,
 EN SEVILLA.

ODA.

Narrabo nomen tuum fratribus meis:
 in medio ecclesie laudabo te.

Ps. 21, v. 23.

Tu honorificientia populi nostri.

Judit. c. 15, v. 10.

De amor divino en la celeste llama,
 De noble inspiracion en fuego ardiente,
 ¡Oh santa Religion! mi pecho inflama:
 De tu bendita fé brille en mi mente
 La luz esplendorosa,
 Y al entonar con alma arrebatada
 De la Madre del Verbo gloriosa
 Los misticos loores,
 Haz que á tu influjo, Religion sagrada,
 Los ecos vibradores

Se eleven de mi cítara inspirada
 Al alto firmamento,
 Y haz que llevado mi robusto acento
 Desde do nace hasta do muere el día,
 En himno grato fervoroso suene,
 Y el nombre sacrosanto de María
 Dulce á los hombres los espacios llene.

¡María! ¡nombre amado!
 ¿Quién ¡ay! podrá escuchar eco tan dulce
 Sin verse en tiernas lágrimas bañado?
 ¿Qué pecho noble de la noble España
 Donde asentaste tu primero solio,
 Donde con larga mano
 Cien prodigios hiciste en cada hazaña,
 Para romper el yugo mahometano,
 Latir no siente el corazón herido,
 De gratitud profunda conmovido?

Y ¿quién ¡oh Madre! que por vez primera
 Vió los albores del naciente día.

Del Bétis en la mágica ribera,
 En la Reina feliz de Andalucía,
 Al escuchar tu nombre,
 Símbolo de su dicha y su grandeza,
 Humillado no inclina la alta frente,
 Y ante tu sacra imágen reverente,
 Do se retrata tu sublime alteza,
 No dobla entusiasmado la rodilla,
 Cual cumple á un hijo de tu fiel Sevilla?

Sevilla, sí: que ostenta enardecida,
 En esos muros de sus viejos templos,
 De acendrada piedad dignos ejemplos
 Á la impiedad del siglo descreida.
 Sevilla, sí: que en sus entrañas lleva,
 De eterna esclavitud cual signo honroso,
 Que en cien generaciones se renueva,
 Tu nombre misterioso
 Con ígneos caracteres esculpido,
 Á despecho del tiempo y del olvido.
 Sevilla, sí: que guarda en su memoria,

Cual sus timbres mejores,
 Ilustres hechos de su patria historia,
 Preclaras tradiciones de alta gloria,
 Que revelan tus ínclitos favores.

Sí, Madre del Amor: tú la elegiste
 Por tu amada ciudad en tus bondades,
 Y de tu amor cautiva, la pusiste
 Por modelo de amor á las edades.

Áun nó sus vivos rayos difundia
 En la Bética infiel la eterna Lumbre,
 Que ahuyentó del error la niebla impía
 Irradiando del Gólgota en la cumbre:
 Del águila romana vencedora
 Bajo el poder, que al orbe dominaba,
 Áun soberbio se alzaba
 Á Júpiter potente
 En Híspalis gentil un templo augusto,
 Y en holocausto injusto,
 Su quimérica imágen se adoraba.

Mas tú, Madre de Dios, Virgen clemente,
 Compasiva tendiste tu mirada,
 Y al ver á Híspalis bella tristemente
 En las sombras de muerte reclinada,
 Tu tierno corazón «sálvese» dijo,
 «Tambien por ella su preciosa sangre
 »Vertió en la cruz mi sacrosanto Hijo;»
 Y de esplendentes luces circundada,
 Y de regio ropaje revestida,
 En gigantesca imágen seductora
 Estrechando la imágen redentora
 Del Niño-Dios en tus benditos brazos,
 En ese muro del nefando (1) templo
 Por los ángeles santos esculpida
 Gloriosa apareciste (2),
 Fijando en el soberbio capitolio
 Cual nuncio de salud tu augusto solio.

(1) El templo dedicado á Júpiter.

(2) Sigo esta opinion del P. Ortiz, jesuita, porque además de no existir documento alguno histórico, que acredite lo contrario, la encuentro muy llena de poesía y de fé y piedad religiosa.

Tal en su trono de amaranto y grana,
De la noche ahuyentando los horrores,
Aparece entre dulces resplandores
La aurora celestial de la mañana:
Y, deshechas las sombras,
Anuncia en sus albores
De paz y de alegría
Al astro rey del refulgente día.

Sí: que brilló tu faz de nieve y rosa
En la noche del ciego gentilismo,
Y súbito irradió la luz hermosa
Del sol del cristianismo.

Alza del polvo vil tu noble frente,
¡Oh dichosa Romúlea! en gozo eterno
Sacude las prisiones
De horrenda esclavitud del torpe averno:
Por la Virgen sin mancha bienhechora,
Del Hombre-Dios la sangre salvadora
Hoy tus culpas expia,
¡Gloria al Dios Redentor, gloria á María!

Que hoy sobre ti despliega el regio manto,
Y en maternales vivas emociones,
Entre sus hijos con placer te nombra:
Rompe gozosa en venturoso llanto,
Y de mil encendidos corazones
Tiende á sus plantas codiciada alfombra:
Ella será tu norte, Ella tu guía
Con el nombre de «Antigua» venerada,
En las revueltas olas de este mundo,
Y en siglos dilatados,
Contra las flechas de la suerte impía
Ella abrirá las fuentes del consuelo,
Cual hoy las puertas del cerrado cielo.

Y no valdrá la bárbara osadía
Del árabe ominoso,
Que en malhadado día
Tu fé bendita ultrajará orgulloso,
Para eclipsar la lumbre soberana,
Que difunde tu rostro bondadoso,
Más dulce que el rayar de la mañana,

Miradlos ¡ah! con arrogancia fiera,
 Las imágenes santas profanando
 Que nuestra augusta Religión venera,
 Y de sus héroes en honor levanta,
 Sacrílegos destrúyenlas doquiera,
 Y las huellan osados con vil planta.

Y ya en el alto templo consagrado
 Al Dios Eterno y á la Virgen pura,
 Do el lábaro se alzaba tremolado
 De redencion, de paz y de ventura,
 Orgullosa se ostenta,
 Cual enseña infeliz de raza impura,
 La media-luna, del humano afrenta:
 Y allí, do se ofrecia en santo rito
 Del Redentor la sangre salvadora,
 Los nefandos misterios véñse ahora
 Del Alcoran maldito.

Y al rudo golpe de tan fiero extrago,
 ¿Será que en triste escombros sepultada
 Llore Sevilla su ventura y gloria,

De su Reina la imágen venerada?
 ¡Ah! nó: que fiel la escuda
 El brazo formidable del Eterno:
 Vedlos llegar: cual furias del averno,
 La multitud sañuda
 Contra ese muro con furor se lanza,
 Y á polvo humilde reducirlo intenta;
 Mas ¡ah! ¡loca esperanza!
 Que del golpe enemigo combatida
 La Madre excelsa del Señor potente,
 De celestiales luces circūjda
 Nueva hermosura prodigiosa ostenta,
 Y á la turba feroz rendida ahuyenta.
 Y si áun vencidos, con rencor insano,
 Ocultarla pretenden envidiosos,
 Y grueso muro ante su faz levantan,
 Áun se muestra su rostro soberano
 Con nuevos resplandores misteriosos,
 Y tierra y cielo su victoria cantan.
 Enjuga el triste llanto,
 ¡Oh Sevilla cautiva y desolada!

No desmayes al pérfido quebranto
 Con que raza malvada
 Tu Religion oprime;
 Que vela sobre tí virtud sublime,
 El poder de tu Reina immaculada.
 Ella á la márgen del tranquilo Bétis
 Conducirá las huestes triunfadoras
 Del Rey Fernando generoso y fuerte:
 Ella lucir hará claras auroras
 Tras los negros horrores de la muerte.

¡Oh Sevilla felice!

De gratitud deshecha en tierno llanto,
 Hoy á tu Madre celestial bendice:
 Mira blandir el victorioso acero
 Al Rey conquistador, valiente y santo:
 Yá penetra tus muros,
 Yá el musulman se humilla avergonzado,
 Yá en la torpe mezquita
 Tremólase el pendon, signo sagrado
 De redencion bendita,
 Y yá en el ara de la Virgen Madre,

Que á su pesar el árabe respeta,
 En sacrificio inmólase al Dios Padre,
 Con santo regocijo,
 La sangre augusta del Eterno Hijo.

Cánticos dulces, himnos de victoria
 El nombre repitiendo de María,
 En las celestes bóvedas resuenan,
 Y al eco de tu nombre ¡oh Madre mía!
 De gozo inmenso, de inefable gloria
 De los orbes los ámbitos se llenan:
 Y el pueblo Mariano,
 Bendiciendo las pródidas bondades
 De tu piadosa mano,
 ¡Oh Virgen de la Antigua, gloria nuestra!
 Ante tu altar en lágrimas deshecho,
 De su ferviente pecho
 Amor inmenso por sus ojos muestra.
 ¿Y cómo no llorar, si doquier brilla
 Un vivo rayo de tu amor ardiente
 En el suelo felice de Sevilla?

Si de tu amor dulcísimo recibe,
Cual de abundosa fuente,
Gracias sin fin, tus gracias á raudales,
Gracias que el corazón con llanto escribe
En tu radiante historia,
Gracias tuyas, que siglos eternos
No borrarán jamás de su memoria.

¡Ah! cuando el fuego de la fiebre aguda
En las entrañas de tus hijos arde,
Y del dolor postrados en el lecho,
Yá la muerte sañuda
De su cercano triunfo hiciera alarde,
Alzan humildes su plegaria muda
En alas de la fé no desmentida,
Y cien veces y ciento,
Truecas en gozo su infeliz lamento,
Y recobran por tí salud y vida.

Ó yá buscando en su anhelar fortuna,
Entregados en brazos de la suerte,
En frágil leño su existencia fian

Al piélago espantoso,
 Y á la indomable muerte
 Con temerario arrojo desafían.
 Súbito brama el aquilon furioso
 En las bóvedas negras del vacío,
 Muestra la tempestad su poderío,
 Su faz oculta la argentada luna,
 Y pierden de sus pálidas centellas
 Todo el fulgor las fúnebres estrellas:
 La quilla sin fortuna
 Cruge azotada por el mar undoso,
 Que á la preñada tenebrosa nube,
 En ronco estruendo sus montañas sube.

Mas son tus hijos los que sufren tristes
 Del piélago á merced y el noto insano,
 ¡Oh Virgen bondadosa!
 Clava la fé en el leño sus rodillas,
 Tienden al cielo suplicante mano
 Y con lágrima ardiente en sus megillas
 Imploran tu socorro soberano;
 Y entre el fragor del pavoroso trueno

Suena tu voz de melodioso encanto,
 Y el proceloso mar vuelve sereno:
 Y de la noche sobre el negro manto
 Brilla tu luz divina,
 ¡Oh Estrella de los mares!
 Y su rumbo infeliz leda ilumina,
 Y salvos tornan á sus patrios lares.

Así tus hijos por doquier publican
 Tus insignes favores,
 Que nunca el tiempo lanzará al olvido:
 Y así con noble pecho agradecido,
 Al través de los vientos y los mares,
 Alzaron á tu nombre bendecido
 En remoto hemisferio,
 Templos augustos do asentáras pía
 Sobre los mundos tu benigno imperio (1):
 Que eres su norte Tú, eres su guía

(1) Muchos son los altares y templos erigidos á la Santísima Virgen bajo el título de LA ASTRÉA en todo el orbe católico, por la admiración de fervorosos cristianos, ante los prodigios que obró el brazo del Eterno en la conservación de su sagrada imagen en el espacio de tantos siglos, y por la gratitud de fieles hijos de esta Madre favorecidos con insignes milagros.

En las revueltas olas de este mundo,
Y en siglos dilatados,
Contra los dardos de la suerte impía
Tú les abres las fuentes del consuelo
Desde tu trono en el empíreo cielo.

Y cuando el alma en su mortal camino
Gime angustiada por terrible pena,
Pensando ansiosa en su eternal destino
De amarga duda y de temores llena,
Ante tu altar se postra acongojada,
Y ve en tu frente pura,
Más bella que la aurora nacarada,
Un rayo de esperanza bendecida,
Que de salud el puerto le asegura,
Tras el mar borrascoso de la vida.

EPITAFIO

EN LA SEPULTURA DEL PÁRVULO

ANTONIO AURELIO DEGREGORIO Y LOPEZ.

En alas de la cándida inocencia
Te elevas á los cielos, Hijo amado,
Y al par en nuestra mísera existencia
El puñal del dolor dejas clavado;
Mas yá que gozas la eternal clemencia
En las mansiones del Eden sagrado,
Ruegos constantes por tus padres alza,
Mientras tu lengua pura á Dios ensalza.

Á UNA AMIGA EN SUS DIAS.

Llega mi afecto á tus plantas
Al rayar el fausto día,
En que á la excelsa María
Tus blancas manos levantas.

Y al oírte suplicante
Uno contigo mi acento,
Elevando al firmamento
Humilde ruego incesante.

¡Oh! cuán grata luciría
Para tí la bella aurora,
Y el rayo del sol que dora
El universo en tu día,

Si allí su luz te alumbrase
Do anhela habitar tu pecho,
Y en llanto de amor deshecho
Sacros himnos entonase.

Pero si aún no quiere el cielo
Concederte tal ventura,
Para probar tu alma pura,
Y premiar después tu anhelo,

No desmaye tu esperanza,
Que en esta tierra inconstante,
Tras el trueno resonante
Brilla el iris de bonanza.

Mira al ábrego furioso,
En soberbia tempestad,
Combatir la inmensidad
Del ancho mar espumoso;

Mas cuando juzga el marino
Rota yá su débil quilla,
Y el mar le roba la orilla
En hirviente torbellino,

Dice Dios: «Tu furia enfrena.»
Plega sus alas el viento,
Y ese espantoso elemento
Besa tranquilo la arena.

Espera, amiga, la calma:
Y aunque tu espíritu sienta
Bramar la recia tormenta,
Que llena de angustia el alma,

No desmaye tu esperanza,
Que en esta tierra inconstante
Tras el trueno resonante
Brilla el iris de bonanza.

À UN CALUMNIADOR.

SONETO.

Ríe en buen hora, detractor infame,
 Y justo ante los hombres te presenta,
 Mientras mi pobre alma se atormenta,
 Inútil siendo que justicia clame.

Mas ¿qué importa que lágrimas derrame
 Mi triste corazon en tal afrenta,
 Si mi conciencia en mi afliccion me alienta,
 Aunque tu infamia criminal me llame?

Mi limpia fama en vengativo intento,
 Anegando mi pecho en amargura,
 Tu hálito empañó de vil serpiente;

Los hombres no escucharon mi lamento,
 Mas justo Dios desde su excelsa altura
 Fulmina maldiccion sobre tu frente.

AL DIRECTOR, REDACTORES Y COLABORADORES

DE

EL DOMINGO,

DISTINGUIDOS POETAS Y MIS QUERIDOS AMIGOS,

POR LAS POESÍAS QUE SE DIGNARON DEDICARME EN EL DÍA DE
LA CELEBRACIÓN DE MI PRIMERA MISA.

SONETO.

Inspira la amistad hermosa y pura
En vuestras almas generoso aliento,
Y eco de su bondad el noble acento
Llega á mi oído en sin igual dulzura:

Himnos alzais de amor y de ternura
Al Dios, que desde el alto firmamento
Miró á la tierra, y de mi humilde asiento
Me alzó, aunque indigno, á tan excelsa altura.

Mi pobre corazón, amigos tiernos,
De gratitud profunda conmovido,
Para vosotros fervoroso alienta:

Y eleva sin cesar votos eternos
Al Dios, que salva al hombre redimido,
Y con su Cuerpo y Sangre lo alimenta.

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

ODA.

Angel humano, candorosa vírgen
En alas puras de su amor se eleva,
Busca á su Amado y en dichoso asilo

Oye su acento:

«Vuela á mi seno, virginal paloma,
Plácidos gusta del amor los frutos,
Hieran mi oido con sinceros votos

Dulces tus labios.»

Dócil inclina su apacible rostro
 Del alto Verbo la escogida Esposa,
 Como á las brisas del fecundo mayo
 Blanda la espiga.

Y entre delicias, en su amor profundo,
 Viendo cercana su indecible dicha,
 Ante las aras, que su llanto inunda,
 Tierna responde.

«Cándido Esposo: del liviano mundo,
 Torpe en halagos y en fugaz grandeza,
 Huyo felice, que en divina llama
 Arde mi pecho.

»Corra el avaro tras dorados bienes,
 La fama ensalce el ambicioso nombre;
 Mi gloria sea, y sin igual tesoro,
 Santa pobreza.

»Goce el mundano de fingidas rosas,
 Que el alma hieren con punzante espina;
 Yo á tus altares llevaré ferviente

Pura azucena.

»¿Quién no te busca, libertad preciosa?
 Mas ¡ay! que es vano tu ilusorio nombre:
 Santa obediencia, como á eterna esclava,
 Ponme tu sello.

»Tú, dulce Esposo, que el querer me diste,
 Tú, que mis votos con tu amor sellaste,
 Fiel me conserva, y en tu gracia rinda

Mi último aliento.»

Hiende los aires, celestial querube,
 Tú que ministras del amor los dones,
 Dale la palma, y de inmortal corona
 Ciñe su frente.

Víctima sacra del virgíneo coro,
 Lirio fragante del jardín divino,
 Mística Esposa del Cordero santo,
 Cándida virgen:

Contra la roca de tu noble empeño,
 Aun yá en el puerto las soberbias ondas
 ¡Ay cómo rugén! con serena frente
 Burla su furia.

Feliz te ría la rosada aurora,
 Y el sol dorado, y la argentada luna,
 Hasta que logres del divino labio
 Ósculo eterno.

EN UN ALBUM.

Quiero poner una flor
En la preciada guirnalda,
Que con vistosa esmeralda
Teje á tu sien el amor.

Traigan otros siemprevivas,
Rosas ó lindos claveles,
Nardos ó bellos laureles,
Ó místicas sensitivas.

Mas yó, que gozo en ver llena
De pureza celestial
Á una jóven virginal,
Entrelazo una azucena.

À SEVILLA EN 1869.

ODA.

Venid, dijeron.

Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente:
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.

Herrera.

Corro de nuevo á tus maternos brazos,
Deliciosa Sevilla, patria amada,
Donde por vez primera la alborada
Vieron mis ojos en la verde orilla,
Que riega el padre Bétis caudaloso:
Donde con dulce sin igual reposo,
La voz de la verdad noble y sencilla
Grabó en mi tierno pecho candoroso
La santa Fé del Redentor del mundo:
Donde bebí á raudales

El vivo amor profundo
 Á la Madre del Verbo Sacrosanto,
 Á la Virgen sin mancha concebida,
 Madre de los mortales,
 Que enjuga sin cesar acerbo llanto
 En el triste destierro de la vida.

Aquí grato consuelo
 Hallo, tras larga ausencia, y dulce calma,
 Que las auras purísimas del cielo
 Son las auras que en tí respira el alma.

Tu nombre venturoso,
 Cercado de los rayos celestiales,
 Del Gólgota divino,
 Brilló siempre glorioso,
 Cual brilla esplendoroso
 El faro, que en los rudos vendabales
 Muestra de salvacion puerto y camino.

Tú levantaste con piedad cristiana,
 Los altos muros de tus ricos templos,

Y en ellos á la Virgen soberana,
 Altares mil de tu piedad ejemplos:
 Así la fama aligera tu nombre
 Llevó de gente en gente,
 Desde el ocaso hasta el remoto oriente.

Mas ¡ah! mengua y oprobio á quien humilla
 Tu nombre excelso ante la faz del mundo,
 Arrojando en tu historia sin mancilla,
 Con loco frenesí borron inmundo.

¡Cuánta rüina en mi Sevilla amada,
 Cuánto extrago doquiera!
 Contra la Fé de Cristo venerada,
 Desplega la impiedad torpe bandera,
 Corre, clama, triunfa
 De viles corazones,
 Domeñados de pérfidas pasiones;
 Y al grito infiel de libertad mentida,
 Que atruena el aire en eco furibundo,
 La santa Cruz que redimiera al mundo
 Su libertad augusta ve oprimida,

Sus ministros en duro cautiverio,
 Sus vírgenes sagradas,
 Con bárbaros ultrajes van atadas
 Á la triunfal carroza de su imperio.

El genio del error tiende las alas,
 Que la necia impiedad labró en su seno,
 Y de injusticia y de barbarie lleno,
 Las garras destructoras
 Clava en la cumbre de los templos santos,
 Y los trueca, del pueblo con asombro,
 En vil monton de lamentable escombros.

Cesad, cesad, impíos,
 ¿A dó el delirio del triunfo os lleva?
 Si el santo amor que al Hacedor se debe,
 Vuestros pechos de bronce no conmueve,
 Que el amor á las artes los conmueva!

Los genios venerados
 De Herrera, Montañés y el gran Murillo,
 Tienden la vista airados,

Y ante cien monumentos destrozados,
 Glorias del orbe y de su patria brillo,
 Cubierta de rubor la frente inclinan,
 Y severos al vándalo conminan.

Y en coro funeral las bellas artes,
 Del triste manto del dolor veladas,
 Y las augustas sienes
 Del ciprés de las tumbas circundadas,
 Tienden al aire negros estandartes,
 Y al contemplar sus glorias peregrinas,
 Trocadas en escombros y en ruínas
 Por ignorantes pechos é inclementes,
 Claman con voz de trueno:

«Maldicion, maldicion sobre sus frentes.»

Alza la vista al cielo estremecida
 Hispalis la cristiana:
 Velando su mirada soberana
 Lágrimas de dolor gimiendo vierte,
 Y á tanto oprobio y afliccion rendida,
 Los ayes lanza de cercana muerte.

Mas seca, Patria mia, el triste llanto,
 Con que tu pecho tu baldon deplora:
 Esos que esgrimen con mortal quebranto
 La centellante espada destructora,
 Que del nombre blasfeman sacrosanto
 Del Sér inmenso que en los cielos mora,
 Que profanan con alma envilecida
 La imágen venerada
 De la Virgen sin mancha concebida....
 ¡Ah! tus hijos no son, Sevilla amada:
 No la triste alborada
 Vieron en tí de su primero día,
 Ni á tus pechos de amor se amamantaron,
 Ni en tí á la excelsa celestial María,
 Por su Madre Santísima aclamaron.

¡Ah! seca, Patria mia, el triste lloro,
 Y alégrate con gloria:
 Esa página infame de ignominia,
 Que legan con desdoro
 Á siglos mil en tu radiante historia,

Ostentará por siglos esculpido
Su baldon, á despecho del olvido:
Ante ella siempre pensarán los hombres,
Y execrarán sus malhadados nombres.

Sevilla: Julio de 1869.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

EL ILUSTRE POETA

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA,

por haber obtenido el primer premio en el certámen poético de la
Academia Bibliográfico-Mariana, en 1864.

SONETO.

Doquiera el genio elevará la frente
De lauro merecido circundada,
Y, del voraz olvido libertada,
Su fama volará de gente en gente:

Que do el poder de la razon se siente,
La voz de la justicia es acatada,
Y el alma, en su entusiasmo arrebatada,
Tributa al genio su ovacion ferviente.

Sonó, Lamarque, tu vibrante lira,
Intérprete feliz del sentimiento
Que la alma Virgen en tu pecho inspira:

Y entusiasta la Iberia, en su ardimiento,
Tu genio ¡oh Vate! alborozada admira,
Y el lauro rinde á tu inspirado acento.

À LA INSIGNE POÉTISA

DOÑA ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE,

EN SU ALBUM.

SONETO.

Y ¿por qué, bella Antonia, no engrandece
 Con sus frutos tu genio soberano
 Las joyas del Parnaso sevillano,
 Que con tus nobles versos se enriquece?

Canta la oliva, que fecunda crece,
 Y rendirá sus ramas en tu mano,
 Ó el Bétis, que en su curso al Oceano,
 Ricas alfombras á tu planta ofrece.

Y si más digno premio tu alma ansía,
 De la Madre del Verbo los loores
 Tu labio entone, cual feliz solía;
 Y pospuestos del mundo los honores,
 Tus sienes ceñirá la Virgen pía
 De eterno mirto y celestiales flores.

EN LA BENDICION
DE LA CAPILLA DE SAN FELIPE,

ERIGIDA EN EL CASERÍO DE LAS LOMAS

(TÉRMINO DE CABRA)

POR LA SEÑORA DOÑA DOLORES VALERA,
PARA TRASLADAR Á ELLA LOS RESTOS DE SU DIFUNTO
ESPOSO EL SR. D. FELIPE ULLOA
(Q. E. P. D.)

Cuando ví por vez primera
Estas campiñas frondosas,
Do al cielo mandar pluguiera
Bendiciones abundosas,

Alzando la vista al cielo
De noble entusiasmo henchido,
Clamó con ferviente anhelo
Mi corazon encendido:

«¿Y cómo al Dios bondadoso
Que dá á estos campos la vida,
No se alza un himno glorioso,
Voz de un alma agradecida?

»Yo escucho el trinar süave,
Que, al rayar la blanca aurora,
Eleva hasta el cielo el ave,
Que en estos árboles mora:

»Y de las brisas calladas
El murmullo cuando mecen
Las mil olivas preciadas,
Que en estas llanuras crecen:

»Mas es el tributo solo,
Que en el monte y la llanura
Ofrece de polo á polo
Al Hacedor la natura.

»¿Y por qué de Dios el nombre
 No entrega fêrvido al viento
 Humilde el lábio del hombre,
 En armonioso conciento...?»

Mas ¡ah! que yá aquí se eleva
 Del hombre plegaria pura,
 Plegaria que el ángel lleva
 Hasta la celeste altura:

El ángel que en raudó giro,
 Bajando del alto cielo,
 Recoge el triste suspiro,
 Que eleva el mísero suelo:

Y ante el trono refulgente
 Do se asienta el Sér Inmenso
 Ofrece el suspiro ardiente,
 Cual puro aromoso incienso:

Y cual matinal rocío,
Que esmalta las bellas flores,
Del Dios poderoso y pío
Descienden altos favores.

¡Oh! sí: que yá aquí el viajero
Ve una cruz, ve un templo santo,
Donde del quebranto fiero
Calma Dios el triste llanto:

Y suspende su camino,
Y, descubierta la frente,
Un himno eleva divino
Al Dios que adora presente.

¡Un templo....! y ¿quién lo levanta?
¿Quién en siglo tan aciago,
En que sacrilega planta
Los huella en mísero extrago?

Amor de cristiana Esposa,
Que en tributo generoso,
Arranca á la muerte odiosa
La memoria de su Esposo.

Y en sagrado monumento
Lega su nombre querido
Á cien edades y ciento,
Á despecho del olvido.

Y ofrece amante y piadosa,
Por su espíritu cristiano,
La Sangre y Vida preciosa,
Que salva al linaje humano.

¡Oh... feliz! que esa oracion,
En alas de los querubes,
Sube á la eterna Sion,
Al Dios que reina en las nubes.

Y esa Sangre, amante Esposa,
Que se ofrece en ara santa,
De su alma generosa
Hoy las prisiones quebranta.

Y libre por tus piedades
Parte triunfante á la gloria....
¡Oh! que el cielo en sus bondades
Te conceda igual victorial

Á UNAS LÁGRIMAS.

MADRIGAL.

Corred, perlas preciosas,
 Y esmaltad las megillas virginales,
 De cándidos jazmines y de rosas,
 Si sois de puros goces celestiales
 Mensajeras dichosas;
 Mas si acaso de acerbos desventuras
 Sois nuncios desdichados,
 ¡Ah! dejad de correr, lágrimas puras:
 Y que los altos cielos apiadados
 Á la plegaria mía,
 Extingan vuestra fuente,
 Y muéstrese con plácida alegría
 Bañada en viva luz su faz riente.

EN LA MUERTE DE UNA AMIGA.

ELEGIA.

¡Todo acabó! la huesa destructora
Guarda el cadáver de mi triste amiga:
Yo le entregué sus funerales restos,
Con mano propia el ataúd cerrando,
Y así llené su voluntad postrera,
Con sus últimas lágrimas sellada.
¡Fatal recuerdo! aún suena en mis oídos,
De su extinguida voz el triste acento,
Su postrimer consejo misterioso,
Y aquel último «adios» que tiernamente,
Bañado el rostro en abundoso llanto,
Murmuraron sus labios moribundos.

¡Noche terrible, pavorosa noche!
Su densa oscuridad iluminaba
Con indecisa luz lámpara humilde:
Su profundo silencio, semejante
Al silencio espantoso de las tumbas,
Era turbado por algún sollozo,
Que el oprimido corazón lanzaba:
Y entonces ¡oh dolor! yo ví á sus hijos
Llegar al lecho de su tierna madre,
Imprimir en su rostro cariñosos
Del filial amor el dulce beso,
Y despedirse hasta la nueva aurora.
Prendas queridas de su amor ardiente,
Dormid, dormid en paz; yo por vosotros
Al lado velaré de vuestra Madre.
Mas ¡ah! no lucirá sus resplandores
La suspirada aurora sonriendo,
Nuncio de dicha, vuestras puras frentes,
Que os marcó la desgracia con su sello,
Y á la primera luz de la alborada,
La fatídica voz del hueco bronce
Anunciará, con lúgubre sonido,

De la implacable muerte la victoria,
Y vuestro luto y orfandad eterna.

«Señor Dios de bondad, tiende piadoso
De padre compasivo tu mirada,
Y si los ruegos de amistad sincera
Y el triste llanto de inocentes hijos
Cambiar no pueden tu inmutable fallo,
Salva su alma, que por tí suspira,
Sálvala ¡oh Dios! que de temores llena,
En tu sangre divina derramada
En sacrificio de valor inmenso,
Lavar ansía sus pasadas culpas,
Y tu eternal misericordia implora.»

Todo silencio: la mortal congoja
Clava en mi pecho penetrante dardo:
Doquier que vuelvo mis nublados ojos
Sólo las huellas del dolor contemplo:
Miro su rostro lívido: grabado
El sello, muestra de cercana muerte,

Agita el pecho el estertor profundo,
Gime sin tregua, y en la dulce imagen
Del Redentor bendito de los hombres,
Fija anhelante su eclipsada vista,
Arranca hondo suspiro postrimero,
Y el alma entrega á su Hacedor Divino.

Vuela, espíritu noble, al trono vuela
Del Juez inexorable de los siglos:
Sentencia salvadora en fallo eterno
Feliz ahuyente tu temor profundo,
Y de esperanza celestial te inunde.
Sí, que no miente de la Fé sagrada
La voz augusta que mi mal consuela,
Y ví yo resbalar por tus megillas
Lágrimas de dolor, llanto fénice
De un noble corazón arrepenido.

Escuche el cielo mis fervientes votos,
Ábrase en breve la tremenda cárcel,
Donde tus culpas con dolor expías,

Y el coro de los ángeles glorioso,
Entre torrentes de inefables goces,
Te dé en los cielos perenal descanso.

En tanto yo con mi destino lucho:
Lucho sin tregua en mi afliccion sumido,
Y ante tu cuerpo exánime contemplo,
Cuál de la tierra las delicias pasan,
Que es humo leve su soñada dicha,
Y el bien eterno, que jamás perece,
Lo alcanza sólo la virtud del justo.
Adios: descansa en paz, y déme el cielo,
Verte gloriosa en sempiterno dia:
Que en mi esperanza sin cesar te miro:
Desde este valle de tiniebla y luto,
Y al par que elevo mi plegaria humilde
Al trono excelso de eternal clemencia,
Sobre tu yerta solitaria tumba,
En fiel tributo de amistad te ofrezco
Una lágrima ardiente á tu memoria.

LA VIDA DE UNA FLOR.

Abre la flor su cáliz

Lleno de esencia,

Exhalando el perfume

De la inocencia.

Niña querida,

Como la flor hermosa

Nació tu vida.

Esmáltala de perlas

La blanca aurora,

Y el cefirillo blando

Fiel la enamora:

Gratos favores:

Dichas que al alma ofrecen

Castos amores.

Lanza el sol ardoroso

Funesto rayo,

Y pierde su belleza

La flor de mayo.

Son las pasiones,

Rayos de un sol que abrasa

Los corazones.

Cuando lenta la tarde

Mustia declina,

La flor ¡ay! abrasada

Su frente inclina.

¡Funesta suerte!

Que en la pasión la hermosa

Halle su muerte.

Tiende su negro manto

La noche oscura,

Y sepulta en sus sombras

Á la flor pura.

Niña querida,

Que cual la flor no acabe

Tu dulce vida.

EN UN DESENGAÑO.

SONETO.

Llegó por fin el desgraciado día,
Funesto padre de terribles daños,
Rompiendo de negrísimos engaños,
Cándido velo, que su horror cubría:

Bobóme de mi pecho la alegría,
Mas me enseña con tales desengaños,
Que busque el bien en mis futuros años,
Que en tiempo más feliz buscar solía:

¡Cuánto se engaña quien hallar espera
Amor sincero en corazón humano,
Do la inconstante veleidad impera:

Pasó yá mi ilusión cual sueño vano;
En tí pongo, Señor, mi vida entera:
Sane esta herida tu piadosa mano.

LA HIPOCRESIA.

LETRILLA.

Quiero, Fábío, hacerte ver
 Que en este siglo ilustrado,
 En que la España ha importado
 Tanto extranjero saber,
 Sobre el prurito de ser,
 De escribir y de intrigar,
 Y torpemente ultrajar
 La Religion á porfía....
 Domina la *hipocresía*.

Mira á aquel soberbio andante,
Que metido á periodista,
Lauros de necios conquista
Con su estilo altisonante;
Mas como escribe el pedante,
Frasas de moda sin tino,
Es un puro desatino
Su indigesta algarabía,
Y es en ciencia *hipocresía*.

Escucha á aquel orador
Que el vulgo ignorante alaba
De la humanidad esclava
Como un nuevo Redentor,
Y el necio declamador,
Que á Dios y á su Cristo invoca,
No arroja por esa boca
Palabra que no sea impía:
Herética *hipocresía*.

Otro necio perdulario,
En la gloriosa tribuna,
Declara guerra importuna
Á las glorias del Calvario,
Y en estilo tabernario
Combate lo que no entiende;
¿Y así la plaza pretende
De sabio por su osadía?
¡Oh malvada *hipocresía*...!

Un nuevo sabio, entre tantos,
Por norma de su creencia
Dá de Pablo la alta ciencia
Y los Evangelios santos;
Y al par maquina quebrantos
Contra el César desleal,
Minando su pedestal
Con infame alevosía...
¿Y no es esto *hipocresía*...?

El Pontífice Romano,
 La ciencia moderna quiere,
 Que «sólo en el alma impere,
 Que el poder del mundo es vano.»
 Y si el Padre Soberano
 Ley á la conciencia impone,
 ¡Cuánta negativa opone
 La nueva filosofía
 Con su torpe *hipocresía!*

Aquel coche, por desgracia,
 Que arrastran fuertes bridones,
 Conduce tres señorones,
 Que adora la democracia:
 Mira, Pueblo, con qué gracia
 Van predicando igualdad,
 Los que en hambrienta ansiedad
 Pretenden tragarte un día...
 Otra linda *hipocresía.*

Sin justicia un ambicioso,
 Y en fuerza bruta gigante,
 De un reino extraño triunfante
 Se alza señor poderoso:
 Pero ese robo espantoso
 No es robo en un señorón...
 ¿Y á mí me dirán ladron
 Si robo un anillo un día?
 Me gusta la *hipocresía*.

«Libertad,» suena doquier,
 «Que libre el hombre ha nacido.»
 ¿Y la mujer no ha sentido
 Su dulce influjo al nacer?
 Pues si libre debe ser,
 ¿Á qué perseguirla impío,
 Si usando de su albedrío
 Á un claustro su fé confía?
 ¿No es bárbara *hipocresía*?

«Libertad, noble Nacion.»

¡Libertad! Bendita sea:

Mientras cien y cien clubs crea

Esa libre ilustracion,

Libre con igual razon.

Voy á erigir un convento:

Tú darás voces sin cuento,

Yo rezaré noche y dia....

¿Soy libre? ¡Qué *hipocresía!*

«Libertad, pueblos valientes.»

Lánzase el pueblo á ese grito,

Que vió su destino escrito

Con letras de oro esplendentes:

Corre la sangre á torrentes,

Se alza un trono el egoismo;

¿Y el pueblo? el pueblo... lo mismo:

¡Si lleva esa raza impia

El sello de *hipocresía!*

«Libre es la humana conciencia,
 »Y como al culto cristiano,
 »Dá á todos el pueblo hispano
 »Libertad é independencia.»
 Así dice, y su insolencia
 Demuele con vil cinismo
 Los templos del Cristianismo,
 Ostentando en su falsía
 Su bárbara *hipocresía*.

¡Ay, Fábio, cuánto farsante
 Sin ley, sin Dios, sin conciencia,
 Con esa mentida ciencia
 Engaña al pueblo ignorante!
 «Que ha de ser pueblo reinante
 »El más feliz de la tierra.»
 Vale más irse á Inglaterra,
 Ó á la asiática Turquía,
 Que allí no habrá *hipocresía*.

EN EL SEPULCRO**DEL LICENCIADO D. JUAN VALDELVIRA,**

Catedrático que fué del Instituto de Cabra.

EPITAFIO.

Llora perdido en tí rico tesoro
De profundo saber la noble ciencia,
Derrama la amistad amargo lloro
En tu terrible dolorosa ausencia,
Deudos y esposa, en funerario coro,
De Dios imploran la eternal clemencia,
Pidiendo á su afliccion santo consuelo,
Y á tu virtud el galardón del cielo.

Á AMPARO: EN SUS DÍAS.

ODA (1)

Feliz mil veces la bendita aurora,

Que iluminó tu oriente:

De dichas inefables precursora

Mostró su faz riente.

La inocencia bajó del alto cielo,

Y te dió en tus albores,

Para tu esbelta forma blanco velo,

Y ornó tu sien con flores.

(1) Escribí esta ODA á ruegos y á nombre de mi querido amigo el malogrado jóven D. Humilde Luna, quien la dedicaba á la Señorita, que destinaba para esposa suya.

Las rosas y azucenas que galanas

Tu niñez coronaron,

En bella juventud, siempre lozanas

Y fragantes brillaron.

Envidia sus aromas y colores

La rica primavera:

Y el acento los dulces ruisseñores

De tu voz hechicera.

Imágen de los rayos que el sol vierte

Son tus rubios cabellos:

Dichosa el alma que con lazo fuerte

Aprisionaste en ellos.

De tus modestos ojos la luz pura

Afrenta á los luceros,

Que ostentan, reyes de la noche oscura,

Su lumbre placenteros.

Y de tanta beldad, Amparo mia,
 Tu virtud es el alma,
Que en mérito la vence y gallardía,
 Como al mirto la palma:

Así en tu faz, purísima hermosura
 Doquier encantadora,
Mi alma contemplá con sin par ternura,
 Mi corazon la adora.

¡Ay! ¡cuándo lucirá dichoso el día,
 Oh mi querida Amparo,
En que formes mi sólida alegría,
 Cual hoy mi norte y faro!

Propicio escuche el bondadoso cielo
 Mis férvidos clamores,
Y en lazos una de eternal consuelo
 Nuestros castos amores.

Y nos admiren en union constante,

Colmados de fortuna,

El vivo sol en su zenit radiante,

Y la apacible luna.

Á UNA NIÑA EN SU CUMPLEAÑOS.

SONETO.

El ángel celestial de la inocencia,
 En tus primeros mágicos albores,
 Batió sus alas de fragantes flores,
 Perfumando tu cándida existencia.

Pasa la edad, y pasa sin clemencia,
 Pretendiendo robar, en sus rigores,
 Á tu sér sus encantos seductores,
 Y á la virtud su celestial esencia.

¡Oh! quiera el cielo que el perfume honroso
 De tu inocente corazón perciba
 El que por dicha tus acciones vea:

Y el ángel de tu vida venturoso
 En páginas de gloria las escriba,
 Y tu infantil candor eterno sea.

Á BLANCA DE LOS RÍOS,
EN EL DÍA DE SU PRIMERA COMUNIÓN.

(EN SU ALBUM.)

Llega fervorosa ¡oh Blanca!

Al ara del Dios inmenso,

Y suba, cual puro incienso,

Hasta el cielo tu oración:

Y digno albergue prepara

Al Dios de eterna clemencia,

Que busca su Omnipotencia

Morada en tu corazón.

¡Oh! feliz, feliz mil veces

El alma pura en que mora

Aquel, que el ángel adora

Bañado en divina luz:

Que sus gracias generosas

La inundarán á raudales,

Y los goces celestiales

De su muerte y de su cruz.

Llega, si: Yá en el Empíreo

Suena el himno de victoria,

Himno de paz y de gloria,

El himno de redencion:

Rinde el ángel su corona,

La virgen tiende su palma,

Y parte Dios á tu alma,

Desde la eterna Sion.

¡Oh! que el fuego sacrosanto
Halle de su amor divino,
Cual halla en mortal camino
Tu pureza celestial:

Que hoy al partir de los cielos
Busca un alma sin pecado,
Busca amor enamorado
En tu pecho virginal.

Estréchale, Blanca pura,
Y, en coloquios celestiales,
Por los míseros mortales
Ora con santo fervor:

¿Do quier la impiedad triunfante
No ves con dolor profundo?
Pide para el triste mundo
Su gracia y su santo amor.

LA INGRATITUD.

(PARA MÚSICA.)

Ardiente flecha
Lanzó el amor,
Hiriendo impío
Todo mi ser:

Y ciega el alma,
Con dulce error,
Ansiaba sólo,
Sólo querer.

Volé agitado

Con vivo afán,

Y el alma entera,

Filis, te dí;

Mas ¡ah! que en llanto

Se trocarán

Tantas delicias,

Sólo por ti.

Por tí que viendo

Mi corazón,

Sensible y puro

De amor latir,

Fiel me juraste

Tierna pasión

Para lanzarme

Luego á sufrir.

Y yo embriagado
Con tanto amar,
Eternas dichas
Imaginé:

Y entre delirios,
En mi anhelar,
Así á la selva
Mi amor canté:

«Pintadas flores
De suave olor,
Gloria del prado,
Gloria de Abril;

Dulces acentos
Del ruseñor,
Sonoro río,
Aura sutil:

»Perfume y cantos
Al cielo alzád,
Venid alegres
En coros cien:

Tejed guirnaldas,
Himnos cantad,
Que yá es mi Filis
Todo mi bien.»

Mas hora yace,
Cual mustia flor,
De mi existencia
Triste el placer,

Y su recuerdo
Dej inmenso horror,
Crüel aumenta
Mi padecer.

Que cuando en dulce

Grato solaz,

Gozaba alegre

Mi juventud,

Mató mi dicha;

Mató mi paz,

Mató mi alma

Tu ingratitud.

«Palmera erguida,

Y alto cipres,

Flores lozanas

De su pensil,

Morid al punto,

Si alguna vez

La ingrata os busca

De faz gentil:

Que ántes la ingrata

Mató crüel

Los dulces goces

De mi pasión,

Rompiendo impía,

Con alma infiel,

Santas promesas

Del corazón.

EN LA TRADUCCIÓN
LA GLORIOSA.

DE LA ACADEMIA DE LAS LENGUAS
 DE LA CIUDAD DE AMÉRICA EN 1868. SONETO.

Sin fé, sin corazon y sin conciencia,
 Á impulsos de ambicion desoladora,
 El trono do juró á su Bienhechora
 Destroza desleal en su demencia:

Blasfema de la augusta Omnipotencia,
 Y al hombre fiel, que á su Hacedor adora,
 Con fieras garras sin piedad devora,
 Gritando «Libertad é independencia.»

Hunde los templos de la Fé cristiana,
 Niega ignorante su verdad preciosa,
 Y erigese por diosa soberana.

¿Quién es el sér malvado que vil osa
 Cubrir de oprobio á la nacion Hispana?
 Ese mónstruo infernal es *La Gloriosa*.

EN LA INAUGURACION
DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE LA
CIUDAD DE ANTEQUERA EN 1865.

HIMNO.

CORO.

Llegad, hijos dichosos
De genios inmortales,
Que ilustran los anales
De cien pueblos y cien:
Llegad, llegad al templo
De Fidias y de Apeles,
Que aquí brotan laureles,
Que ciñan vuestra sien.

Hoy la ilustre y la invicta Antequera
 Se presenta cual regia matrona,
 Enlazando á su antigua corona
 Otro nuevo y luciente floron;

Y á sus hijos ofrece en su seno
 De riquezas y honores la fuente,
 Donde al par en sus almas se aliene
 De la gloria la noble ambicion.

Llegad, hijos dichosos, etc.

Entre palmas y olivas frondosas
 Ved al genio del arte elevarse,
 Y á sus plantas mirad humillarse
 La fortuna del mundo y poder;

Que el espacio los ecos repite
 De los nombres que aclama la historia,
 Circundados del lauro de gloria,
 Que á su frente ciñera el saber.

Llegad, hijos dichosos, etc.

¡Oh cuán bella! de nácar y rosa
 Sobre nube flotante aparece,
 Recibiendo á la grey que hoy florece,
 De Minerva la cándida faz:
 Si por ella en pacíficas lides
 Lauros ciñen el griego y romano,
 Ella os tiende benéfica mano,
 Ella os brinda coronas de paz.

Llegad, hijos dichosos, etc.

Renovad las edades dichosas,
 Que á la España feliz prestan brillo,
 Emulando á Velazquez, Murillo,
 Y la fama del gran Montañés.

Cuya gloria, en los lienzos preciados
 Que animaron fecundos pinceles,
 Y en las obras de osados cincelos,
 De los siglos fulgura al traves.

Llegad, hijos dichosos, etc.

A MI LIRA.

Salve, dulce compañera,
 En mis penas y alegrías,
 Talisman de mis amores,
 Mi siempre adorada lira.

Con cuánto gozó mi pecho
 Este saludo te envía,
 Saludo que parte al labio
 Desde el alma agradecida.

Tú de mi infancia arrullaste
Las breves horas tranquilas,
Cuando límpido brotaba
El manantial de mi vida.

Tú, al deslizarse serena,
Entre flores purpurinas,
Mi juventud deliciosa,
Con tus ecos la adormías.

Tú acompañabas su curso,
Con melodiosa armonía,
Cuando alzábase potente,
Con sus raudales altiva.

Y si el huracán turbaba
Su corriente cristalina,
Tú suspirabas con ella
Los suspiros de la brisa.

Salve, lira bienhechora,
Salve, encanto de mi vida,
Consuelo en mis horas tristes,
Amparo en mis tristes días.

Yo pulsé tus cuerdas de oro
En las márgenes floridas,
Que riega abundoso el Bétis
En mi encantada Sevilla.

Y dulcemente vibraron,
Cien y cien veces heridas,
Bajo el manto de la noche,
Y al claro esplendor del día.

Y á su mágico sonido
Mis entrañas conmovidas,
Del Dios potente y piadoso
Canté la gloria infinita.

Del Dios que su trono asienta
Sobre la cumbre zafirea,
Que el sol refulgente y puro
Bajo sus plantas humilla.

Del Dios que en la Cruz alzado,
Dió su sangre bendecida,
Para romper las cadenas
De la humanidad cautiva.

Canté la grandeza augusta
De la Virgen sin mancilla,
De la Estrella, que en los mares
Su luz al náufrago envía,

Del Astro de bienandanza
Que al sol con su lumbre eclipsa,
Y en amor de sus amores
Enciende á las almas tibias.

Canté la luz esplendente
Que en torno del genio brilla,
Y los místicos encantos
De la alma virtud divina.

Y los cándidos amores
Que casta beldad inspira,
Y los timbres de alta gloria
De mi Patria esclarecida.

Y oyó mis humildes cantos
Amante la Patria mia,
Los cantos que me inspiraban
Tus dulces cuerdas heridas,

Y si algun modesto lauro
Rindió á mi acento benigna,
Hoy ese lauro á tus cuerdas
Ciñe el alma agradecida.

Salve, lira bienhechora,
Salve, venturosa lira,
Fuente de dulces consuelos,
Rico raudal de armonías.

Salve mil veces, y escucha
Mi último ruego propicia;
Ruego que el alma te eleva,
De noble entusiasmo henchida:

Sigue siempre bondadosa,
Sigue tu misión bendita,
Hasta el postrero suspiro
Que acabe mi débil vida.

Poesías latinas.

AL QUE LEYERE.

Dedicado por especial afición al estudio de las lenguas y Literatura griega y latina, he hecho en uno y otro idioma diversos trabajos, que yá tenía entregados al olvido; pero siguiendo el parecer de personas de innegable competencia, he entresacado, como muestra, las composiciones latinas que forman parte de este volúmen.

No abrigo la presunción de creer que sean notables en su género; pero la circunstancia de haber obtenido por oposicion, y desempeñado algun tiempo, la cátedra de PERFECCION DEL LATIN Y PRINCIPIOS GENERALES DE LITERATURA, parece como que me crea cierta obligacion de entregar al dominio del público estos modestísimos trabajos, frutos de mi asiduo estudio en esa asignatura.

Bien conozco que serán muchos los lectores que, no versados en el idioma del Lacio, no podrán entender estas poesías; por lo cual inserto á continuacion de cada una su traduccion en verso castellano.

THE LITTLE

The first part of the book is devoted to a description of the life of the little people in the various parts of the world. The author has gathered a wealth of material from all over the world, and has arranged it in a very interesting and readable form. The book is a valuable addition to the literature on the little people, and is well worth a read.

The second part of the book is devoted to a description of the life of the little people in the various parts of the world. The author has gathered a wealth of material from all over the world, and has arranged it in a very interesting and readable form. The book is a valuable addition to the literature on the little people, and is well worth a read.

The third part of the book is devoted to a description of the life of the little people in the various parts of the world. The author has gathered a wealth of material from all over the world, and has arranged it in a very interesting and readable form. The book is a valuable addition to the literature on the little people, and is well worth a read.

PRIMÆ PUERI JESU LACRYMÆ.

ODE.

Marcidos luget misere puella
 Qui citæ ætatis micuere flores,
 Ver quasi æterna redimita fronde

Tempora ferret:

Luget incautus juvenis dolosi
 Vulnus infixum calamis amoris
 Pectore, et fluxas species, juventæ

Dulce levamen:

Vir quoque effundit lacrymas acerbas,
Quod sibi forsán decus expetitum
Deneget vulgus, dolet imminenti

Morte senectus:

Labiles anni, rapidoque tela
Impetu infensæ repetita sortis,
Vulnera immanis miseranda lethi

Pectora vexant:

Singuli frustra lacrymas profundunt,
Irritos cernens gemitusque amarus
Jesus enascens, lacrymatus ipse

Lumina spargit.

LAS PRIMERAS LÁGRIMAS DEL NIÑO JESUS.

ODA.

(Traducción de la anterior. (1))

Llora marchitas con dolor la jóven
Las bellas flores de su edad temprana,
Cual si á sus sienes primavera eterna
Diera sus hojas:

Llora el incauto jóven en su pecho
Honda la herida del amor doloso,
Y los pasados goces, juveniles
Dulces encantos:

(1) Esta traducción, hecha con notable acierto, es debida á la pluma de mi querido amigo el estimable poeta D. José María Leon y Domínguez, Presbítero.

Lágrimas tristes el varón derrama,
Porque la gloria, que afanoso ansía,
Niégale el vulgo: y al sentir la muerte
Llora el anciano:

Años fugaces, mil y mil saetas,
Raudas girando, de la suerte impía,
Rudos los golpes de la dura muerte
Hieren los pechos:

Todos en balde lágrimas derraman,
Y los gemidos vanos y terribles
Jesus naciendo escucha, y los sus ojos
Abre llorando.

SACROSANCTUM JESU NOMEN.

ODE.

Tartarus sævit fremitu minaci,
Tristis ut culpa misere alligatus
Erigit palmas, iteratque JESUM
Voce precanti.

Non tamen pectus trepidat; sed alte
Spes subit constans animum salutis
Ante desperatæ, in amore fixa
Omnipotentis.

Cruce sublatus misera, cruore
JESUS humani scelera expiavit,
Morte qui servis reseravit atra
Cœlica templa.

Laus sit in regnis superis JESU,
Laus et in terris resonet perennis,
Pectoris grates referentis usque
Pignora justa.

Protinusque horrens Erebi potestas,
Non libens quamvis, genibus procumbat,
Ore prolato semel obsecrantis
Nomine JESU.

EL SANTO NOMBRE DE JESUS.

ODA.

(Traducción de la anterior.)

Ruge el averno con furor y encono,
Cuando el humano, que en sus garras gime,
Alza su frente, y de JESUS el Nombre
Férvido invoca.

Mas nó sus furias al mortal aterran;
Santo consuelo celestial le inunda,
Que el Dios potente de salud le infunde
Firme esperanza.

El Dios piadoso, que en la cruz alzado,
Sangre divina por salvarlo ofrece,
Y de los cielos las cerradas puertas
Abre espirando.

Himnos de gloria la Sion entone;
Himnos de gloria sin cesar repita,
De gratitud al soberano influjo,
Dócil la tierra.

Llore el averno su fatal derrota:
Doble humillado su cerviz altiva,
Cuando el humano de JESUS pronuncie
Plácido el Nombre.

AD MILITES HISPANOS

IN AFRICA VICTORES.

ODE.

Vos laude semper, bellica fulmina,
 Colam: viri, qui pectora fortia,
 Virtute præstantes, cruentis
 Pro Patria opposuistis armis.

Vos sacra vestris viribus acriter
 Vos vindicastis auxilio Patris,
 Frontemque trivistis superbam.
 Carmina læta referte ad Illum,

Qui roboravit corda valentium,
 Deditque nervis robur, et inclyti
 Horrenda maurorum domare
 Præsidia et gladios feroces.

«Cras æstuabit sanguine bætico
 (Dixit superbo pectore barbarus,
 Et immemor nostri vigoris)
 Africus ager, et optima nos

Præda fruemur.» Castraque figere
 Loco minaci perfidus imperat.
 Ast indoles quid tunc ibera,
 Mens animusque valeret acer,
 Sensere mauri, cum patrius vigor
 In barbarorum concidit agmina,
 Vitasque maurorum metendo,
 Duxit ovans sine strage laurum.

A LOS SOLDADOS ESPAÑOLES

VENCEDORES EN AFRICA.

ODA.

(Traducción de la anterior.)

Lor eterno entonará mi lira
Á los ínclitos rayos de la guerra,
Cuyo amor á la Patria el orbe admira,
Cuyo pecho de bronce al moro aterra.

Á vosotros, varones denodados,
Que, con auxilio del Señor potente,
Nuestro nombre y honor dejais vengados,
Y quebrantada la orgullosa frente.

El cántico elevad de la victoria
 Al que indomable esfuerzo os dió piadoso,
 Y os circundó del lauro de la gloria,
 Sobre el bárbaro ejército espantoso.

«Mañana, sí: del África la arena
 Hervirá convertida en rojo lago
 De sangre hispana, y en su amarga pena,
 Ricos despojos nos dará su extrago.»

Dijo el soberbio: y cubren sus legiones
 Monte y llanura con horrible espanto....
 Mas arde en los hispanos corazones
 La sangre de los héroes de Lepanto.

Y el español se lanza enardecido,
 Segando vidas con su espada ardiente,
 Y siempre vencedor, jamás vencido,
 Ciñe de eterno lauro su alta frente.

LEO ET RANA. 13

FABULA (1).

Cum nocte per tacitum nemus fulvus leo
 Lento gradu procederet, vox aspera
 Crebro sonuit ejus in acutis auribus.
 Nemorumque nesciens dominus illam feram,
 Quæ voce silvas horrido implebat metu,
 Et ne potenti de capite veritus suo
 Esset corona rapta regalis, stetit.
 At postubi sævam horridamque belluam
 Quæsivit oculis sedulus, caligine
 Noctis nihil reperire denique potuit.
 Phœbea tunc est præstolatus lumina,
 Ortaque luce vidit ¡o miranda res!
 Immane brutum, rana quod loquax erat.

Dum turba mirata inscia loquacem stupet,
 Irrita quidem verba nihili prudens facit.

(1) Esta FÁBULA es traducción de la XXI del libro cuarto, tomo 1.º, de Samaniego, que lleva por título EL LEON Y LA RANA, y que se inserta á continuación.

EL LEON Y LA RANA.

FÁBULA.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un leon horroroso,
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que, con tono molesto y continuado,
Llamaba la atencion y áun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldría
Aquella voz, que tanto resonaba,
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura:
Hasta que pudo ver ¡oh qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal bestia feroz, y era una rana.
Llamará la atencion de mucha gente
El charlatan con su manía loca;
Mas ¿qué logra, si al fin verá el prudente,
Que no es sino una rana, todo boca?

LA ELECCION DE ESTADO.

COMEDIA ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Á LOS LECTORES.

Léjos de mí el aspirar con la presente COMEDIA á ceñir en la escena el laurel del poeta dramático. Inspirado por el noble deseo de condenar ante la sociedad el imprudente empeño de algunos padres, que ponen en juego su influencia y autoridad en la elección de estado de sus hijos, contra la inclinacion y áun vocacion de éstos, he querido hacerlo, para enseñar y deleitar á la vez, por medio de la poesía.

Asunto de tamaño interes excedia los límites señalados por el arte á las composiciones líricas, y en este caso, concebí el argumento que he desarrollado en la forma dramática, bajo el título de LA ELECCION DE ESTADO, sin otra pretension, que la de proporcionar con su lectura, en el hogar doméstico, útil recreo y entretenida enseñanza.

PERSONAJES.

D. TOMÁS.

D.^a ROSA.

D. FERNANDO.

D.^a EUGENIA.

D. LEOPOLDO.

D. PEDRO.

D. AURELIO.

MARTINA.

VALENTIN.

UN PORTERO.

La acción es en Sevilla, en casa de D. Tomás.

ACTO PRIMERO.

Salon lujosamente amueblado: puerta en el foro, que comunica con la de la calle, y laterales de las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

VALENTIN aparece sacudiendo los muebles: se oyen dentro voces de D. TOMÁS y D.^a ROSA, y se pára al oírlas.

Pues es chica la cuestion,
 Que ventilan hoy mis amos:
 El bueno de don Tomás
 Se pone furioso, cuando
 Á solas con doña Rosa
 Trata de ver el estado,

Que en su posicion social
 Debe dar á don Fernando.
 Él, al fin como descende
 De purpúreos y mitrados,
 Quiere verlo con sotana
 Y corona como un plato.
 ¡Jesus, y qué dispárate!
 ¿Hacer cura á don Fernando?
 Será cura cuando yo
 Suba al trono del papado.
 Él es un hombre de bien:
 ¿Quién lo duda? mas muchacho,
 Que en viendo unos ojos negros,
 Y un talle con gracia y garbo,
 Echa por los suyos chispas,
 El fuego interno mostrando.
 ¿Y pretende don Tomás
 Perder á un jóven tan guapo?
 Yo, si á mí me consultáran,
 Dijera lo que hace al caso:
 Dijera que el señorito
 Me está siempre molestando
 (Si se puede molestar
 Al mejor de los criados)

Con la señorita Eugenia:
 «¿Dónde la viste? ¿qué traje
 El mozo de doña Eugenia?
 Lleva presto este recado,
 Y dile á la señorita....»
 Y qué sé yo cuánto encargo....
 Que segun yo me imagino,
 Hay aquí gato encerrado.
 Pero yá no se consulta
 Á los leales criados,
 Que en servir fieles consumen
 De su juventud los años,
 Y ven en tan noble empleo
 Volverse su pelo cano.
 Además, yo por razon
 De conveniencia declaro,
 Que don Fernando debiera
 Casarse, y así que el amo
 Yerto bajase á la tumba,
 Con la herencia tendria el mando
 De esta casa, y este pobre
 Descansaria en sus brazos,
 Y allí el premio lograria
 De tan penosos trabajos.

ESCENA II.

DICHO: D. TOMÁS, que entra por una de las puertas laterales.

- D. TOMÁS. Valentin.
- VALENTIN. Señor.
- D. TOMÁS. ¿Qué haces?
Creí que te habias marchado.
- VALENTIN. Nó señor: estaba ahora
Estos muebles arreglando.
- D. TOMÁS. Deja eso, y vé al correo
Á traerte el apartado.
Pero vén pronto: no tardes,
Que estoy con ánsia esperando.
- VALENTIN. Nó señor: vuelvo en seguida:
Descuide usted, que no tardo.

ESCENA III.

D. TOMÁS, paseándose.

Si Fulgencio favorece
Mis proyectos é intenciones,
No habrá en el mundo razones,
Que me saquen de mis trece....

Se trata de hacer dichosa
 La suerte de un hijo amado,
 Y que dé brillo su estado
 Á una familia gloriosa.
 Él es muchacho aplicado,
 De aventajado talento,
 De carrera, y es mi intento,
 Que esté de mi primo al lado.
 Y verle así cuanto ántes,
 Vestir el sayal honesto,
 Abrirse corona, y presto
 Ocupar puestos brillantes.
 Así será el eslabon,
 Que, con digna simetría,
 Una la ascendencia mía
 Con mis nietos. ¿No es razon...?

ESCENA IV.

DICHO: D.^a ROSA, que entra por una de las puertas laterales.

D.^a ROSA. ¿Tomás, no almuerzas?

D. TOMÁS. Sabes, Rosa, que he mandado
 Al correo á Valentín,

Porque hoy sin falta aguardo
 Contestacion de mi primo.

D.^a ROSA. ¿Con que al fin diste ese paso?

D. TOMÁS. ¿Pues hasta cuándo querias
 Que lo hubiese dilatado?
 ¿No va á cumplir muy en breve
 Los veintiuno Fernando?

Pues es la crítica edad
 De pensar sobre su estado,
 Y en aquel que conviniere,
 Tratar yá de colocarlo.

D.^a ROSA. Está muy bien; ¿pero somos
 Los padres los encargados
 En buscar para los hijos
 La carrera, ó el estado...
 Que nó por algunos meses...

Nó por dos, ni por tres años...
 Sino por toda la vida,
 Impone un yugo pesado,
 Al que de grado lo toma,
 Y que no podrá llevarlo,
 Sin desesperarse, el hombre
 Que lo tomare forzado?

D. TOMÁS. ¿Tú sabes que no querrá?

D.^a ROSA. No sé.

D. TOMÁS. Pues habla despacio!

Él siempre me ha dado gusto,

Y al verme en esto empeñado,

Accederá á mis deseos:

No lo dudes... Es el caso, (Con tono persuasivo.)

Que no debemos trincar

De nuestra ascendencia el árbol:

Abades, priores, canónigos,

Y cien ilustres prelados,

Honran mi claro linaje,

Y un varon, que Dios ha dado

Tan sólo á nuestros amores,

Es muy justo consagrárselo.

D.^a ROSA. Si Dios lo quiere, Tomás,

Él sabe cómo arreglarlo.

D. TOMÁS. Además ¿no consideras

Cuánto pesan nuestros años,

Que presto su grave carga

Nos irá al suelo inclinando?

Pues al casarse tu hijo...

Desde luego... separado

Nos perdería el cariño,

Y nosotros el amparo,

Que en nuestra triste vejez

En él con razón ciframos:

Y si nuestra suerte adversa

Señala un fin desgraciado

Al pleito, que cada día

El caudal vá aminorando.

¡Ay, qué aciaga la vejez (Con tristeza.)

Tenderá su yerta mano,

Sobre las blancas cabezas

De dos seres desdichados,

Sin tener quien compadezca

Nuestros suspiros amargos!!

Mas si se ordena por suerte,

¡Cuán felices nuestros años

Al término de la vida

Se irán gratos deslizandol

D.^a ROSA. Todo está bien; pero creo

inútil hasta el pensarlo.

D. TOMÁS. Pues mira: si no accediere

Á estos proyectos Fernando....

¡Vive Dios!!! te lo aseguro...! (Con energía.)

Que estoy resuelto á obligarlo.

D.^a ROSA. Siempre serás responsable

De un hecho tan arriesgado,

Que condenarán los hombres,
 Y Dios en su eterno fallo.
 D. TOMÁS. Déjame en paz, imprudente...
 ¡Qué mujer; ó qué diablo!
 ¡Pues no viene á predicarme!
 Todo está ya meditado;
 Y primero faltaría
 El sol á mandar sus rayos;
 Que yo á realizar el plan
 Que una vez he proyectado. (Váse gritando.)

ESCENA V.

D.^a ROSA: D. FERNANDO, que entra por una de las puertas laterales,
 á la vez que se retira D. TOMÁS por la opuesta.

D.^a ROSA. ¡En qué momento tan triste!
 Los buenos dias nos damos!
 D. FERN. He sentido que mi padre (Con extrañeza.)
 Se retiraba enfadado.
 D.^a ROSA. Pues yo te diré el motivo,
 Para prevenir tu ánimo.
 Él contigo tratará
 Del asunto; sin embargo;

Yó en mi cariño de madre
 La noticia te adelanto.
 Tu padre... como es tan bueno...
 Tiene sobre tí formado
 Un proyecto... inmejorable,
 Si tú quierés abrazarlo.
 Mas, si no te hallas con fuerzas,
 Es el proyecto más malo...

D. FERN. Y ¿cuál es él?

D.^a ROSA. Que te ordenes.

D. FERN. ¡¡Yó clérigo!! ¡¡cielo santo!!
 ¿Quién ha inspirado á mi padre
 Pensamiento tan extraño?

Nunca pensé que cupiera,
 En su juicio tan sano,
 Ocurrencia semejante.

Jamás me sentí con ánimo
 Para esa vida. Además,
 Yó legista... yó abogado
 Que seré dentro de poco,
 Tengo otros planes muy vastos,
 Y opuestos diametralmente
 Al deber del clericalato.
 Y ¿cómo jamás me habló

De su plan mi padre...? ¡Es raro!!

Y ¿cómo al ver mis desvelos

En proyectos diplomáticos...!

Ni tan sólo una palabra

Salió en contra de sus labios?

¡Esto es para mí un misterio

Con cien cortinas velado!!!

¡Cuando mi padre me diga...!

¡Cielos! ¡no quiero pensarlo!!!

Yó, que conozco su génio....

Yó, que no puedo... ¡Dios santo!

No puedo decir que sí...

Y que temo disgustarlo...!

¿Cómo romper fementido?

Los indestructibles lazos

De un amor, que hondas raíces

En mi corazón ha echado

De un amor que es hoy mi vida,

Y al pretender arrancarlo,

Al duro golpe rompiera

Mi corazón en pedazos...?

D.^a ROSA. ¿Conque hay amor?

D. FERN. Sí, señora:

El corazón me ha robado

La mujer más hechicera,
 Que vieron ojos humanos; y
 El amor más puro y fuerte
 Nos une en estrecho lazo:
 Yo le empecé mi palabra,
 Ella me ofreció su mano;
 Y hoy que pensaba decirlo
 Á mi padre... nos hallamos
 !Con esta nueva! (Con amargura.)

D.^a ROSA. Nó, hijo;
 No te apures; de hombres sabios
 Es vencer dificultades:
 Conque sosiégate... y ánimo.
 Y dime, ¿quién es la jóven,
 Que tu pecho ha cautivado?

D. FERN. La bella, la encantadora
 Hija de don Juan Pizarro.
 Amo á Eugenia. ¿Qué os parece?

D.^a ROSA. No me disgusta, Fernando;
 Pero tú sabes el genio
 De tu padre: es necesario
 Que al oponerte procures
 Obrar como buen cristiano:
 No olvides que eres su hijo,

... Y si es un deber sagrado
 Resistir, hazlo de modo
 ... Que no causes un escándalo
 D. FERN. ¿Y usted no podrá, señora?
 D.ª ROSA. Él está en ello empeñado.
 Piensa tú cómo decírselo,
 ... Y luego hablaremos largo. (Vase.)

ESCENA VI

D. FERNANDO.
 Si mi padre inflexible se mostrase,
 Y yó débil sucumbo á la injusticia,
 ¡Adios plan, qué feliz me hubierás hecho!
 ¡Adios, dichosa y encantada vida
 De goces celestiales! ¡Sólo queda,
 Sufrir el golpe de la suerte impía,
 Y desgraciado ser! ¡Adios, Eugenia...!!
 ¡Astro feliz que en lontananza brilla,
 Fuente de amor, donde bebí á raudales
 Las puras aguas de sin par delicia!
 ¡Yá ¡tristel á mi pesar, qué es lo que resta?
 Un yugo enorme... esclavitud continua
 En el borde tremendo del abismo,

Espuesto á arder sin fin en llamas vivas....
 ¿Qué dices, corazón...? y tú, conciencia...
 Con la voz del deber al alma grita.... (Meditando.)
 Preciso es resistir con pecho fuerte. (Decisión.)
 La razón, la conciencia así lo intiman...
 Y así las leyes que al cristiano rigen,
 Emanación de la Bondad Divina....

ESCENA VII.

DICHO: UN PORTERO, y luego D. LEOPOLDO, de militar, que entra por la puerta del foro.

PORTERO. Un militar quiere veros.

D. FERN. Pase adelante quien sea.

¡D. Leopoldo! (Al verte, con alegría.)

D. LEOP. ¡Adios, Fernando! (Abrazándose.)

Después de tan larga ausencia

¡Cuánto gozo con tu vista!

D. FERN. ¡Cuánto la tuya me alegra,

Célebre amigo Leopoldo!

Y ¿cómo por estas tierras? (Haciéndole sentar.)

D. LEOP. He venido á unos negocios. (Sentándose.)

Gratisimos

D. FERN. Hombre... cuenta.

¿Son negocios de familia?

D. LEOP. Sí... mas de familia nueva.

D. FERN. ¿Cómo es eso?

D. LEOP. Me he casado.

D. FERN. ¡Bravo! que sea enhorabuena.

Y ¿quién es la que ha podido...?

D. LEOP. Es una chica, que al verla

Una Vénus la llamarás,

Y tratándola de cerca,

Es un ángel, no exajero,

Un ángel puesto en la tierra.

Me llamo feliz...

D. FERN. ¡Qué dicha!

(No le ganará á mi Eugenia.)

Cuéntame esa historia, chico.

D. LEOP. Si no es historia... es novela....

Porque ha habido tanto obstáculo,

Tantos lances... que cualquiera,

Que estuviese en pormenores,

Habiendo visto de cerca

Su enredo y su desenlace,

Tál estimado lo hubiera.

Mi padre siempre fué opuesto

Al matrimonio; y si vieras

Cuánto me ha hecho padecer

Con su oposicion... ¡friolera!

Diez novias tuve en Sevilla...

Jóvenes, ricas y bellas....

Y en todas halló mi padre

Un defecto que ponerlas.

—Mira, niño... Fulanita...

Á tí no te tiene cuenta....

Sostiene su casa un pleito...

Y no sabemos cuál sea

El éxito...—Vamos á otra

—Mira que esa és muy coqueta....

Y la paga te se irá

En moños... Mira que Adela

Es muchacha desgraciada,

Y si te casas con ella...

En pasando la ilusion,

Te arrepientes, y no queda

Medio de enmendarlo luégo.—

Chico, perdía la paciencia.

D. FERN. Pero, Leopoldo, hasta ahí

Sólo hizo lo que ordena

El amor de un padre á un hijo.

D. LEOP. Si todo se redujera

Á aconsejarle, lo creo...
 Pero el padre que se empeña
 En que su hijo no se case,
 Tan sólo por un sistema...
 Que no me puedo explicar...
 Pues aunque sea cosa seria
 El casarse, así lo pide
 La misma naturaleza.

D. FERN. Esos padres son la causa
 De que sus hijos se pierdan.

D. LEOP. De ese modo los exponen,
 Á ser unos calaveras.
 ¿Querrás creer que alcanzó,
 Que de aquí fuese á Valencia,
 Por ver que andaba en amores
 Con una jóven, y que era
 Imposible de otro modo
 Que no me uniese con ella?
 Pues por lo mismo me tuvo
 Corriendo de Ceca en Meca...
 Hasta que llegué á Madrid,
 Donde se mostró halagüeña
 La fortuna.... pero nó
 Sin que obstáculos hubiera.

Como tenía relaciones,
 Asistía con frecuencia
 Á una tertulia, y allí...
 Vi la muchacha más bella
 Que ha nacido hija de Adán:
 El amor lanzó su flecha,
 Y vieras á un militar
 Herido y muerto por ella,
 Y esa mujer... que es un ángel...
 Es hoy yá mi compañera.

D. FERN. Y ¿tu padre no se opuso?

D. LEOP. Claro que sí; mas por fuerza,
 Atendiendo á una familia
 Tan ilustre y tan completa,
 Accedió; no sin decirme,
 Que el enlace no se hiciera
 Hasta ser yó coronel;
 Se lo digo á Filomena,
 Que es el nombre de mi esposa,
 Y á los diez meses me encuentras
 Coronel...

D. FERN. Chico, ¡qué suerte!

¿Y de qué familia es ella?

D. LEOP. Nada ménos que sobrina

- Del Ministro de la Guerra.]
- D. FERN. Albricias, amigo mío.
Mil veces enhorabuena.
Esa es fortuna, Leopoldo.
- D. LEOP. Ya ves el pié con que empieza
Mi casamiento... pues siempre
Mi dicha y gozo se aumentan.
Ahora he venido á tomar
El legado de una herencia,
Por cierto que es buen bocado,
De un tío de Filomena.
Esto respecto á intereses...
Y por lo que toca á esas
Desgracias, que otros maldicen
Como al matrimonio anejas...
No sé lo que es padecer...
Nunca un disgusto siquiera...
Pues desde el bendito día
En que me uní á Filomena,
Te lo digo... y te lo juro...
Yo soy feliz en la tierra.
- D. FERN. (Más feliz he de ser yo,
Siendo mi esposa mi Eugenia.)
- D. LEOP. Créeme, Fernando, á esos hombres

Los juzgo unos calaveras.
 Quisieran no sufrir nada,
 Que la mujer sea perfecta...
 ¿Qué habrá perfecto en el mundo?
 Si tuvieran más prudencia...!

Y á la mujer la tratarán
 Como á esposa, y nó cual sierva...

D. FERN. Siempre juzgué de ese modo.

D. LEOP. Es claro... El que así no piensa,
 Prueba no tener juicio.

D. FERN. Y tanto como lo prueba.

D. LEOP. Las doce... se me hace tarde, (Mirando el reloj.)
 Y tengo unas diligencias,
 Que es preciso despachar
 Hoy mismo. (Levantándose.)

D. FERN. ¿Con tanta urgencia? (Idem.)

D. LEOP. Sí, chico... Conque yá sabes
 Esta mi historia ó novela;
 No la olvides: y si tienes
 Una jóven rica... bella...
 Y virtuosa... no hay miedo...
 Pecho al agua, y no la pierdas.
 Adios, Fernando... (Dándose las manos.)

D. FERN. Leopoldo...

Adios: que sea enhorabuena.

D. LEOP.

¿Nos veremos?

D. FERN.

Iré á verte.

D. LEOP.

Bueno, chico, cuando quieras. (Váse.)

ESCENA VIII.

(Hay nuevas de don Fernando.)

D. FERNANDO. ¡Mala, mala, mala!

Me ha encontrado á don Fernando

¡Qué palabras!—Si tuvieses

Una jóven rica... bella...

Y virtuosa... no hay miedo...

Pecho al agua, y no la pierdas....—

Es verdad que es muy difícil,

Juntas hallar tales prendas

En una mujer.... mas yó....

Todas las tengo en mi Eugenia.

Hoy mismo.... por suerte espero,

Que en su casa se resuelva

Acerca de nuestro enlace... (Pausa.)

¿Y si por desgracia nuestra (Desconfianza.)

Se opone mi padre...? ¡entonces...!! (Medita.)

Quizás convencerle pueda. (Con resolucion.)

ESCENA IX.

DICHO: D. PEDRO, que entra por la puerta del foro.

D. PEDRO. Fernando: adios.... ¿se medita?

D. FERN. Meditando estaba, Pedro.

Y ¿cómo aquí tan temprano?

¿Hay nuevas de mal agüero? (Siéntanse.)

D. PEDRO. Malas, Fernando.... ahora mismo

Me he encontrado á don Demetrio

El procurador. Me ha dicho

Que yá está citado el pleito

Para la vista, y mañana

Espera yá casi cierto

El fallo del tribunal.

Me ha encargado que al momento

Se lo comunique á tio.

D. FERN. ¿Y te ha dicho don Demetrio

Sobre el fallo su opinion?

D. PEDRO. Que faltando documentos,

Entre ellos una partida

De nuestro séptimo abuelo,

Y no sabiéndose en dónde

Se pueda hallar, hay gran riesgo.

Y así juzga necesario,
 Que visite desde luego
 Tu padre á todos los jueces;
 Porque si bien fallan ellos
 Ateniéndose á los autos,
 Otra esperanza tendríamos,
 Si es que tío los instruye
 Verbalmente en todo aquello,
 Que no puede presentarse
 En perdidos documentos.

D. FERN. Pues ¡hombre! siendo eso así,
 No debe perderse tiempo.

Dilo á mi padre.

D. PEDRO. ¿Quién...! ¡yó?
 Francamente, no me atrevo.

Conociendo su carácter,
 He encargado á don Demetrio
 Que se venga por aquí,
 Y él se lo diga.

D. FERN. Lo apruebo.
 Cabalmente está hoy mi padre

Para nuevas de ese género.

D. PEDRO. ¿Hay algun disgusto en casa?

D. FERN. ¡Calla! Me han dado el almuerzo.

Esta mañana mi madre
 Me ha planteado un proyecto
 De mi padre sobre mí;
 Ella y yo nos oponemos:
 Y si Dios no lo remedia,
 Y él se muestra firme en ello,
 Sin haber otra salida,
 La de San Quintín tenemos!

D. PEDRO. ¿Es cosa de tanta monta?
 ¿Pues cuál es ese proyecto?

D. FERN. ¡Nada ménos que mi padre!
 Quiere que yo me haga clérigo.

D. PEDRO. ¡Válgame Dios, qué locura!!!
 ¿Y te ha hablado yá de eso?

D. FERN. Ni tan sólo una palabra...
 Ese instante estoy temiendo...
 Si te hablase por acaso,
 Que trates de convencerlo.

D. PEDRO. Sí lo haré. ¿Qué te parece?
 ¡Para hablarle ahora del pleito!

D. FERN. ¡Ay, Pedro... si se perdiera...!
 ¡Que no lo permita el cielo!

D. PEDRO. No lo quiera Dios....

D. FERN. ¡Mi padre...!

Me parece que lo siento.

D. PEDRO. Él es, sí: viene con tía. (Mirando hacia la puerta.)

D. FERN. ¿Sí? Pues entónces silencio.

ESCENA X.

DICHOS: D. TOMÁS, D.^a ROSA.

D. TOMÁS. ¡Hola, Pedro!

D.^a ROSA. ¿Por aquí?

Tan temprano? ¿Cómo es eso?

Hoy se ha madrugado mucho. (Se sientan.)

D. PEDRO. No es hoy sólo... ya hace tiempo.

D. FERN. Voy á mudarme de traje

Para salir. (A D. Pedro tocándole en el hombro.)

D. PEDRO. Hasta luego!

ESCENA XI.

D. TOMÁS, D.^a ROSA, D. PEDRO.

D. PEDRO. Me parece que á Fernando (A D.^a Rosa.)

Lo he encontrado triste, ó sério.

D. TOMÁS. Él está así casi siempre.

Su carácter no es risueño.

D. PEDRO. Es verdad; pero he notado

- En su semblante algo nuevo.
- D.^a ROSA. Es cierto. (A D. Pedro.)
- D. PEDRO. ¿No es verdad, tia?
- D.^a ROSA. La causa no es para ménos.
Después que el pobre Fernando
Ha estudiado yá Derecho,
Y funda en esa carrera
Un porvenir lisonjero,
Y habiendo mostrado siempre
Propension al casamiento,
Que tal vez ande en amores,
Segun lo que yo le observo,
Con alguna jóven, y...
- D. TOMÁS. ¿Tú sabes algo de cierto? (A D. Pedro.)
- D. PEDRO. No sé nada; mas mi tia
Lo dirá con fundamento.
- D.^a ROSA. Pues ahora quiere su padre
Que tu primo se haga clérigo.
- D. PEDRO. ¡Jesus! ¡Hombre! y ¿cómo puede
Usted obligarlo á eso?
- D. TOMÁS. ¿Y yo le obligo?
- D. PEDRO. Él no tiene
Vocacion.
- D. TOMÁS. Bien... pues veremos

D.^a ROSA. Verémos.... sí.... yá le ha escrito
 Á su primo con intento,
 De apoyar en su opinion
 Ese absurdo.... aunque yo espero,
 Que nunca Fulgencio.... nunca....
 En su virtud y talento,
 Pueda secundar sus planes.)

D. PEDRO. Claro está: yo así lo creo.

D. TOMÁS. Bien, bien, pues dejadme en paz. (Levántase.)
 Valentin vendrá yá presto, (Paseándose enfadado.)
 Y verémos por su carta
 Su parecer.

D.^a ROSA. Muy bien.

D. PEDRO. Bueno.

(D.^a Rosa y D. Pedro continúan hablando bajo, sentados, mientras D. Tomás, paseándose con impaciencia, dice los versos siguientes:)

D. TOMÁS. ¡Qué mujeres! Ellas solas
 Quieren llevar el gobierno
 De la casa y de sus hijos....
 Y su esposo.... ¡Nada de eso!
 Todo cuanto hace el marido
 Para ellas está mal hecho.

ESCENA XII.

DICHOS: D. FERNANDO entra por una de las puertas laterales en traje de calle, y VALENTIN al mismo tiempo por la del foro con dos cartas: entrega una á D. FERNANDO, y se dirige en seguida á dar la otra á D. TOMÁS.

VALENTIN. (Cartita de doña Eugenia.)

D. FERN. (Gracias, Valentín.) (Me alegro.)

(Se vá por la misma puerta que entró, leyéndola.)

VALENTIN. (¿Dónde encontrarán el molde
Para poderle hacer clérigo?)

(Mirando á D. Fernando.)

ESCENA XIII.

DICHOS: D.^a ROSA y D. PEDRO se levantan.

D.^a ROSA. Yá viene allí Valentín. (Al verlo.)

D. PEDRO. Verémos qué trae de nuevo.

(D. Tomás se adelanta, y toma la carta; Valentín se retira por una de las puertas laterales.)

D. TOMÁS. Vamos á ver. (Abre la carta y lee.)

«Querido Tomás: Muy bueno me parece tu proyecto sobre Fernando...»

¿Ven ustedes,

«Cómo elogia mi proyecto...?»

Por poco soy un demonio.

Salido de los infiernos.

D.^a ROSA. Sigue leyendo, Tomás...

D. TOMÁS. (Lee.) «Muy bueno me parece tu proyecto sobre Fernando, si él se encuentra con vocacion á tal estado... pero...» (Se turba.)

D.^a ROSA. Vamos á ver ese pero...

D. TOMÁS. (Sigue leyendo con turbacion.) «Pero si después de proponérselo, notares la menor resistencia de su parte, sería altamente reprehensible insistir. —Fulgencio.»

D.^a ROSA. ¿Lo ves, Tomás? (Con rapidez.)

D. PEDRO. ¿Lo veis, tíó? (Idem.)

D. TOMÁS. Sí, sí, sobrino... lo veo. (Con indignacion.) Pero en mi casa no manda ni tú... ni tú... ni Fulgencio.

(El primer tíó á D. Pedro y el segundo á D.^a Rosa.—Entra

D. Fernando, que ya ha leído la carta que le entregó Valentín.)

Allí viéne ya Fernando. (Al verlo.)

Márchense ustedes... que tengo

que hablar con él de un asunto.

D. PEDRO. Está muy bien. Hasta luégo.

(Quisiera oírlos.) (Aparte á D.^a Rosa.)

D.^a ROSA. (Aparte á D. Pedro.) (Pues bien, ¡
Aquí ocultos quedaremos.)

(Se ocultan detrás de una de las puertas.)

ESCENA XIV.

D. TOMÁS, D. FERNANDO, que se quita el sombrero, y lo coloca sobre un asiento, permaneciendo ámbos de pié.

D. TOMÁS. Cumpliendo nuestros deberes,
Siempre los padres estamos
Buscando el bien de los hijos.
Ahora estaba aquí tratando
Cómo hacerte á tí feliz.

D. FERN. Me teneis muy obligado.

D. TOMÁS. En tu edad, y con carrera,
Me parece necesario
Resolverse sériamente
En la eleccion de tu estado.
Yó, cumpliendo mi deber
Como padre, y deseando
Verte dichoso los dias
Que Dios me tenga marcados,
Hace tiempo que medito

Cuál será más adecuado:
 Y viendo al par mi ascendencia
 Tan ilustre brillo dando
 Á nuestro claro linaje,
 En el estado eclesiástico,
 Me parece que lo abrases,
 Y brilles en ese estado,
 Que te hará feliz sin duda.

D. FERN. Soy vuestro hijo.... y os amo;
 Pero siento no poder
 Complaceros.

D. TOMÁS. ¿Conque cuando
 Yo me desvelo por tí,
 Sólo á tu bien consagrado,
 Te niegas á complacerme?

D. FERN. Es, señor, que no me hallo
 Con la más leve afición
 Á esa vida, y es amargo,
 Vivir un año tras otro....
 Toda la vida angustiado,
 Peor que vivir pudiera
 Entre cadenas esclavo.

D. TOMÁS. Tú no tienes experiencia....

D. FERN. Ni vocacion á ese estado,

Y no lo puedo abrazar.
 D. TOMÁS. Como al fin eres muchacho,
 Y en la edad de las pasiones
 Éstas reinan en el ánimo,
 Subyugando á la razon....
 No conoces lo acertado
 De este proyecto.... y así....
 Si á la pasion das el mando,
 Y abrazas otra carrera....

Créeme, serás desgraciado.
 Así, yó que soy tu padre....
 Sólo por tu bien velando,
 Que me complazcas te exijo,
 Sin poner nuevos obstáculos.

D. FERN. Es decir, ¿que he de ser víctima,
 Sin piedad sacrificado
 Por el brazo de mi padre...?
 Y ¿ha de durar tantos años
 El horrendo sacrificio,
 Cuantos tenga señalados
 Dios á mi triste existencia...?
 No puedo acceder á tanto.

D. TOMÁS. Baja el tono.... que me injurias....

D. FERN. Señor, no puedo bajarlo:

Que es la voz de la conciencia,
 Y sus gritos son muy altos...
 La voz de la religion
 En el alma de un cristiano,
 Que acceder no me permiten.

D. TOMÁS. Conque ¿no puedes, ingrato,
 Obedecer á tu padre,
 Que la existencia te ha dado?

D. FERN. En siendo contra justicia,
 Nunca obligan sus mandatos.
 Y contra justicia es,
 Puesto que usted, sin notarlo,
 Me prepara un precipicio,
 Mi libertad subyugando.

D. TOMÁS. Infame... ¿á tu padre ultrajas?

D. FERN. Jamás á mi padre ultrajo.
 Escuche usted mis razones,
 Y déme después su fallo.
 Un buen clérigo, señor,
 Es modelo del cristiano:
 Es espejo de bondades,
 Do se miren los humanos,
 Y donde encuentren virtudes
 En que poder imitarlo...

Es en el mar de este mundo
 Piloto y luciente faro....
 Y si no es bueno ¿qué es?
 Señor, no quiero pensarlo.
 En la senda de la vida
 Es triste piedra de escándalo,
 Y ante el juicio de Dios,
 De sus enojos el blanco....
 No me haga usted triste víctima
 De tanto funesto extrago....

D. TOMÁS. Esas razones son falsas....

Tu pasión las ha creado:
 Si quieres, puedes ser bueno,
 Nadie te obliga á ser malo.

D. FERN. Pues entónces me decido,
 Viendo que así nada alcanzo....

D. TOMÁS. ¿Que te decides...?

D. FERN. Señor...

Á hablar del asunto claro.
 Como jamás he tenido
 Vocación á tal estado,
 Un compromiso contrahe,
 Próximamente hace un año,
 Con una jóven... y ya

Está todo proyectado.

Para el enlace.

D. TOMÁS. ¿Y á quién

Consultaste, hijo insensato...

Negocio de tanta monta...?

¿Con qué permiso ¡oh escándalo!

Quieres casarte...?

D. FERN. Creí

Que por usted no habria obstáculo;

Y hoy mismo tenía resuelto

Pedir vuestro beneplácito...

Cuando vino Valentin,

Y esa noticia me trajo

En esta carta, señor.... (Mostrándola.)

D. TOMÁS. Dame esa carta, y veamos.... (La toma y lee.)

«Adorado Fernando: Llegó el momento que deseaba mi espíritu intranquilo: lo he dicho todo á papá: está conforme, y el dia de nuestra felicísima union queda por su voluntad á la eleccion tuya y de tus padres. No faltes hoy. Adios.—Eugenia.»

(Tira la carta y prorrumpe con indignacion: D. Fernando la toma del suelo y la besa.)

D. TOMÁS. ¡Para esto sirven los hijos!

¡Para tener traspasado
Siempre el corazón de un padre
Con el más agudo dardo!

D. FERN. Pero escuche usted, por Dios.

D. TOMÁS. Retírate, infame.... ingrato....

Nunca mis ojos te vean....

Nunca en mi casa, malvado,

Vuelvas á poner los piés....

D. FERN. Padre, por Dios, sosegáos.

D. TOMÁS. Nó: no cuentes con tu padre.

Huye presto de mi lado,

Si quieres casarte.... huye....

Y busca un tigre africano.

(Váse gritando, y entran de repente D.^a Rosa y D. Pedro.)

ESCENA XV.

D. FERNANDO, D.^a ROSA, D. PEDRO.

D.^a ROSA. ¿Qué es esto, Señor?

D. PEDRO. ¿Qué es esto?

D. FERN. De su casa me ha lanzado.

Yo no sucumbo, señora,

No puedo acceder á tanto.

- D.^a ROSA. Haces bien, hijo del alma,
 (Enternecida y con energía.)
 Que la eleccion del estado....
 Debe ser libre, si al cielo
 Ha de llevar al cristiano.
- D. FERN. Démeusted su bendicion. (Hincando una rodilla.)
- D.^a ROSA. Pero ¿te marchas?
 (Levantándolo, y con suma angustia.)
- D. FERN. Me marchó.
- D.^a ROSA. ¿Y á dónde vás, hijo mio...?
- D. FERN. Dadme á besar vuestra mano. (La besa.)
 (D.^a Rosa cae desmayada en sus brazos: entre D. Fernando y D. Pedro la sientan en un sillón, y D. Pedro dice marcadamente.)
- D. PEDRO. ¡Qué disgustos de familia,
 Por el proceder tirano
 De un padre, que ciegamente
 Pretende hacer desgraciado
 Á un hijo, á quien el derecho
 Más justo le está usurpando!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

1979. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 12, 1-10.
1980. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 13, 1-10.
1981. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 14, 1-10.
1982. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 15, 1-10.
1983. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 16, 1-10.
1984. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 17, 1-10.
1985. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 18, 1-10.
1986. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 19, 1-10.
1987. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 20, 1-10.
1988. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 21, 1-10.
1989. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 22, 1-10.
1990. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 23, 1-10.
1991. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 24, 1-10.
1992. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 25, 1-10.
1993. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 26, 1-10.
1994. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 27, 1-10.
1995. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 28, 1-10.
1996. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 29, 1-10.
1997. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 30, 1-10.
1998. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 31, 1-10.
1999. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 32, 1-10.
2000. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 33, 1-10.
2001. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 34, 1-10.
2002. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 35, 1-10.
2003. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 36, 1-10.
2004. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 37, 1-10.
2005. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 38, 1-10.
2006. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 39, 1-10.
2007. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 40, 1-10.
2008. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 41, 1-10.
2009. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 42, 1-10.
2010. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 43, 1-10.
2011. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 44, 1-10.
2012. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 45, 1-10.
2013. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 46, 1-10.
2014. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 47, 1-10.
2015. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 48, 1-10.
2016. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 49, 1-10.
2017. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 50, 1-10.
2018. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 51, 1-10.
2019. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 52, 1-10.
2020. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 53, 1-10.
2021. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 54, 1-10.
2022. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 55, 1-10.
2023. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 56, 1-10.
2024. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 57, 1-10.
2025. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 58, 1-10.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. TOMÁS.

¡Qué situacion tan amarga!
 ¡Ay, qué suerte tan adversa!
 Ó Dios me quiere probar,
 Ó el demonio en mí se emplea.
 El pleito casi perdido....
 Mi hijo quiere mi licencia
 Para casarse, y salir
 De la potestad paterna:
 Para abandonar á un padre
 Cuando más falta me hiciera.
 Hoy la fortuna se ríe
 De este infeliz, y no queda

Á dónde volver los ojos
 En esta mísera tierra,
 Para encontrar una lágrima,
 Que en mi desgracia se vierta.
 ¿Cuál ha de ser mi destino
 Luégo que el pleito se pierda?
 ¿En qué vendrán á parar....
 Este fausto.... esta grandeza....
 Que yá en mi risueña cuna
 Halagó mi edad primera...?
 Dos veces es desdichado
 Quien vió de abundancia llena
 Siempre su vida, y después
 Á la escasez lo condenan....
 Tras de tanto padecér,
 ¡Pobre Tomás.... lo que resta!
 Señor ¡que baje al sepulcro,
 Que yá la vida me pesa!
 Señor ¡que baje al sepulcro!
 Y allí mi ceniza yerta,
 Sirva de fiel desengaño
 De lo que la vida encierra,
 Desdichas, ingratitudes....
 De quien ménos se creyera:

De un hijo que el sér me debe,
 Á quien en ara funesta
 Hoy sacrifica el amor,
 Y por ser víctima eterna
 De ese tirano.... á su padre....
 En su desgracia desprecia.
 ¿Hay suerte como la mia?
 ¿Por qué no se abre la tierra,
 Y me sepulta piadosa,
 Terminando mi existencia?
 Pero, Señor, perdonadme,
 Atendiendo á mi miseria:
 Que yo tambien lo perdono,
 Porque merece indulgencia,
 El que por pura ignorancia
 De un padre el pecho atormenta.

ESCENA II.

DICHO: D. PEDRO, que entra por la puerta del foro.

D. PEDRO. Buenos dias.... ¡cuánto siento
 Encontrar de esta manera
 Á usted.... triste.... pensativo!
 Deseche usted....

D. TOMÁS. NÓ... que es sería

 Mi situacion... ¿Y Fernando?

D. PEDRO. En casa almorzando queda.

D. TOMÁS. ¿En tu casa, Pedro?

D. PEDRO. Sí.

D. TOMÁS. Hoy mi espíritu se encuentra

 En un mar de confusiones,

 Y yá no sé qué resuelva.

 Hay en la vida momentos

 En que se ódia la existencia.

 El pleito... mi hijo... ¡Señor!

 Si al ménos contar pudiera

 Con que ganaba á mi hijo...

 Lo consagrára á la Iglesia,

 Conservára en mi linaje

 Su gloria imperecedera,

 Y tendria un firme apoyo

 En mi ancianidad extrema.

 Un ministro del Señor,

 Que mitigase mis penas;

 Hijo á un tiempo y sacerdote,

 Que cuando la muerte venga

 Á hacer presa de su padre,

 Yá cuando hablarle no pueda,

Entre sus labios reciba
 Mi respiración postrera:
 Y el que tantas bendiciones
 De mí recibió en la tierra,
 En aquel trance terrible
 Con la suya me dé fuerzas,
 Y las puertas de la gloria
 Por él las encuentre abiertas....
 Pero.... es un sueño.... un delirio....
 Es pensarlo una quimera....

D. PEDRO. Esas razones son hijas
 Del alma noble, que alienta
 En vuestro pecho cristiano.
 Mas por un instante os ruega
 Mi afecto, que mediteis
 De vuestro hijo cual sea
 La suerte, si no teniendo
 Vocación á esa carrera,
 Por complaceros la abraza,
 Y se hace infeliz en ella.
 Cuántos y cuántos ejemplos,
 Ojalá tantos no hubiera,
 De hijos, que tristemente
 Maldicen la hora funesta,

En que, complaciendo á un padre,
Obraron contra conciencia
En la eleccion del estado,
É infelices en la tierra
Se hicieron: y eternamente
Su fatal condescendencia
Tal vez llorarán algunos:
Tal vez maldicion horrenda
Lanzarán contra sus padres,
Causa de su muerte eterna.
Vuestro corazon paterno,
La Religion que gobierna,
Y dirige á usted sus actos,
No es posible pue consientan,
Ver víctima á vuestro hijo,
Sumido en amargas penas,
Por gozar de esa ventura,
Que vuestra mente recrea.
Pero siendo un buen casado,
Llevará doquier impresa
Dulcemente la memoria
Del padre que Dios le diera:
Él será vuestro consuelo,
Él vuestro apoyo en la tierra,

Él cerrará vuestros ojos,
 Y los hijos que conceda
 Dios á sus castos amores,
 En la edad de la inocencia
 Bendecirán á su abuelo;
 Y quizás el cielo tenga
 Dispuesto allá en sus arcanos,
 Que vuestra dicha completa,
 Y vuestros dorados sueños
 Realice un nieto....

D. TOMÁS. Te empeñas
 Inútilmente, queriendo
 Consolarme.... justa empresa....
 Mas de ese modo imposible.

D. PEDRO. No sé entónces cómo pueda
 Consolar á usted.

D. TOMÁS. Es fácil.
 Haciendo que él se resuelva
 Á darme gusto.

D. PEDRO. Por mí
 Sin dificultad lo hiciera....
 Pero si hay compromisos
 Formales....

D. TOMÁS. ¡Más me atormentas!

Lo sé; pero puedes tú
 Conseguir que se difiera...
 Y entónces....

D. PEDRO. Me es imposible.

D. TOMÁS. ¡Conque es decir, que no encuentra
 (Paseándose indignado.)

Un alma mi corazón,
 Que mis proyectos comprenda,
 Y los secunde piadosa!

PORTERO. Que don Demetrio os espera
 En su despacho.

D. TOMÁS. ¿Y ha dicho
 Cuándo?

PORTERO. Que con mucha urgencia. (Váse.)

D. TOMÁS. Voy á ver á don Demetrio.... (Sofocado.)
 Fernando todo lo enreda....

No hay duda.... algun compromiso
 Para arrancar mi licencia.

(Al decir este verso vá á retirarse por una de las puertas
 laterales, para mudarse de ropa: D.^a Rosa entra por la
 misma, y lo detiene.)

ESCENA III.

DICHOS: D.^a ROSA.

D. TOMÁS. ¡Este hijo me vuelve loco! (En la puerta.)

D.^a ROSA. ¿Dónde vas tan sofocado? (Deteniéndolo.)

D. TOMÁS. Disparates de tu hijo....
Sí: locuras de Fernando....

Quiere quitarme la vida....

D.^a ROSA. Pero ¿qué pasa?

D. TOMÁS. ¡Ese ingrato...!

¿Qué ha de pasar? Que me manda

Un terminante recado

Don Demetrio... que le vea

Ahora mismo: y está claro

Que conociendo tu hijo

La estrecha amistad de ámbos,

Le busca por medianero;

Pero yo sabré burlarlo.

¡Mi nombre expuesto á la crítica

Por un hijo deslenguado!

D.^a ROSA. ¿No serán cosas del pleito...?

D. TOMÁS. ¡Qué pleito ni qué diablos!

¿No recuerdas que me dijo,

Que vendria á casa cuando
 Se decretase á la vista?
 Pues no ha venido á avisármelo.

D.^a ROSA. Yo no creo que tu hijo...

D. TOMÁS. ¿Yá tratas de disculparlo...?

Sí... sí... como buena madre.

(Váse á mudar de ropa.)

ESCENA IV.

D.^a ROSA, D. PEDRO.

D.^a ROSA. Pero.... Pedro.... ¿qué ha pasado?

Por Dios, sácame de angustia.

Dime qué ha hecho Fernando

Desde que ayer se marchó.

D. PEDRO. En mi casa meditando

Sobre su ingrata fortuna:

El que ayer pensaba daros

Un dia de regocijo,

Lo ha sufrido tan amargo....

Él delira por su Eugenia:

Ayer me empañé en probarlo,

Y he visto un fuego tan vivo,

Un amor tan acendrado,

Que si, lo que yo no espero,
 No se casan, yò no salgo
 Por fiador de su juicio.

D.^a ROSA. Pero dime si le ha hablado
 Á don Demetrio....

D. PEDRO. No sé;
 Ayer noche salió un rato:
 Sólo dijo que habia visto
 Á su Eugenia.... que al teatro
 No tenía ganas de ir,
 Y se recogió temprano.

ESCENA V.

DICHOS: D. TOMÁS, que vuelve en traje de calle.

D. TOMÁS. Voy á buscar en seguida (Entrando.)
 Al bueno de don Demetrio,
 Á quien ha puesto tu hijo (A D.^a Rosa.)
 En compromiso tan sério.
 ¡Habrà bribon! no hay paciència
 Para tanto sufrimiento.
 Mire usted.... con este dia....
 (Al llegar á la puerta del foro.)

Y yo que tanto padezco
 De la vista... y salga usted....
 Con relámpagos y truenos...
 Estoy tentado... (Váse por la puerta del foro.)

D.^a ROSA. Tomás... (Al salir.)

No hagas algun desacierto.

ESCENA VI.

D.^a ROSA, D. PEDRO.

D.^a ROSA. ¿Qué haremos, Pedro? dí: ¿cómo
 Salvar la honra de tu tío,
 Si por desgracia Fernando
 Lo ha puesto en un compromiso,
 Descubriendo su imprudencia
 Al mejor de sus amigos?

D. PEDRO. Al momento voy á casa,
 Y si es cierto, yo le aviso
 Que á nadie le vuelva á hablar
 Del asunto: pues un hijo
 á su padre...

D.^a ROSA. Vé al instante, (Rápido.)
 Y tráelo todo sabido.

Peró... viene don Leopoldo: (Viéndolo.)

Permanece aquí conmigo,

Porque estar sola no quiero:

Todos en casa han salido.

ESCENA VII.

DICHOS: D. LEOPOLDO, que entra por la puerta del foro.

D. LEOP. Á los piés de usted, señora.

D.^a ROSA. Beso su mano.

D. LEOP. Mi amigo.... (A D. Pedro.)

D. PEDRO. Adios, señor don Leopoldo.

(Dále la mano, y se sientan.)

D. LEOP. ¿Y don Tomás? (Al sentarse, á D.^a Rosa.)

D.^a ROSA. Ha salido.

D. LEOP. Lo siento, pues yo quisiera

Daros á los dos unidos

El parabien por la dicha

Que gozais con vuestro hijo,

De que yo tambien disfruto,

Pues la jóven que ha elegido

Es mi parienta.

D.^a ROSA. ¿De usted?

D. LEOP. Sí, señora: soy sobrino

De don Juan, padre de Eugenia,
Y por lo tanto...

D. PEDRO. Su primo. (A D.^a Rosa.)

D. LEOP. Servidor.

D.^a ROSA. Me alegro.

D. LEOP. Gracias.

Es mucho mi regocijo,
Al ver que mi buen Fernando,
Jóven á quien tanto estimo,
Va á ser mi pariente, y yo
Con un nuevo lazo unido
Á una familia tan noble,
Y digna por tantos títulos...

D.^a ROSA. Favor, don Leopoldo.

D. LEOP. Nó:

Nó, señora: sois muy dignos...

D. PEDRO. Gracias por lo que me toca.

D.^a ROSA. Pues, don Leopoldo... y si digo,

Porque es así la verdad,

Que ese enlace está en peligro

De no efectuarse.

D. LEOP. ¡Cómo!

No puede ser: si he sabido

Por ella y su mismo padre,

Que hay formales compromisos.

D.^a ROSA. Pero es que Tomás se opone.

D. LEOP. ¡Que se opone! ¿Y qué motivo

Hay tan justo que le impela

Á formar distinto juicio?

Ella es rica, bella, honrada....

Su padre un modelo vivo

De hombres de bien: sus abuelos

En cuna ilustre mecidos.

No veo qué razón haya,

Que se oponga á sus designios.

En tratando de mujeres

Mi escrúpulo es excesivo:

Una tan sólo en el mundo

Ha llenado mi capricho.

Cuando salí de Sevilla

Dos lustros no había cumplido.

Eugenia; pero si yo

La hubiese por suerte visto

Ántes de casarme.... ahora....

Que es un encanto.... un hechizo....

Sin duda que el buen Fernando

No llega á ser su marido.

Y aunque no parezca bien

Que la elogie yó.... su primo....

Debo decir en verdad,

Que Fernando vuestro hijo,

Prueba ser, al elegirla,

Hombre de gusto y juicio.

¿Quisiera usted, por favor,

Manifestarme el motivo

De oponerse don Tomás?

D.^a ROSA. Sí, señor; pero confío

En la mediación de usted,

Que él atiende á sus amigos,

Para templar...

D. PEDRO. Don Leopoldo,

No es pequeño el compromiso:

Porque el padre de Fernando

Es de roca en sus juicios.

D. LEOP. Disponga usted libremente (A D.^a Rosa.)

En cuanto pueda.

D.^a ROSA. Lo estimo.

Pues el bueno de mi esposo

Quiere ahora que su hijo

Se haga clérigo.

D. LEOP. ¡Señora!

¿Qué dice usted? ¡Qué delirio!

¿Y lo sabe ya Fernando?

D.^a ROSA. Su padre ayer se lo dijo:

El pobre se defendió

Apoiado en su albedrío,

Y su padre, apasionado,

Con desaforados gritos

De su casa lo lanzó.

D. LEOP. ¡Jesus, lo que hace un capricho!

Algunas veces los padres

Pierden sin duda el juicio:

¡Y luégo se quejarán

Del proceder de sus hijos!

¿Están éstos obligados

Á seguir sus desatinos,

Cuando tristes consecuencias

Traerán por fuerza consigo?

Yo mediaré.... y si á mis ruegos

No se mostrare propicio,

Buscaré quien interceda,

Porque no es justo que un hijo

Sea por su padre inmolado.

Y don Tomás.... ¿dónde ha ido?

D.^a ROSA. Á casa de don Demetrio,

Que le ha mandado un aviso

Con mucha urgencia: y él juzga
 Que le habrá hablado su hijo,
 Para lograr su licencia
 Por medio de un buen amigo.

D. LEOP. ¿Y será cierto?

D.^a ROSA. No sé;

Él ha estado con su primo (Señala á D. Pedro.)
 Desde que se fué de aquí....

D. PEDRO. Y nada de eso me ha dicho.

Él se ha ocupado tan sólo
 En pensar en su destino,
 Que tan cruel le ha cambiado
 En tristeza el regocijo.

ESCENA VIII.

DICHOS: D. TOMÁS, que entra por la puerta del foro con ademanes de desesperacion: corre de uno á otro lado diciendo los versos que siguen; D.^a ROSA detrás queriéndole sosegar. D. LEOPOLDO y D. PEDRO se levantan.

D. TOMÁS. ¡Contra mí se han conjurado
 Las furias de los infiernos!
 ¡Un golpe tras otro golpe
 Hacen pedazos mi pecho!

D.^a ROSA. Por Dios, ¿qué te ha sucedido?

D. TOMÁS. Estoy loco... yá no puedo
Sufrir mi aciaga fortuna:
Acabad conmigo ¡cielos!
Que no es posible una vida
Tan llena de sufrimientos.

D.^a ROSA. Pero, dime: ¿ha cometido
Fernando algun desacierto?

D. TOMÁS. ¡Qué Fernando, ni demonios!
Si me llamó don Demetrio,
Para decirme que estuvo
Por fin á la vista el pleito.
¡Se ha fallado, y lo he perdido, (Con angustia.)
Con las costas...!!

D.^a ROSA. ¡Santo cielo! (Suma congoja.)
¡Cuánta amargura, Señor,

Derramais en este pecho!

D. TOMÁS. Yá se perdió mi fortuna...
Todo mi caudal entero...
Ahora debo rendir cuenta
Del tiempo que lo poseo
Á la parte litigante,
Y de mis bienes me quedó
Tan sólo con esta casa,

- Que se venderá al momento
 Por lo que dieren; si es
 Que comer algo queremos.
- D.^a ROSA. Pero no te desespere.
 Dime ¿no queda algun medio?
- D. TOMÁS. Sí... nos queda la esperanza (Con ironia.)
 Que abrigaria un pobre enfermo,
 Á quien, en fiebre mortal,
 Han desahuciado los médicos.
 Recurso de casacion
 Ante el Tribunal Supremo.
- D.^a ROSA. ¿Y tú lo aprovecharás?
- D. TOMÁS. Yá le he dicho á don Demetrio,
 Que probemos nuestra suerte
 En este recurso extremo. (Algo tranquilo.)
 Perdone usted, don Leopoldo;
 En estos casos adversos,
 En que nos dá la fortuna
 Tantos golpes y tan recios,
 El que tiene más juicio,
 No dá muestras de estar cuerdo.
- D. LEOP. Pero tenga usted esperanza:
 Á Madrid escribiremos
 Los amigos: y usted tiene

Relaciones de gran peso,
Y puede ser...

D. TOMÁS. No, señor: (Interrumpiéndole.)

Este asunto no es de empeños;
Es tan sólo de justicia,
Y me faltan documentos,
Para que conste que soy
Yó el legítimo heredero
De estos mis bienes....

D. LEOP. Fernando

Puede buscarlos.

D. TOMÁS. Es cierto...

(Con ironía: se pone de mal humor, y empieza á pasearse.)

D.^a ROSA. (Interceda usted, por Dios.)(Ap. á D. Leopoldo.)

Vente, Pedro, escribiremos

Una carta.

D. PEDRO. Vamos, tía.

D.^a ROSA. Con permiso, caballero. (A D. Leopoldo.)

D. LEOP. Á los piés de usted, señora.

ESCENA IX.

D. TOMÁS, D. LEOPOLDO.

D. TOMÁS. Sí, señor: dije que es cierto. (Incómodo.)

Pero Fernando es mal hijo,

Y yó de él nada espero.

Ahora mismo, miéntras yo

Sufro, gimo, lloro y peno,

Él estará muy gozoso

Tratando su casamiento,

Para dejar á sus padres,

Y jamás volver á vernos.

D. LEOP. Don Tomás.... eso es pasión:
Yo sé que Fernando es bueno:

Y si trata de casarse,

Usted le ha dado el ejemplo.

Y si en estas circunstancias

No parece lo más cuerdo,

Él no lo ha pensado ahora;

Pues tenía ese proyecto,

Mucho ántes de saberse

El resultado del pleito.

D. TOMÁS. Es que usted no lo conoce...

D. LEOP. Puede ser, don Tomás; pero....

¿Con qué cara dice un hombre

Á una mujer....—yá no puedo—?

D. TOMÁS. ¿Y con qué se vá á casar

Después de perdido el pleito?

D. LEOP. Con el dote de la niña

No necesita dineros.

Ella delira por él,

Sus padres están contentos,

Toda la familia, loca

Se vuelve pensando en ello;

Y como queda aún el fallo

En el Tribunal Supremo....

No es necesario decir....

D. TOMÁS. Sí, señor; yá lo comprendo... (Interrumpiendo.)

Dice usted muy bien. Mas yó....

D. LEOP. Y cuidado que yó en esto (Interrumpiendo.)

Nada me echo en el bolsillo;

Quizás más bien algo pierdo:

Porque soy primo de Eugenia,

Y por su bien me intereso.

D. TOMÁS. ¿Usted primo de la novia?

D. LEOP. Servidor.

D. TOMÁS. Vaya, me alegro....

Que me es grata la noticia.

Y la jóven ¿es de mérito?

D. LEOP. Sí, señor; es una alhaja:

Bella.... de mucho talento....

Muy honrada.... cariñosa....

Y capaz de hacer por cierto

Feliz á un hombre de bien;
Fernando ha obrado con seso.

D. TOMÁS. ¿Y de edad?

D. LEOP. Los diez y ocho

Cumplió en el último enero.

Don Tomás... es necesaria

La licencia... yo intercedo.

D. TOMÁS. Si viese del todo inútil (Con angustia.)

Mi saludable proyecto,

Se la daré, aunque el dolor

El alma arranque del cuerpo.

Pero tenga usted entendido, (Con energia.)

Que agotaré los esfuerzos

De mi ardiente corazón,

Favoreciendo mi empeño;

Porque he de ser...

D. LEOP. Generoso, (Interrumpiendo.)

Cual cumple á un buen caballero.

ESCENA X.

DICHOS: D. FERNANDO, que entra por la puerta del foro, y se descubre.

D. FERN. Dios guarde á ustedes, señores.

D. LEOP. Adios, amigo Fernando.

D. TOMÁS. ¿Otra vez en mi presencia?
 ¿Vienes á ahondar, inhumano,
 El puñal, que en este pecho
 Tu pasión dejó clavado?

D. FERN. Á pedir á usted perdon,
 Si pude ofenderle en algo,
 Y al mismo tiempo licencia
 Para abrazar nuevo estado.
 Porque el alma donde viven
 Los sentimientos cristianos,
 No puede faltar á un padre;
 Y yo juzgo necesario,
 Para que Dios me bendiga,
 El paternal beneplácito.

D. TOMÁS. Tú sabes que yo me opongo....
 ¿Y te empeñas sin embargo?
 El casarte es disponer
 Mi funeral: se ha fallado
 Nuestro pleito, y lo he perdido,
 Y no me queda otro amparo,
 Que tenerte junto á mí:
 Y cuando vengan los años
 Con su helada pesadez
 Mi vigor debilitando,

Poder entónces tranquilo
 Descansar entre tus brazos,
 Pero tú quieres...

D. FERN.

Por Dios,

No se aflija usted, que el llanto
 Viene á nublar yá mis ojos.
 Á los deberes sagrados
 De un hijo no he faltar;
 Que no soy por suerte ingrato.
 Si enérgico he resistido,
 Fué porque usted, sin notarlo,
 De buena fé me trazaba
 Un término desgraciado.

D. LEOP.

En vista de estas razones,
 La justicia está clamando
 Que le dé usted su licencia.

D. TOMÁS.

Se la daré... aunque es amargo.
 Adios.... y.... déjame en paz. (A D. Fernando.)
 Si la paz del cielo santo
 Puede morar en mi pecho.

D. LEOP.

Amigo, tenga usted ánimo.

D. FERN.

Siempre seré para ustedes, (A D. Tomás.)
 Como soltero, casado.

D. LEOP.

Don Tomás, yá nos verémos. (Dándole la mano.)

D. FERN. Volveré en seguida á daros
 Gracias á usted y á mi madre:
 Y á vuestras plantas postrado,
 Ofreceré mi existencia,
 Vuestra bendicion tomando.

(Vánse D. Fernando y D. Leopoldo por la puerta del foro:

D. Tomás queda con suma tristeza, viéndolos ir hasta
 que desaparecen.)

ESCENA XI.

D. TOMÁS en un arranque de congoja.

Promesas.... sólo promesas....

No quiere ser eclesiástico....

Viviré lleno de angustia....

Y moriré abandonado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D. TOMÁS, D.^a ROSA y D.^a EUGENIA, sentados: D. TOMÁS con gafas verdes.

D. TOMÁS. No me hables de ese cruel: (A D.^a Rosa.)
 El hijo que no obedece
 Á su padre.... no merece
 Que éste se acuerde de él.
 Ingrato, con su pasion
 Un puñal fiero ha clavado
 En mi pecho, y ha robado
 La vida á mi corazon.
 Que un padre que sabe amar,
 Y busca el bien de su hijo,
 En su mente tiene fijo

El fin que debe esperar,
Cuando ha seguido la senda,
Que el capricho le ha trazado,
Ántes habiendo velado
Su razon con negra venda.
Y haciéndole preferir
Lo injusto á lo razonable:
Yo callo: la razon hable
Que nunca puede mentir.
Y con ella la experiencia,
Que á nuestros ojos hoy brilla:
Él, al salir de Sevilla,
Ha faltado á su conciencia.
Decidme: ¿con qué derecho,
Todos los lazos ha roto,
Y, siguiendo rumbo ignoto,
Llena de angustia ese pecho? (Por D.^a Eugenia.)
Es que en la senda del mal,
Un paso al otro no espera,
Mas sigue, en veloz carrera,
El hombre á su fin fatal.
Á sus padres no perdona,
Por unirse á una mujer...
Y apenas casado ayer,

Padres y esposa abandona.
 Así Dios, que en su alta ciencia
 Todo lo tiene ordenado,
 Dá tal vez en el pecado
 Al hombre la penitencia.
 Pero sufre ese castigo
 También el pecho inocente
 De este ángel. ¿Tu alma no siente (A Eugenia.)
 Que haya obrado así contigo?

D.^a EUGEN. Lo siento, sí; pero creo,
 Que su corazón amante,
 Ha de ser siempre constante,
 Cual yo en mi amor lo deseo.
 Y que ha causado esta ausencia,
 No ya el dejarme de amar;
 Sino que en otro lugar
 Sea precisa su presencia.

D.^a ROSA. Es cierto: pues no hay ninguna
 Causa, que rompa en un día
 El vínculo, con que unía
 Amor dos almas en una.

D. TOMÁS. ¿Y quién te dice que es cierto, (A D.^a Rosa.)
 Y no fingido el amor,
 Cuando tan presto su ardor

Por la inconstancia fué muerto?

Y si Fernando la ama,

El misterio está patente:

Ve que á Madrid diligente

Su deber de hijo le llama,

Y que no haciéndolo así

Quizás le obligara yó,

Y por librarse salió

Ocultamente de aquí.

Ó acaso con torpe ardid,

El compromiso evitando,

Se está en Sevilla ocultando,

Hasta saber que en Madrid

El pleito queda fallado,

Y entónces vendrá fingiendo....

D.^a ROSA. Basta.... Tomás.... Ya te entiendo:

Nunca un padre así ha juzgado.

¿Cómo, sin graves razones,

Así se atribuye un crimen

Á un hijo? Siempre reprimen

Los padres sus opiniones.

Disculpan los extravíos

Del que es parte de su sér....

D. TOMÁS. Bueno.... pues quiero saber, (Enfadado.)

Dónde anda....

D.^a EUGEN. Padres míos...

¿Á qué aumentar el disgusto,

Que nuestros pechos agita,

Si él de suyo debilita

El corazon más robusto?...

De dolor estoy pasada;

Pero lo sufro callando.

Y ¿qué se adelanta hablando?

D.^a ROSA. Es verdad, Eugenia.... Nada.

D. TOMÁS. Eugenia: por no angustiarte

Me retiro. (Levantándose.)

D.^a EUGEN. Nó: por mí...

No hay que marcharse.

D. TOMÁS. Sí, sí:

Me dá pena de escucharte. (Marchándose.)

D.^a EUGEN. Mudad de conversacion.

(Levantada y deteniéndolo.)

D. TOMÁS. Dices bien.... Pues.... yá mis ojos....

(Se sienta accediendo.)

Si no tuviese anteojos.... (Indicando ver algo.)

No me parece ilusion....

Veo bultos á la luz,

Que entra por esta ventana.

¿Quién sabe? quizás mañana
Pueda ver claro.

D.^a EUGEN. Esta cruz (Sacándola del pecho.)

¿La ve usted?

D. TOMÁS. Pónmela enfrente.

(Mirando con esfuerzo.)

Sin anteojos la vería.

(Después de haber mirado un poco.)

Si me encuentro cada día

Mejor.

D.^a ROSA. Es muy inteligente

Don Aurelio el oculista.

Yo tengo fé en su saber,

Y dice que has de tener

Hoy mismo clara la vista.

D. TOMÁS. Yo no sé cuánto daría,

Por saber quién lo ha mandado;

Pero sólo me has contado (A D.^a Rosa.)

Que en Zaragoza vivía,

Y que ha venido á curarme.

D.^a EUGEN. Yo tambien saberlo ansío;

Pero de ello, padre mío,

Nadie ha podido informarme.

D.^a ROSA. Pero en fin, sea lo que fuere,

Es lo cierto que algo ves;
 Cuando ántes, nada...

D. TOMÁS. Eso es. (Disgustado.)

D.^a EUGEN. Y en viendo usted ¿qué más quiere?

D. TOMÁS. Quisiera premiar su accion.

D.^a ROSA. Y si él no admite dinero.

D. TOMÁS. Bueno: pues entónces quiero,
 Porque está puesto en razon,
 Conocer quién ha hecho el bien
 De haberlo comprometido,
 Porque estando agradecido,
 Es justo saber á quién.

ESCENA II.

DICHOS: D. PEDRO, que entra por la puerta del foro.

D. PEDRO. Dios os guarde.

D.^a R. y D.^a E. Vén con Dios.

D. TOMÁS. ¿Qué traes tan temprano, Pedro?

D. PEDRO. Sólo dar una noticia,
 No tan buena cual deseo.

D. TOMÁS. Desde el dia en que Fernando
 Abandonó á este modelo (Por D.^a Eugenia.)

De inocencia y de virtudes,
 No he sabido nada bueno.
 Conque dilo sin cuidado.

D.^a ROSA. (Vaya por Dios: ¡qué tormento!
 Si me fuera dado hablar....)

D. PEDRO. Me he encontrado á don Demetrio,
 Y le dicen de Madrid,
 Que hace diez dias que el pleito
 Estaba pronto á fallarse:
 Y segun él....

D. TOMÁS. Dí sin miedo.

D. PEDRO. Es el fallo muy dudoso.

D. TOMÁS. ¿Quién lo duda? lo perdemos....
 Es mi suerte....

D.^a ROSA. Pero, hombre:

Si no se sabe de cierto,
 ¿Á qué viene el angustiarse?
 ¿No te sirve de escarmiento
 Esa irritacion tan fuerte,
 Que te tiene casi ciego,
 Hace yá cerca de un mes,
 Para que nuestros sucesos,
 Desgraciados ó felices,
 No los tomes tan á pecho?

¿No vale más la salud,
Que todo este mundo entero?

D. TOMÁS. Mira, mujer: cuando yo
De mármol fuese ó de hierro,
Veré con indiferencia,
Que se pierda nuestro pleito,
En que está nuestra desgracia,
Ó nuestra suerte.

D.^a ROSA. Lo entiendo.

D. TOMÁS. Y que un hijo... ¿Lo comprendes?
Con su proceder perverso
Pase el alma de su padre...

D.^a ROSA. (Vaya por Dios.) Toma asiento. (A D. Pedro.)

D. PEDRO. Nó, tia: me marcho al punto.

D.^a EUGEN. ¿Tan pronto?

D. PEDRO. Sí; pero vuelvo.

Y la vista ¿cómo está? (A D. Tomás.)

D. TOMÁS. Está algo mejor.

D. PEDRO. Me alegro.

Que siga el alivio. (Despidiéndose de D. Tomás.)

D. TOMÁS. Adios.

D. PEDRO. Hasta después. (A D.^a Rosa y á D.^a Eugenia.)

D.^a R. y D.^a E. Hasta luégo. (Váse D. Pedro.)

ESCENA III.

DICHOS: D. AURELIO, que entra por una de las puertas laterales,
porque vive en la misma casa.

D. AURELIO. Que Dios os guarde, señores.

D. TOMÁS. Señor doctor, muy buen día. (Con alegría.)

D.^a ROSA. Don Aurelio, Dios os guarde.

D. AURELIO. Señoras....

D.^a EUGEN. Muy buenos días.

D. TOMÁS. ¿Cómo ha pasado la noche?

D. AURELIO. Bien, don Tomás. ¿Y la vista?

D. TOMÁS. Cada vez me hallo mejor.

D. AURELIO. Y ¿ve usted algo?

D. TOMÁS. Esta niña (Por D.^a Eugenia.)

Puso delante un objeto,

Y sin gafas lo vería.

No me parece ilusion;

Síno que tal vez impida

Este cristal tan oscuro....

D. AURELIO. Yá verémos.... (Dándole esperanza.)

D. TOMÁS. Á esta chica (Por Eugenia)

Quisiera yá conocerla.

Dicen que es cosa muy linda....

¿Á que está ahora más hermosa?

Porque estará enrojecida

Por el rubor.... ¿no es verdad?

D.^a EUGEN. Padre, por Dios.

D. TOMÁS. ¡Pobrecita!

Yo la conozco tan sólo

Por la voz.

D. AURELIO. Pues es bellisima.

D.^a EUGEN. ¿Tambien el señor doctor

Quiere burlarse?

D. AURELIO. Es justicia.

Vamos ahora á las fricciones;

(Tomando de un brazo á D. Tomás y D.^a Rosa del otro se
retiran.)

Y después, al medio dia,

Se quitará usted las gafas.

D. TOMÁS. ¿Sí, doctor?

D. AURELIO. Tiene usted vista. (Vánse.)

ESCENA IV.

D.^a EUGENIA.

¿Y es posible, santo cielo,

Que su amor fuese fingido,

Y lanzándome al olvido,
En amargo desconsuelo,
Pase mi vida agitada
Por el huracan furioso
Del desprecio de un esposo,
Que aún es mi prenda adorada?
¿Dónde estás, esposo amado?
¿Dónde te hallarán mis ojos?
Yo calmaré tus enojos:
Vén, por Dios, vén á mi lado.
Siempre te amé con delirio:
Nunca, mi bien, te ofendí:
¿Por qué te apartas de mí,
Y me das este martirio?
Moriré como la flor,
De mi vida en la mañana,
Seca mi pompa lozana
Por la fuerza del dolor.
Mas perdona, que te ofendo
Juzgándote así inconstante;
El fuego, en tu pecho amante,
De nuestro amor está ardiendo.
Sin duda á otro lugar
Te llamó tu obligacion;

Mas tu ardiente corazon

No me ha dejado de amar.

(Siente pasos y se retira.)

ESCENA V.

D. AURELIO y VALENTIN: vienen hablando.

D. AURELIO. Esta casa no la entiendo.

Yo quiero que usted me diga,

Con toda sinceridad,

Algo sobre esta familia;

Porque, hablando francamente,

Durante los nueve días

Que curo á ese don Tomás

La enfermedad de la vista,

Observo ciertos misterios,

Que no sé cómo se explican.

Don Tomás habla de un hijo,

Que es perverso.... y esa niña....

Doña Eugenia.... encantadora,

Y de una casa muy rica,

Es esposa abandonada

Por ese bribon....

VALENTIN.

Mentira.

Don Fernando no es bribon....

Ni de acciones tan.... indignas.

Es un hombre muy de bien.

D. AURELIO. Pues en mucho estimaria

Que usted me satisfaciese,

Dándome algunas noticias

Sobre ese grave abandono.

VALENTIN. Sí, señor: pues tengo á dicha,

Defender á mis señores,

Siempre que el caso lo pida.

Don Tomás, mi amo, es padre

De un don Fernando: esa niña

Se casó con él, y apénas

Estuvo casado un día,

Sin decir una palabra,

Ausentóse de Sevilla;

Y como á ese casamiento

Don Tomás se resistia,

Porque no se hizo su gusto,

No le encuentra otra salida,

Que decir que es un bribon,

Que ha abandonado á una niña....

Cuando el pobre don Fernando

Tendrá ocurrencias precisas,

Que no será conveniente
Declarar á la familia.

D. AURELIO. ¿Y por qué aquí se ha quedado
Esa jóven?

VALENTIN. Es muy lista.
El día que don Fernando
Se marchó, ella en seguida,
Porque no hubiese disgusto,
Dijo á su padre que habia
Su esposo ido á unas cobranzas,
Y que una vez concluidas
Al punto estaba de vuelta;
Y ella oportuno creia
Venirse con don Tomás,
Que, falto yá de la vista,
Consideraba un consuelo
Vivir con su nueva hija:
Este enredo así cundió,
Y no ha habido en la familia
Ningun disgusto. (Suena un timbre.)

Me llaman. (Al oírlo.)
Conque yá ve usted si es lista.

ESCENA VI.

D. AURELIO.

Pues señor, ya lo sé todo:
Esta noticia me alegra.
El jóven que en Zaragoza
Me buscó con tanta urgencia,
Entregándome la carta
Para doña Rosa Guerra,
Que es su madre... es don Fernando:
El esposo de esa bella
Y encantadora muchacha.
Pero ¿quién pensar pudiera
Que un hijo buscando un médico
Fuese con tanta reserva,
Que no consintió en decirme
Su nombre? ¡Y con qué largueza
Onzas de oro me ofrecía,
Para que al fin accediera!
¡Qué profusion de dinero!
Tan sólo con las monedas
Que le admití, me ha pagado
Los viajes, cuanto pueda

Perder en todo este tiempo,
 Y diez curas como ésta.
 Pero me encargó el secreto
 Hasta que á Sevilla vuelva.

ESCENA VII.

DICHO: D.^a ROSA.

D.^a ROSA. Don Aurelio, los colirios
 Obran yá de tal manera,
 Que por momentos Tomás
 Nota alivio.

D. AURELIO. Esa es mi cuenta.
 Es hoy yá el noveno día
 De la cura. ¿No recuerda
 Usted lo que tengo dicho?

D.^a ROSA. Sí, señor: el cielo quiera
 Premiar á usted sus esfuerzos
 Cual lo pido. ¿Conque es cierta
 Su curacion?

D. AURELIO. Que esté un poco
 En su cuarto, con reserva
 Del aire y áun de la luz:
 Y después que salga fuera,

Y le quita usted las gafas,
Yá que tanto lo desea.

D.^a ROSA. ¿Pero no estará usted aquí?

D. AURELIO. Mé marchó á unas diligencias,
Que me son indispensables,
Y quizás muy tarde vuelva.
Conque hasta luégo, señora.

D.^a ROSA. Don Aurelio, hasta la vuelta.

ESCENA VIII.

D.^a ROSA.

¡Todo lo debe á Fernando! (Sacando una carta.)

No me canso de leerla. (Lee.)

«Mi muy querida madre: El dador de ésta será el señor don Aurelio Gomez, célebre médico, y quizás el mejor oculista de España; vá directamente á curar á mi padre, y lleva yá satisfechos sus honorarios. Suplico á usted que le dé hospedaje en casa, y que guarde este secreto con la mayor religiosidad hasta que nos veamos; pues ni áun el mismo don Aurelio sabe

quién soy yó.—Su hijo, que la ama de co-
razon,—FERNANDO.»

¡Qué buen hijo! ¡Cuánto siento
Que me encargue la reserva!

ESCENA IX.

DICHA: D.^a EUGENIA.

D.^a ROSA. (¡Pobrecita! Nada sabe. (Al verla.)
Y el secreto....) ¡Ay Dios mio!

D.^a EUGEN. ¿Suspira usted?

D.^a ROSA. Sí: por dar
Consuelo al pecho afligido.
No puedo sufrir el verte
Separada de mi hijo,
Pues te amo cual si hubieras
De mis entrañas nacido.

D.^a EUGEN. No hace usted más que pagar
Mi bien fundado cariño,
Pues por el amor que os tengo
Vivo aquí, y usted lo ha visto:
Que aunque se empeñó mi padre
En conservarme consigo
Hasta que vuelva Fernando,

Yo esta casa he preferido,
 Por habitar con ustedes,
 Y por gozar de estos sitios,
 Donde mi esposo adorado
 Tantos años ha vivido.

D.^a ROSA. (¡Qué virtud! Esto es un ángel:
 Ni una queja, ni un suspiro,
 Y á solas siempre llorando.)

D.^a EUGEN. Madre, ¿si habrá yá venido
 Martina, el ama de llaves,
 Á cumplir con mi encarguito?

D.^a ROSA. ¿Yá estás pensando en bordar? (Amabilidad.)
 Mira, hoy te lo prohibo.
 Porque, mujer, me dá pena
 De ese trabajo continuo;
 Parece que necesitas,
 Y trabajas por oficio.

D.^a EUGEN. Cabal: usted lo ha acertado:
 Es verdad que necesito,
 Desterrar la ociosidad,
 Madre de todos los vicios.
 Mas por hacer vuestro gusto
 No bordaré.

D.^a ROSA. Muy bien dicho.

Allí viene ya Martina.
 Pasad un rato tranquilo,
 En conversacion amena,
 Ó bien leyendo algun libro.

D.^a EUGEN. Está muy bien.

MARTINA. Buenos dias.

(Entra por la puerta del foro, y se quita la mantilla.)

D.^a ROSA. Os dejo. Conque lo dicho.

ESCENA X.

D.^a EUGENIA y MARTINA, ya sentadas.

MARTINA. Vamos, Eugenia, ¿has tenido
 De tu esposo alguna nueva?

D.^a EUGEN. En treinta días de prueba
 Ni una palabra he sabido.

MARTINA. En tu casa ya sospechan,
 Y surgen sus opiniones.

D.^a EUGEN. De don Tomás las razones
 Mi espíritu más estrechan.
 ¿Viste alguna vez, Martina,
 Á un olmo unida una parra,
 Cuán robusta y cuán bizarra
 Crece y al olmo domina;

Pero apenas separada
 Del árbol que la sostiene,
 Al suelo lánguida viene
 Á perecer destinada...?
 Pues hija, tal es mi suerte,
 Si es que mi padre lo acierta:
 Yo he de ser esa vid muerta....
 Pero.... no temo esa muerte.
 Mi padre todo lo vé
 Con un aspecto tan triste....
 Del color con que lo viste
 Su preocupacion.

MARTINA.

Nó á fé.
 Don Tomás, en su talento,
 Lo habrá todo examinado.
 Además, es hombre honrado,
 Y hablará con fundamento.

D.^a EUGEN.

Peró, Martina, ¿es posible
 Que un amor tan acendrado
 Se haya tan presto acabado?

MARTINA.

Ni tampoco es imposible.
 Mira, mujer, no quisiera
 Tener el atrevimiento,
 De ofender por un momento

A tu esposo; mas si hubiera
 Sufrido mis desengaños
 Tu inexperta juventud,
 No imagináras virtud,
 Donde es casi todo engaños.
 Están tan malos los hombres....
 Que sólo quieren gozar:
 Y después saben burlar...
 Nó: por esto no te asombres.

(Viendo que se escandaliza.)

Imitan en sus amores
 Á la inquieta mariposa,
 Volando de rosa en rosa,
 Libando todas las flores.
 Son maestros en la escuela
 Del engaño....

D.^a EUGEN. Nó, Martina:

En mi razon no domina
 Esa opinion.

MARTINA. ¡Qué tontuela!

D.^a EUGEN. Siempre tuvo para mí

Lugar en su corazon;
 Mas nó por torpe pasion,
 Y Dios sabe que es así.

Mas me caso, y de repente
No parece por el mundo,
Y no se pasa un segundo
Sin que le tenga presente.
Así, Martina, padezco,
Y alguna vez quizás dudo,
Si olvidarme su amor pudo.
Mas vuelvo en mí, y aborrezco
Esa duda tan cruel,
Que destroza el corazon,
Y en mi ardorosa pasion,
Fijos mis ojos en él,
Deseo el tiempo pasado,
Lloro la angustia presente,
Y pido al cielo clemente
El porvenir suspirado.
Pero si aún no quiere el cielo
Concederme tal ventura,
Mientras mi desgracia dura,
No me queda otro consuelo,
Que resignada esperar,
Hasta que luzca la aurora,
Que me anuncie bienhechora,
Que no ha dejado de amar.

Martina, espero esa calma;
 Y aunque mi espíritu sienta
 Bramar la recia tormenta,
 Que llena de angustia el alma....
 No desmaya mi esperanza,
 Que en esta tierra inconstante,
 Tras el trueno resonante
 Brilla el iris de bonanza.

MARTINA. Dices bien: yo en general
 Hablé de ese falso amor,
 Para probar el candor
 De tu alma angelical.
 Traté con tierna afición
 Á Fernando desde niño,
 Y conozco su cariño,
 Y su noble corazón.

(Se levanta y toma la mantilla.)

D.^a EUGEN. Mi ardiente y constante ruego
 Es que regrese á Sevilla.

MARTINA. Voy á dejar la mantilla
 En tu aposento. (Váse.)

D.^a EUGEN. Hasta luego.

ESCENA XI.

DICHA: D. TOMÁS, y D.^a ROSA, que le trae del brazo.

D.^a ROSA. Conque Tomás, ¿ves mejor...?

D. TOMÁS. Sí, mujer; veo por momentos

Con más claridad la luz,

Y más claros los objetos.

D.^a EUGEN. ¿Conque es tan grande el alivio?

D. TOMÁS. Sí, hija mía. (Sentándose.)

D.^a EUGEN. Bien: me alegro.

D.^a ROSA. Eugenia, cierra esa puerta.

Aquí no se siente el viento, (A D. Tomás.)

Ni te incomoda la luz,

Y me dijo don Aurelio,

Que te quitases las gafas.

D. TOMÁS. Bueno, mujer, pues veremos (Quitándose las.)

Si es ilusion nada más.

¡No es ilusion, que ya veo!

(Levántase y dice estos versos con marcada admiracion.)

¡Eugenia, qué bella eres!

¡Gracias á Dios! ¡Qué consuelo!

Decidme quién ha buscado

Al médico don Aurelio.

¡Eugenia, Rosa, por Dios,

No me lo ocultéis más tiempo!

D.^a EUGEN. Padre.... si yo nada sé.

D.^a ROSA. (¡Cómo descubro el secreto!)

D. TOMÁS. Es el autor de mi dicha
Sin duda un ángel del cielo.

(Se sienta pensativo.)

D.^a EUGEN. (Pero madre, ¿usted lo sabe?) (Ap. á D.^a Rosa.)

D.^a ROSA. (Hija... no me trates de eso.) (Ap. á D.^a Eugen.)
(¡Cómo lo digo, Señor...!) (Paseándose.)

D.^a EUGEN. (Casi adivino el misterio.) (Id.)
(Suena el ruido de un carruaje, que se para en casa de

D. Tomás.)

Un coche.

D.^a ROSA. Alguna visita.

D.^a EUGEN. ¿Será mi familia?

D.^a ROSA. Cierto:

Que dijeron que hoy venían,
Para sacarte á paseo.

(Dirigense ámbas á la puerta del foro, diciendo los versos
que siguen.)

D.^a EUGEN. ¡Qué contentos se pondrán,
Al ver á mi padre bueno!

D.^a ROSA. Yá ves tú, cuando creían

Que no tendria remedio,
Y se acongojaban tanto,
De verle yá casi ciego.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: D. FERNANDO, que se presenta en traje de viaje: extremada sorpresa para todos.

D.^a ROSA. ¡¡¡Hijo mio, hijo del alma!!!

(Con extraordinaria alegría: corre y le abraza.)

D.^a EUGEN. ¡¡¡Ay, mi querido Fernando!!!

(Abrázale y ámbas lloran todo el tiempo de la escena.

D. Fernando se abre paso entre ellas, y se dirige á

D. Tomás, que se levanta al verle.)

D. FERN. Dios guarde á usted, padre mio.

(Le besa la mano, y al observar que ve, demuestra su agradable sorpresa.)

¿La vista habeis recobrado?

¡Qué felicidad...! ¡qué dicha!

D. TOMÁS. Ahora te vienes burlando....

Si hubieras sido obediente,

No corriera el lloro amargo

Por las megillas de un ángel,

(Por D.^a Eugenia.)

Que no merece un ingrato. T
 En Madrid estar debieras, T
 Los trámites activando, T
 Del pleito, en favor de un padre,
 Á quien debes tanto... y tanto....

D. FERN. De allí vengo.

D. TOMÁS. ¿De Madrid? (Con extrañeza.)

D. FERN. Sí, señor! pues registrando
 Los papeles de familia,
 É instruido por los autos,
 Conoci que el documento,
 Cuya falta causó el fallo
 Contra usted, no era del todo
 Para triunfar necesario.
 Póngome al punto en camino,
 En secreto, por no daros
 Nuevo disgusto al salir
 Mi empeño quizás frustrado.
 Dios bendijo mis deseos:
 Hablo á los jueces, y dando
 Sobre el pleito nueva luz,
 El fallo feliz alcanzo
 Del Supremo Tribunal,
 Cuya ejecutoria os traigo. (Se la entrega.)

Tomad, padre, y perdonadme:
Vuestro pleito está ganado.

D. TOMÁS. Tú me perdona, hijo mio,
Por mi proceder tirano.
Yá ilumina nueva luz
Mi entendimiento obcecado,
Y la injuria que te hice,
La borraré con mi llanto. (Llora.)

D.^a ROSA. Pues Tomás, este es el ángel,
Que á don Aurelio nos trajo.

D. TOMÁS. ¿Tú lo mandaste, hijo mio?
(Con gran sorpresa y agradecimiento.)

D. FERN. No hay para qué recordarlo.
Yá el Señor á bendecir
Empieza mi nuevo estado:
Un favor quiero pedir: (A D. T. y D.^a R.)
Que unidos aquí vivamos
Mi Eugenia y yó con mis padres,
(Dando la mano á D.^a Eugenia.)
En el más estrecho lazo.

D. TOMÁS. ¡Bendito el cielo mil veces! (Con gran expansion.)

D.^a ROSA. Hijo, por eso anhelamos. (Id.)

D. FERN. Yo soy feliz en la tierra. (Id.)

D.^a EUGEN. Yo soy feliz á tu lado. (Id. abrazando á Fern.)

D.^a ROSA. Yo soy feliz con mis hijos. (Abrazándolos.)

D. TOMÁS. Y yo con mi desengaño.

Pues veo con luz divina,

Que la elección del estado....

Debe ser libre, si al cielo

Ha de llevar al cristiano.

FIN.

to the fact that the first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

FIN

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

history of the subject, and the second part to a study of the

present position of the subject.

The first part of the book is devoted to a study of the

ÍNDICE

| | Páginas. |
|---|----------|
| Prólogo ó juicio crítico de estas poesias por el Ilmo. Sr. Doctor | |
| D. José Fernandez-Espino, Catedrático por oposicion de Li- | |
| teratura en la Universidad de Sevilla, Director de la Real | |
| Academia Sevillana de Buenas Letras, y ex-Director general | |
| de Instruccion pública | III |
| <h3>POESÍAS LÍRICAS CASTELLANAS.</h3> | |
| Dedicatoria á la Santisima Virgen. Soneto. | 1 |
| Á la Inmaculada Concepcion. Oda. | 3 |
| Á Murillo. Soneto. | 11 |
| Á España el 22 de Junio de 1836. Oda. | 12 |
| El alma en la soledad. En una profesion religiosa. Oda. | 22 |
| Á San Ignacio de Loyola. Soneto. | 28 |
| La belleza indestructible. Á la señorita doña T. M. | 29 |
| En la celebracion de la primera Misa de mi querido amigo don | |
| José Maria Ballesteros y Aíres. Oda. | 35 |
| Adios á la juventud. Oda. | 40 |
| Madrigal. | 43 |

| | |
|---|----|
| Á la Primavera. Oda. | 44 |
| Á mi respetable amigo el Ilmo. Sr. D. José Fernandez-Espino, eminente literato y distinguido poeta, Catedrático de la Universidad literaria de Sevilla, y Director general de Ins- trucción pública. Soneto. | 52 |
| Un triunfo más. Con motivo de la conversión al Catolicismo, en Sevilla, del protestante D. Francisco Rodriguez, en el día en que abjuró sus errores, y recibió la Sagrada Comunión: 15 de Agosto de 1869. | 53 |
| Epitafio en la sepultura de la malograda jóven D. ^a Joaquina He- redia de Padura. | 58 |
| Á mi buen amigo el Licenciado D. Vicente Calvo y Valero, Pres- bítero, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz. Oda. | 59 |
| El Sacerdote. Soneto. | 62 |
| Á Silio, Marcio y Ennio. | 63 |
| Á Nuestra Señora de la Antigua, en Sevilla. Oda premiada con la lira de plata en el certámen poético celebrado en Lérica por la Academia Bibliográfico-Mariana, el 13 de Octubre de 1867. | 69 |
| Epitafio en la sepultura del párvulo Antonio Aurelio Degregorio y Lopez. | 89 |
| Á una amiga en sus días. | 90 |
| Á un calumniador. Soneto. | 93 |
| Al Director, Redactores y Colaboradores de «El Domingo», dis- tinguidos poetas y mis queridos amigos, por las poesías que se dignaron dedicarme en el día de la celebración de mi primera Misa. Soneto. | 94 |

| | Páginas. |
|--|----------|
| En una profesion religiosa. Oda. | 95 |
| En un álbum. | 99 |
| Á Sevilla en 1869. Oda. | 100 |
| Á mi distinguido amigo el ilustre poeta D. José Lamarque de Novoa. Soneto. | 107 |
| Á la insigne poetisa D. ^a Antonia Diaz de Lamarque, en su álbum. Soneto. | 108 |
| En la bendicion de la capilla de San Felipe, erigida en el case- rio de las Lomas (término de Cabra), por la Sra. D. ^a Dolo- res Valera, para trasladar á ella los restos de su difunto Esposo el Sr. D. Felipe Ulloa (q. e. p. d.). | 109 |
| Á unas lágrimas. Madrigal. | 115 |
| En la muerte de una amiga. Elegia. | 116 |
| La vida de una flor. | 121 |
| En un desengaño. Soneto. | 124 |
| La hipocresía. Letrilla. | 125 |
| En el sepulcro del Licenciado D. Juan Valdevira, Catedrático que fué del Instituto de Cabra. Epitafio. | 132 |
| Á Amparo, en sus días. Oda. | 133 |
| Á una niña en su cumpleaños. Soneto. | 137 |
| A Blanca de los Rios, en el dia de su primera Comunion. | 138 |
| La ingratitud. | 141 |
| La Gloriosa. Soneto. | 147 |
| En la inauguracion de la Academia de Bellas Artes de la ciudad de Antequera en 1865. Himno. | 148 |
| A mi lira. | 151 |

POESÍAS LÍRICAS LATINAS.

| | Páginas. |
|--|----------|
| Al que leyere. | 159 |
| Primæ Pueri Jesu lacrymæ. Ode. | 161 |
| Las primeras lágrimas del Niño Jesus. Oda. (Traducción de la anterior.) | 163 |
| Sacrosanctum Jesu Nomen. Ode. | 165 |
| El Santo Nombre de Jesus. Oda. (Traducción de la anterior.) | 167 |
| Ad milites hispanos in Africa victores. Ode. | 169 |
| Á los soldados españoles vencedores en África. Oda. (Traducción de la anterior.) | 171 |
| Leo et Rana. Fabula. | 173 |
| El Leon y la Rana. Fábula. | 174 |

POESÍA DRAMÁTICA.

| | |
|---|-----|
| La eleccion de estado. Comedia original en tres actos y en verso. | 175 |
|---|-----|



